

EL CAMINO DEL ROSARIO

1.-¿QUÉ ES EL ROSARIO?-(P.Antonio Arias S.J.)	2
2.-FECHAS CLAVE EN LA HISTORIA DEL ROSARIO	3
3.- EN BUSCA DE LA ORACIÓN CONTINUA (Emilio Cárdenas S.M.).....	5
4.- DE LAS PIEDRECILLAS A LOS CORDELES ANUDADOS	5
5.- NÚMERO Y RITMO (Emilio Cárdenas S.M.).....	6
6.- EL HIMNO AKATHISTOS	7
PARTE HISTÓRICA. - (Episodios evangélicos).....	9
PARTE DOGMÁTICA . -(Misterio: de la fe).....	11
7.- LA LEYENDA DEL CABALLERO Y EL NOMBRE DEL ROSARIO	12
8.- EL SALTERIO DE MARÍA (Emilio Cárdenas).....	14
9.- EL AVE MARIA (Emilio Cárdenas S.M.)	15
10.- EL PADRENUESTRO ENTRA EN EL ROSARIO (Emilio Cárdenas S.M.).....	18
11.- EL GLORIA Y LAS LETANÍAS (Emilio Cárdenas S.M. y Antonio Arias S.J.).....	19
12.-DOMINGO DE HELION: UN JOVEN INQUIETO	21
13.- LA GENIALIDAD DE UN NOVICIO CARTUJO	21
14.- LAS CLÁUSULAS DEL ROSARIO DE DOMINGO DE PRUSIA, NOVICIO EN LA CARTUJA DE TRÉVERIS EN 1409.....	23
ENCARNACIÓN Y EPIFANÍA	23
VIDA PÚBLICA	23
PASIÓN, MUERTE Y DESCENSO A LOS INFIERNOS	24
RESURRECCIÓN, ASCENSIÓN, PENTECOSTÉS	25
ASUNCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN	25
INTERCESIÓN Y DOXOLOGÍA	25
15.- EL LEGADO DE DOMINGO DE PRUSIA(Emilio Cárdenas S.M.).....	25
16.- EL ROSARIO DE CLÁUSULAS SE EXTIENDE	26
17.- DOMINGO DE GUZMÁN Y ALANO DE RUPE(Emilio Cárdenas S.M.).....	28
18.- CONCEPTOS ERRÓNEOS SOBRE EL ROSARIO (Emilio Cárdenas S.M.)	30
19.- LAS DIFICULTADES EN EL REZO DEL ROSARIO (Emilio Cárdenas S.M.).....	31
20.- VALE LA PENA REZAR EL ROSARIO (o a lo menos, intentarlo)	33
21.- EL MENSAJE DE LOURDES	35
22.- El mensaje de la Virgen en Fátima.....	37
El Angel de Portugal	37
PRIMERA APARICIÓN (13-5-1917)	38
Segunda Aparición- 13-6-1917	39
Tercera Aparición (13-7-1917)	40
Cuarta Aparición -13-8-1917	41
Quinta Aparición.- 13-9-1917	43
Sexta Aparición.- 13-10-1917	43
23.- Los Misterios de Gozo	45
Primer misterio- LA ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS	45
Segundo misterio LA VISITA DE MARÍA A ISABEL	45
Tercer misterio EL NACIMIENTO DE JESÚS EN BELÉN	46
Cuarto misterio LA PRESENTACIÓN DE JESÚS EN EL TEMPLO	46
Quinto misterio EL NIÑO PERDIDO Y HALLADO EN EL TEMPLO	47
24.-Los misterios luminosos.....	47
Primer misterio EL BAUTISMO DE JESÚS EN EL JORDÁN	47
Segundo Misterio LA REVELACIÓN DE JESÚS EN LAS BODAS DE CANÁ.....	48
Tercer misterio EL ANUNCIO DEL REINO DE DIOS INVITANDO A LA CONVERSIÓN.	48
Cuarto Misterio LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR	49
Quinto Misterio LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA.....	49
25.- Misterios de Dolor.....	50
Primer Misterio LA ORACIÓN DE CRISTO EN GETSEMANÍ.....	50
Segundo Misterio LA FLAGELACIÓN DE CRISTO	50
Tercer misterio CRISTO, CORONADO DE ESPINAS.....	51
Cuarto Misterio CRISTO, CON LA CRUZ A CUESTAS	51
Quinto Misterio LA MUERTE DE CRISTO EN LA CRUZ	52
26.- Misterio de Gloria	52

Primer Misterio LA RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO.....	52
Segundo Misterio LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR A LOS CIELOS	53
Tercer Misterio LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO	53
Cuarto Misterio LA ASUNCIÓN DE MARÍA EN CUERPO Y ALMA A LOS CIELOS.....	54
Quinto Misterio LA CORONACIÓN DE MARÍA, REINA DE CIELOS Y TIERRA.....	54
27.- CARTA APOSTÓLICA ROSARIUM VIRGINIS MARIAE (JUAN PABLO II).....	55
INTRODUCCIÓN.....	55
Vía de contemplación.....	57
Oración por la paz y por la familia.....	57
Tras las huellas de los testigos.....	58
CAPÍTULO I: CONTEMPLAR A CRISTO CON MARÍA	58
María modelo de contemplación	59
Los recuerdos de María	59
El Rosario, oración contemplativa.....	60
Recordar a Cristo con María.....	60
Comprender a Cristo desde María	60
Configurarse a Cristo con María	61
Rogar a Cristo con María	62
Anunciar a Cristo con María	63
CAPÍTULO II: MISTERIOS DE CRISTO, MISTERIOS DE LA MADRE	63
Misterios de gozo	64
Misterios de luz	65
Misterios de dolor.....	66
Misterios de gloria.....	66
Misterio de Cristo, 'misterio' del hombre.....	67
CAPÍTULO III: « PARA MÍ LA VIDA ES CRISTO ».....	68
El Rosario, camino de asimilación del misterio	68
El enunciado del misterio	70
La escucha de la Palabra de Dios	70
El «Padrenuestro».....	71
Las diez «Ave María»	71
El «Gloria»	72
El 'rosario'.....	72
Inicio y conclusión	73
La distribución en el tiempo.....	73
CONCLUSIÓN	74

1.-¿QUÉ ES EL ROSARIO?-(P.Antonio Arias S.J.)

Hay ríos que, como el Amazonas, llevan inmenso caudal de agua, alimento abundante para los que viven en sus orillas, y fertilidad para valles y llanuras. Y siendo esto así, por su misma grandeza van en silencio, y al mirarlos, parecen una masa de cristal que no se mueve. Pasan sin ruido y haciendo bien.

Así es el Rosario. No tiene apariencias, silenciosamente extirpa del alma los vicios, engendra y guarda las virtudes y da fortaleza invicta en la tribulación; el Rosario hace de las familias en que se reza piadosamente, una copia del hogar de Nazaret, y más de una vez ha influido en la historia universal; y ahora, cuando la incredulidad se empeña en negar lo sobrenatural, el Rosario hará sentir su eficacia en la defensa de los bienes divinos, de las almas y de la Iglesia. Las apariciones de Lourdes y de Fátima nos descubren la eficacia del Rosario.

Esta pequeñez del Rosario es aparente nada más; porque en sí contiene la vida de Cristo, la muerte de Cristo y la resurrección de Cristo. ¿Es que hay cosas más grandes? Y sus oraciones no son invención humana, sino de la misma Santísima Trinidad y de Jesucristo. Y si la devoción a María es nuestra respiración y aliento, el Rosario es la reina de las devociones a María, y tal, que si todos los días lo rezamos piadosamente, sin que dejemos de hacerlo nunca, tiene promesa de la salvación, y la Santísima Virgen así se lo reveló al P. Hoyos, de la Compañía de Jesús. Ninguno de los que han rezado piadosamente el Rosario todos los días, se ha condenado, dijo la Santísima Virgen al P. Hoyos; ni en adelante se condenará, el que haga eso. El Rosario consigue que se logre en nosotros el fruto de la sangre de Cristo; y como es una devoción, que si se empieza no se deja ya, nos alcanza el don de los dones, que es la penitencia final.

León XIII, en la Encíclica que publicó sobre el Rosario en septiembre de 1883, define esta devoción diciendo, que es un modo de orar que consta de ciento cincuenta Avemarías, divididas en quince decenas, con un Padrenuestro en cada decena y un misterio de la Redención, el que corresponda, que se ha de meditar en cada decena. Es claro que han de estar juntas las Avemarías y la meditación del misterio correspondiente, para que exista el Rosario; como para que haya un hombre, es necesario que estén unidos el cuerpo y el alma.

Como se ve, para rezar el Rosario es imprescindible rezar el Padrenuestro y diez Avemarías, y meditar el misterio correspondiente. Las letanías y el Gloria Patri no hacen falta; pero hará bien el que rece ambas oraciones.

Suelen rezarse los Misterios Gozosos, los lunes y los sábados : los luminosos, los jueves; los Dolorosos, los martes y viernes; los Gloriosos, los miércoles y domingos. El que rece el Rosario entero, rece los veinte misterios en el mismo día.

2.-FECHAS CLAVE EN LA HISTORIA DEL ROSARIO

s. IV .- Los eremitas del desierto practican la oración continua.

s. VI .- Se compone el Akáthistos en Bizancio, basado en la múltiple repetición del saludo «Jaire», en latín «Ave», dedicado a la Virgen.

s. VII .- La antífona Ave María en la liturgia de la misa de la Anunciación.

s. VIII.- Los monjes irlandeses practican las oraciones de repetición y llevan cordoncillos de cuentas.

s. IX .- Traducción del Akáthistos al latín en Venecia.

s. XII .- Los legos de los cistercienses rezan por los difuntos de la orden 10 salterios del paternóster. Se hace popular el avemaría.

1208 .- Santo Domingo de Guzmán predica en el sur de Francia.

s. XIII .- Misioneros dominicos utilizan el paternóster para contar las oraciones.

s. XIII .- Se añade el nombre de Jesús al final del saludo angélico. Se hace popular la leyenda del caballero.

s. XIV .- Enrique de Kalcar distribuye las 150 avemarías en quince decenas y al frente de cada una introduce un padrenuestro.

1409 .- Domingo de Prusia, junto con Adolfo de Essen, compone en la cartuja de Tréveris un rosario con cláusulas.

1463-68 .- El dominico Alano de Rupe (1428-1475), movido por una visión mariana, funda una cofradía en Douai para la devoción y propagación del Salterio de la Virgen María, bajo el patronazgo de Santo Domingo de Guzmán.

1475 .- Se funda en Colonia la cofradía del Rosario.

1488 .- El dominico Francesc Doménech realiza en Valencia un grabado en cobre con todo el programa del rosario de 15 decenas, la leyenda del caballero y la autoridad de Santo Domingo de Guzmán.

1521 .- El dominico italiano Alberto de Castello organiza y fija los misterios.

1568 .- En la publicación del Breviario Romano tras el Concilio de Trento, S. Pío V añade la súplica «Santa María, Madre de Dios...» a la recitación del Ave María.

1569 .- Bula «Consueverunt» del Papa dominico S. Pío V, donde se define el rosario y se alaba su rezo.

1571 .- Batalla de Lepanto. El Papa S. Pío V atribuye la victoria al rosario.

1600 .-Se añaden tres avemarías y un padrenuestro al principio del rosario.

1606 .-San Francisco de Sales describe un buen método de rezar el rosario.

s.XVII .- En la Iglesia de los dominicos de Roma se reza el Gloria Patri al final de cada decena.

1716 .- Fiesta del rosario en toda la cristiandad, el día 7 de Octubre.

1824 .-Primera congregación religiosa dedicada al rosario.

1826 .-A los 27 años Paulina Jaricot funda el Rosario Viviente.

1856 .- En las apariciones de Lourdes la Virgen se presenta con un rosario.

1883 .- León XIII, tras la sugerencia del dominico español Pedro Morán, instituye el mes del rosario en octubre. Añade a la letanía la invocación «Reina del Santísimo Rosario» y escribe diez cartas sobre el rosario.

1917 .- Aparición de «Nuestra Señora del Rosario» en Fátima para recomendar el rezo del rosario.

1965 .- Acaba el Concilio Vaticano II. No se hace en él mención alguna del rosario.

1967 .- Nacen los Equipos del Rosario del dominico francés P. Eyquem.

1973 .- Pablo VI escribe su exhortación «Marialis Cultus», en que anima a renovar el culto a la Virgen y trata más largamente sobre el rosario.

1992 .- El rosario encuentra nuevas perspectivas en el Catecismo de la Iglesia Católica.

1997 .- Juan Pablo II invita a reaprender a recitar el rosario.

Octubre 2002.- Encíclica Rosarium Virginis Mariae donde se propone a los fieles el rezo de los Misterios Luminosos.

3.- EN BUSCA DE LA ORACIÓN CONTINUA (Emilio Cárdenas S.M.)

El Evangelio en sí mismo ni manda ni aconseja rezar el rosario, entre otras cosas porque en aquella época ni siquiera existía. Sin embargo, Jesús nos explicó que era necesario rezar constantemente y no cansarse nunca de hacerlo (Lc 18,1). Y esta indicación y mandamiento de Jesús es bastante importante. Las enseñanzas de los apóstoles lo repiten. ¡La oración constante, continua! Sólo que ¿cómo hacer para rezar constantemente y sin descanso?

Y esto no sólo es nuestro problema de hoy. Ya en los primeros siglos de la historia de la Iglesia se planteó esta pregunta candente. Los primeros eremitas del desierto egipcio, allá por el s. IV lo intentaron. Tenemos valiosos testimonios de sus múltiples ensayos y esfuerzos. Para ellos la cuestión más importante era cómo permanecer en ininterrumpido recuerdo y memoria de Dios, sin pausa alguna a lo largo del día.

San Atanasio escribió la vida de San Antonio Ermitaño. Para Atanasio, Antonio el Eremita era un verdadero héroe de la oración continua. Decía de él que estaba convencido que es preciso rezar permanentemente, todo el tiempo y sin descanso alguno. Este legendario campeón de la oración leía con gran atención la Sagrada Escritura y pretendía a lo largo del día ir conservándola con gran esfuerzo en su memoria, sin dejar nada en el olvido, para no despreciar la mínima de las migajas del Pan de la Palabra. La memoria era para él como su biblioteca personal, donde todo lo guardaba para que nada se le escapara ni se perdiera.

Fue a visitar a un lugar más apartado aún del desierto a su amigo Pablo para hablar con él acerca de la oración. Algunos Padres del desierto pretendían aprender incluso la Biblia entera de memoria. Sólo que ésta resultaba ser una empresa demasiado ardua, por no decir completamente imposible. Toda la Escritura con sus salmos e himnos, relatos y genealogías... ¡demasiado!

Por eso lo intentaron de otra forma más práctica. Se trataba de encontrar brevísimas fórmulas que resumieran en sí mismas el mensaje entero de la Escritura, del Evangelio. Las repetían trescientas, quinientas, mil veces al día. El número tenía para ellos su importancia simbólica.

4.- DE LAS PIEDRECILLAS A LOS CORDELES ANUDADOS

(Emilio Cárdenas S.M.)

Otro eremita, también de nombre Pablo, lo cuenta un escritor de la antigüedad, Palladio, usaba un procedimiento propio. Tomaba en un cuenco un determinado pero abundante número de guijarros, por ejemplo trescientos. Se recogía en un momento de soledad interior para la oración. Se sentaba en profunda calma y se ponía a repetir serena y lentamente su fórmula. Al acabar cada breve súplica sacaba una piedrecilla del cuenco. Y así sucesivamente hasta dejarlo vacío dando así fin a su ejercicio. Lo mismo repetía por ejemplo con el padrenuestro u otras oraciones y súplicas breves. A la vez que iba practicando su ejercicio intentaba repetir su fórmula, incluso sin necesidad de piedrecillas, a lo largo y ancho del día. Incluso si podía, por la noche, para así esforzarse por vivir en el estado de oración continua de corazón.

Podemos concluir de ello que, ya en el siglo IV la antigua oración de los eremitas del desierto tenía algunos elementos que corresponden a nuestro rosario:

1. conservar durante el día la memoria de Dios.
2. resumir el Evangelio entero en una breve fórmula.
3. llevar cuenta del número de las repeticiones.
4. tener entre los dedos un instrumento para contar.

Porque, en efecto, en el rosario tenemos en primer lugar el esfuerzo por guardar memoria de lo que Dios ha hecho por nosotros, es decir, los misterios de Dios... Luego, ya en el siglo sexto, en vez de piedrecillas se empezaron a usar cordeles con nudos que podían llevarse consigo para ir rezando y contando tanto en tiempo propiamente de oración como en otras circunstancias. Algunos monjes de San Benito así lo hacían. Y en el siglo IX, el Papa León IV prescribió que se propagara un cierto rosario que constaba de cincuenta padrenuestrós.

Conviene darse cuenta de lo extendidas que están las variadísimas formas de oraciones de repetición y de instrumentos de cuenta que hay en las diferentes religiones y países de extremo oriente (musulmanes, budistas). Más cercanos a nuestro rosario católico son los de los cristianos de oriente. Los coptos de Egipto y Etiopía, por ejemplo, utilizan un cordoncillo de cuarenta y una u ochenta y una cuentas, que usan para contar las repeticiones de la invocación: «Kyrie eleison», esto es, «Señor ten piedad». Lo usan también para la recitación de salmos o para la lectura de fragmentos evangélicos. El rosario es su técnica de contemplación.

5.- NÚMERO Y RITMO (Emilio Cárdenas S.M.)

Mediante el simbolismo de la oración numérica queremos acercarnos de algún modo a Dios, pero no porque los números sean mágicos o tengan fuerza oculta alguna. Dios está justamente más allá de todo cálculo y número. Con nuestros pobres números y humildes repeticiones queremos acercarnos con sagrado respeto al que es inabarcable, infinito. Pretendemos expresar lo inexpressable.

Los números y su repetición tienen su importancia desde el punto de vista psicológico. El hombre tiene ya dentro de su propio cuerpo un corazón que late por repetición. El ser humano

necesita repetir rítmicamente. Le es completamente necesario. Desde el punto de vista de la psicología podemos decir que la repetición de breves frases o fórmulas suele ser muy útil.

Un excelente otorrinolaringólogo me explicó hace poco que estas repeticiones rítmicas pueden ayudar a reconstituir cerebralmente determinadas funciones auditivas que han sufrido importantes trastornos... o en la logopedia, para ayudar a la persona a que recupere la coordinación de sus palabras y frases. No hace mucho un conocido psiquiatra vienes no católico estuvo en el santuario de Jasna Góra (Polonia) y vio cómo los peregrinos iban rezando y repitiendo las avemarías del rosario, a la vez que iban pasando las cuentas entre los dedos. Le impresionó mucho. «Si pudiera introducir e instaurar en mi hospital de Austria entre mis enfermos tanto la oración repetitiva como el mismo instrumento de pasar las cuentas con los dedos, podría probablemente recuperar y reparar prácticamente a la mitad de mis pacientes».

¿Y lo que cuenta una religiosa colombiana? Refiere que en su país tan desgraciadamente afectado por la plaga de la violencia, en alguna ocasión le tocó la terrible experiencia de tener que ir al velatorio de alguien que había sido asesinado. En medio de la consternación de todos, del vocerío, de los gritos, de la crispación terrible de los allí presentes, ni siquiera la llegada de las religiosas serenaba los ánimos.

De pronto las hermanas sacaban su rosario, se ponían a recitarlo invitando a los demás a hacerlo. Al cabo de muy poco tiempo se imponía por sí misma la necesaria serenidad, el sosiego, la calma. El murmullo de la repetición permitía a todos el ponerse a la escucha, el entrar en reflexión, el afrontar la realidad.

La repetición de fórmulas de oración permite a la persona concentrarse en la propia interioridad y aislarse de algún modo de influencias exteriores. El ser humano alcanza así un hondo recogimiento.

6.- EL HIMNO AKATHISTOS

Tenemos que remontarnos al siglo V o principios del siglo VI y situarnos en Constantinopla. Es allí donde un gran poeta desconocido compuso el himno mariano más hermoso de la antigüedad y de todos los tiempos, el Akáthistos, una larga composición poética estudiada y organizada para celebrar el misterio de la Madre de Dios y para agradecerle su protección ante un terrible ataque sufrido por la ciudad.

Se escenifica en este himno el saludo de Gabriel a María. De pronto, el poeta empieza a jugar con la palabra griega «jaire», en latín «ave», o «alégrate» en español, que de hecho hemos traducido por «Dios te salve». A cada «jaire» que dice y repite el ángel se va añadiendo una razón teológica distinta que ilumina el tal saludo. Es así como a lo largo de veinticuatro estrofas se va repitiendo con extraordinaria riqueza el saludo angélico, aunque solamente contenga la primera palabra del avemaría.

El himno, que actualmente está empezando a redescubrirse en occidente es extraordinario e influyó decisivamente en toda la piedad mariana. En realidad a occidente había

llegado, a través de Venecia, ya en el siglo IX. Inspiró después la mayor parte de nuestros himnos marianos.

El himno "Akathistos" a la Madre de Dios es el poema mariano más célebre de la iglesia bizantina y de la Iglesia de todos los tiempos, obra maestra de literatura y de teología, altísima expresión contemplativa y laudativa del culto a la Virgen Madre.

Ha brotado más que de la mente de un sabio, del corazón de la Iglesia, y no tiene nombre ni título propio: el nombre se lo ha dado la Iglesia, un nombre singular que es a la vez un mandato para los fieles: "Akathistos", que significa "estando en pie" ; es decir, un himno que, como el Evangelio, debe ser cantado y escuchado "estando en pie", como signo incluso exterior de atención reverente.

Métrica, ritmo, poesía, teología, elevación espiritual se funden en él; y no se sabe qué es lo que más se debe admirar, si la belleza externa o su aliento interior.

La estructura métrica del texto original es de una precisión que raya en lo inverosímil: un perfecto trazado en las estrofas, una fina compostura en los versos, predispuestos los acentos, numeradas las sílabas, fijadas las pausas: un perfecto entramado, que no se puede tocar impunemente, sin que lo note el experto.

Si miramos ahora la estructura temática, el himno queda configurado en dos grandes escenarios: el primero escenifica la narración evangélica, desde la Anunciación al encuentro con Simeón en el templo; el segundo, los artículos fundamentales de la fe que se refieren a María: vida virginal - concepción virginal - divina maternidad - parto virginal - perpetua virginidad - presencia eclesial - mediación actual: un verdadero compendio de doctrina mariana.

Las estrofas van alternando cuadros marianos y temas cristológicos, fundiendo a la vez el Hijo y la Madre unas prorrumpen en aclamaciones a la Virgen, otras se cierran aclamando al Señor. Todas comienzan con la presentación de un hecho o de un tema que fija la 'mente sobre un misterio. Las estrofas marianas -las impares- prolongan después la contemplación, hecha voz, en un subseguirse a coros alternados, y en forma binaria, de sentencias concisas, de aserciones lapidarias, de imágenes vivas sacadas de las divinas Escrituras y de toda la creación para comentarlos temas propuestos, y se cierran con una espontánea y solemne oración: Salve, ¡Virgen y Esposa!

El Himno tiene 24 oikoi o estrofas, que empieza cada una con una letra del alfabeto griego. Consta, además, de una estrofa de introducción y una invocación final.

¿Quién es el autor de este espléndido himno, compuesto con toda seguridad hacia finales del siglo V? Ciertamente, un gran poeta. Un teólogo insigne. Un contemplativo consumado. Tan grande que ha sabido traducir en síntesis orante la fe que la Iglesia profesa, tan humilde que ha querido desaparecer en el anonimato. Su nombre lo conoce Dios, el mundo lo ignora.

Se notará el sistema adoptado: es la contemplación de los misterios de María, evocados cada uno por una antifona y que después estallan en alabanzas. Dicho de otra manera, es la realidad misma de nuestro Rosario. Al mismo tiempo, gracias a la variedad de estas aclamaciones, es una serie de letanías.

En cuanto a los sentimientos expresados, es necesario hacer notar cómo esta gran devoción es viril y recia, sin ninguna vulgar afectación.

Desde el principio del siglo VI la Iglesia bizantino-eslava, ortodoxa y católica, lo consideran como una interpretación auténtica de su espiritualidad secular mariana y como la expresión más alta de su amor a la Virgen; por eso celebra en el año litúrgico su fiesta solemne (el quinto sábado de cuaresma); lo canta en muchas ocasiones; lo recomienda siempre a los fieles.

PARTE HISTÓRICA. - (Episodios evangélicos)

1. - Un arcángel excelso / fue enviado del cielo / a decir "Dios te salve" a María. / Con templándote, oh Dios, hecho hombre / por virtud de su angélico anuncio, / extasiado quedó ante la Virgen, / y así le cantaba:

Salve, por ti resplandece la dicha; / Salve, por ti se eclipsa la pena. // Salve, levantas a Adán, el caído; / Salve, rescatas el llanto de Eva. // Salve, oh cima encumbrada / a la mente del hombre; / Salve, abismo insondable a los ojos del ángel. // Salve, tú eres de veras el trono del Rey; / Salve, tú llevas en ti al que todo sostiene. // Salve, lucero que el Sol nos anuncia, / Salve, regazo del Dios que se encarna. // Salve, por ti la creación se renueva, / Salve, por ti el Creador nace niño. // Salve, ¡Virgen y Esposa!

2. - - Conociendo la Santa / que era a Dios consagrada, / al arcángel Gabriel le decía: / "Tu mensaje es arcano a mi oído / y difícil resulta a mi alma; / insinúas de Virgen el parto, / exclamando: ¡Aleluya!".

3. -- Deseaba la Virgen / comprender el misterio / y al heraldo divino pregunta: / "¿Podrá dar a luz criatura / una Virgen? Responde, te ruego". / Reverente Gabriel contestaba, / y así le cantaba:

Salve, tú guía al eterno consejo; / Salve, tú prenda de arcano misterio. // Salve, milagro pri mero de Cristo; / Salve, compendio de todos sus dogmas. // Salve, celeste escalera que Dios ha bajado; / Salve, oh puente que llevas los hombres al cielo. // Salve, de angélicos coros solemne portento; / Salve, de turba infernal lastimero flagelo // Salve, inefable, la Luz alumbraste; / Salve, a ninguno dijiste el secreto. // Salve, del docto rebasas la ciencia, / Salve, del fiel iluminas la mente, // Salve, ¡Virgen y Esposa!

4. - - La virtud de lo Alto / la cubrió con su sombra / e hizo Madre a la Esposa Inviolada. / Aquel seno por Dios fecundado / germinó como fértil arada / para todo el que busca la gracia / y aclama: ¡Aleluya!

5. - Con el Niño en su seno / presurosa María, / a su prima Isabel visitaba. / El pequeño en el seno materno / exultó al oír el saludo, / y con saltos, cual cantos de gozo, / a la Madre aclamaba:

Salve, oh tallo del verde Retoño; / Salve, oh rama del Fruto incorrupto. // Salve, al pío Arador tú cultivas; / Salve, tú plantas quien planta la vida. // Salve, oh campo fecundo de gracias copiosas; / Salve, oh mesa repleta de dones divinos. // Salve, un Prado germinas de toda delicia / Salve, al alma preparas Asilo seguro. // Salve, incienso de grata plegaria, / Salve, ofrenda que el

mundo concilia. // Salve, clemencia de Dios para el hombre; / Salve, del hombre con Dios confianza. // Salve, ¡Virgen y Esposa!

6. - - Con la mente en tumulto, / inundado de dudas, / el prudente José se debate. / Te conoce cual Virgen intacta; / desposorios secretos sospecha. / Al saber que es acción del Espíritu, / exclama: ¡Aleluya!

7. --- Los pastores oyeron / los angelicos coros / que al Señor hecho hombre cantaban. / Para ver al Pastor van corriendo; / un Cordero inocente contemplan / que del pecho materno se nutre, / y a la Virgen le cantan.

Salve, Nutriz del Pastor y Cordero; / Salve, aprisco de fieles rebaños. // Salve, barrera a las fieras hostiles; / Salve, ingreso que da al Paraíso. // Salve, por ti con la tierra / exultan los cielos; / Salve, por ti con los cielos / se alegra la tierra. // Salve, de Apóstoles boca / que nunca enmudece, / Salve, de Mártires fuerza / que nadie somete. // Salve, de fe inconcuso cimiento; / Salve, fulgente estandarte de gracia. // Salve, por ti es despojado el averno, / Salve, por ti revestimos la gloria. // Salve, ¡Virgen y Esposa!

8. -- Observando la estrella / que hacia Dios los guiaba, / sus fulgores siguieron los magos. / Era antorcha segura en su ruta; / los condujo ante el Rey Poderoso. / Al llegar hasta el Inalcanzable, / le cantan: ¡Aleluya!

9. - Contemplaron los magos / entre brazos maternos / al que al hombre plasmó con sus manos. / Comprendieron que era El su Señor, / a pesar de su forma de esclavo; / presurosos le ofrecen sus dones / y a la Madre proclaman:

Salve, oh Madre del Sol sin ocaso; / Salve, aurora del místico Día. // Salve, tú apagas hogueras de errores; / Salve, Dios Trino al creyente revelas. // Salve, derribas del trono / al tirano enemigo; / Salve, nos muestras a Cristo / el Señor y el Amigo. // Salve, nos has liberado / de bárbaros ritos; / Salve, nos has redimido / de acciones de barro. // Salve, destruyes el culto del fuego; / Salve, extingues las llamas del vicio. // Salve, camino a la santa templanza, / Salve, alegría de todas las gentes. // Salve, ¡Virgen y Esposa!

10. Portadores y heraldos / de Dios eran los magos / de regreso, allá en Babilonia. / Se cumplía el oráculo antiguo / cuando a todos hablaban de Cristo, / sin pensar en el necio de Herodes / que no canta: ¡Aleluya!

11. -- El Egipto iluminas / con la luz verdadera / persiguiendo el error tenebroso. / A tu paso caían los dioses, / no pudiendo, Señor, soportarte; / y los hombres, salvados de engaño, / a la Virgen aclaman:

Salve, levantas al género humano; / Salve, humillas a todo el infierno. // Salve, conculcas engaños y errores; / Salve, impugnas del ídolo el fraude. // Salve, oh mar que sumerge / al cruel enemigo; / Salve, oh roca do beben / sedientos de Vida. // Salve, columna de fuego / que guía en tinieblas; / Salve, amplísima nube / que cubres el mundo. // Salve, nos diste el Maná verdadero; / Salve, nos sirves Manjar de delicias. // Salve, oh tierra por Dios prometida, / Salve, en ti fluyen la miel y la leche. // Salve, ¡Virgen y Esposa!

12. -- Simeón el anciano, / al final de sus días, / de este mundo dejaba la sombra. /
Presentado le fuiste cual niño, / mas, al verte cual Dios poderoso, / admiró el arcano designio / y
gritaba: ¡Aleluya!

PARTE DOGMÁTICA . -(Misterio: de la fe)

13. -- Renovó el Excelso / de este mundo las leyes / cuando vino a habitar en la tierra. /
Germinando en un seno incorrupto / lo conserva intacto cual era. / Asombrados por este prodigio
/ a la Santa cantamos:

Salve, azucena de intacta belleza, / Salve, corona de noble firmeza. // Salve, la suerte
futura revelas; / Salve, la angélica vida desvelas. // Salve, frutal exquisito / que nutre a los fieles;
/ Salve, ramaje frondoso / que a todos cobija. // Salve, llevaste en el seno / quien guía al errante;
/ Salve, al mundo entregaste / quien libra al esclavo. // Salve, plegaria ante el Juez verdadero, /
Salve, perdón del que tuerce el sendero. // Salve, atavío que cubre al desnudo, / Salve, del
hombre supremo deseo. //Salve, ¡Virgen y Esposa! .

14. - Ante el Parto admirable, / alejados del mundo, / hacia el cielo elevamos la mente. /
El Altísimo vino a la tierra / con la humilde semblanza de un pobre / y enaltece hasta cumbres de
gloria / a quien canta: ¡Aleluya!

15. - Habitaba en la tierra / y llenaba los cielos / la Palabra de Dios infinita. / Su bajada
amo rosa hasta el hombre / no cambió su morada suprema. / Era el parto divino de Virgen / que
este canto escuchaba:

Salve, mansión que contiene el Inmenso; / Salve, dintel del augusto Misterio. // Salve, de
in crédulo equívoco anuncio; / Salve, del fiel inequívoco orgullo. // Salve, carroza del Santo / que
portan querubes; / Salve, sitial del que adoran / sin fin serafines. // Salve, tú sólo has unido / dos
cosas opuestas. / Salve, tú sola a la vez / eres Virgen y Madre. // Salve, por ti fue borrada la culpa
/ Salve, por ti Dios abrió el Paraíso. // Salve, tú llave del Reino de Cristo; / Salve, esperanza de
bienes eternos. // Salve, ¡Virgen y Esposa!

16. - - Todo el orden angélico / asombrado contempla / el misterio de Dios que se
encarna / Al Señor, al que nadie se acerca, / hecho hombre, accesible, admira / caminar por
humanos senderos, / escuchando. ¡Aleluya!

17. - Oradores brillantes / como peces se callan / ante ti, Santa Madre del Verbo. / Cómo
ha sido posible no entienden / ser tú Virgen después de ser Madre. / El prodigio admiramos tus
fieles, / y con fe proclamamos:

Salve, sagrario de arcana Sapiencia; / Salve, dispensa de la Providencia. // Salve, por ti
se confunden los sabios; / Salve, por ti el orador enmudece. // Salve, por ti se aturden / sutiles
doctores; / Salve, por ti desfallecen / autores de mitos; // Salve, disuelves enredos / de agudos
sofistas; / Salve, rellenas las redes / de los Pescadores. // Salve, levantas de honda ignorancia; /
Salve, nos llenas de ciencia suprema. // Salve, navío del que ama salvarse; / Salve, oh puerto en
el mar de la vida. // Salve, ¡Virgen y Esposa!

18. - Por salvar todo el orbe, / el Divino Alfarero / hasta el mundo bajó, porque quiso. / Por
ser Dios era El Pastor nuestro; / se mostró por nosotros Cordero; / como igual sus iguales atrae; /
cual Dios oye: ¡Aleluya!

19. -- Virgen, Madre de Cristo. / Baluarte de vírgenes y de todo el que en ti se refugia / el divino Hacedor te dispuso, / al tomar de ti carne en tu seno; y enseña a que todos cantemos / en tu honor, oh Inviolada:

Salve, columna de sacra pureza, / Salve, umbral de la vida perfecta. // Salve, tú inicias la nueva progenie; / Salve, dispensas bondades divinas. // Salve, de nuevo engendraste / al nacido en deshonra; / Salve, talento infundiste / al hombre insensato. // Salve, anulaste a Satán / seductor de las almas; / Salve, nos diste al Señor/ sembrador de los castos. // Salve, regazo de nupcias divinas; / Salve, unión de los fieles con Cristo. // Salve, de vírgenes Madre y Maestra; / Salve, al Esposo conduces las almas. // Salve, ¡Virgen y Esposa!

20. --- Impotente es el canto / que alabar presumiera / de tu gracia el caudal infinito. / Como inmensa es la arena en la playa / puede ser nuestros himnos, Rey Santo, / mas no igualan los dones que has dado / a quien canta: ¡Aleluya!

21. - Como antorcha luciente / del que yace en tinieblas / resplandece la Virgen María. / Ha encendido la Luz increada; / su fulgor ilumina las mentes / y conduce a la ciencia celeste / suscitando este canto:

Salve, oh rayo del Sol verdadero; / Salve, destello de Luz sin ocaso. // Salve, fulgor que iluminas las mentes; / Salve, cual trueno enemigos aterra. // Salve, surgieron de ti / luminosos misterios; / Salve, brotaron en ti / caudalosos arroyos. // Salve, figura eres tú / de salubre piscina; / Salve, tú limpias las manchas / de nuestros pecados. // Salve, oh fuente que lavas las almas; / Salve, oh copa que vierte alegría. // Salve, fragancia de unguento de Cristo; / Salve, oh Vida del sacro Banquete. // Salve, ¡Virgen y Esposa!

22. --- Por querer perdonarnos / el pecado primero, / el que paga las deudas de todos, / de sus prófugos busca el asilo, / libremente del cielo exiliado. / Mas, rasgando el quirógrafo antiguo, / oye un canto: ¡Aleluya!

23. -- Celebrando tu parto, / a una voz te alabamos / como templo viviente, Señora. / Ha querido encerrarse en tu seno / el que todo contiene en su mano, / el que santa y gloriosa te ha hecho, / el que enseña a cantarte.

Salve, oh tienda del Verbo divino, / Salve, más grande que el gran Santuario. // Salve, oh Arca que Espíritu dora; / Salve, tesoro inexhausto de vida. // Salve, diadema preciosa / de reyes devotos, / Salve, orgullo glorioso / de sacros ministros. // Salve, firmísimo alcázar / de toda la Iglesia; / Salve, muralla invencible / de todo el Imperio. // Salve, por ti enarbolamos trofeos, / Salve, por ti sucumbió el adversario. // Salve, remedio eficaz de mi carne; /Salve, inmortal salvación de mi alma. // Salve, ¡Virgen y Esposa!

7.- LA LEYENDA DEL CABALLERO Y EL NOMBRE DEL ROSARIO

(Emilio Cárdenas S.M.)

Cuentan que cierto caballero muy devoto de la Virgen tenía la costumbre de tejer diariamente con sus manos una corona de cincuenta rosas y con ella coronar luego una estatua de la Virgen. Esto le llenaba de emoción, de modo que su fe se hacía cada día más ardiente. La Virgen premió su constancia y fidelidad llamándole a consagrarse completamente al Evangelio, de modo que se hizo monje en cierto monasterio.

Fue allí hermano lego y su prior lo dedicó a las duras labores del campo, de modo que no le quedaba tiempo para continuar realizando su piadosa costumbre: ya no podía dedicarse a hacer coronas de rosas porque no disponía de tiempo lo que le llenaba de congoja y desasosiego.

Cierto anciano monje de su monasterio le sugirió que sustituyese su ofrenda de flores por una corona espiritual formada por cincuenta avemarías. Y así empezó a hacerlo, pero no daba con ello paz a su alma, y sentía nostalgia de aquellos días en que como caballero secular podía dedicar aquellas hermosas horas al cultivo de sus rosas y al trenzado de su corona. Una extraña tristeza le invadía, tanto que pensó si debía abandonar el monasterio para honrar mejor a la Virgen. Probablemente a ella, como a él mismo, le parecería poco sustituir las bellísimas y tan costosas rosas por simples y breves avemarías. De todas formas pensó que debía por lo menos seguir la recitación y continuar fiel a ella a pesar de su inquietud y sus dudas.

El caso es que en cierta ocasión el prior del monasterio le envió a la ciudad con un cierto dinero para poder hacer las compras correspondientes, y allí marchó montado en su cabalgadura. Al caer la tarde recordó que aún no había cumplido su deuda de oraciones. Descendiendo de su caballo se recogió en silencio y se puso a recitar devotamente sus cincuenta avemarías. Hete aquí que entre tanto unos ladrones le observaban desde el bosque. Ya estaban dispuestos a abalanzarse sobre él a robarle, cuando se vieron detenidos en su malvado intento por una sorprendente y maravillosa visión. Mientras el hermano, orando de rodillas iba piadosamente recitando sus avemarías, se plantó ante él una hermosísima dama de extraordinaria belleza, dignidad y dulzura. A medida que el monje iba rezando, tomaba la dama en sus manos unas flores que de los labios del caballero iban misteriosamente brotando. Cuando terminó el número establecido de avemarías, aquella bella señora terminó de formar una delicada corona con la que después ciñó su cabeza para a continuación desaparecer.

Los bandidos, tremendamente conmovidos, se echaron a los pies del hermano, que precisamente no había visto absolutamente nada, y le confesaron todo. El monje quedó vivamente impresionado y sintió un gran consuelo. Comprendió entonces que aquella mujer no era otra que la Madre de Dios, la cual aceptaba su ofrenda y premiaba así su generosa fidelidad.

Se trata de una pura -y muy hermosa- leyenda. Lo cual no quiere decir que sea falsa o mentirosa. Es una leyenda religiosa y didáctica, para mostrar algo importante y verdadero: que la oración tiene siempre un incalculable valor y belleza.

Justamente esta leyenda se hizo muy popular y animó a la gente a tejer coronas de cincuenta rosas espirituales, esto es, de cincuenta oraciones o un «rosario». Podemos, por tanto, hablar del nombre acuñado para esta famosa oración. En efecto, la palabra «rosario» procede de «rosa».

8.- EL SALTERIO DE MARÍA (Emilio Cárdenas)

Al rosario se le llamó también «salterio de la Virgen». Desde el principio del cristianismo la oración más tradicional de la Iglesia era el salterio. Se trata simplemente del libro de la Biblia que recoge la colección de los 150 salmos. Salterio es la colección de los salmos. El pueblo judío rezaba con salmos. María lo hizo. Jesús los rezaba y cantaba. Los primeros cristianos vieron reflejados en ellos el misterio pascual de Jesús y su vida entera. Por eso el salterio gozó desde el principio de una honda veneración entre los cristianos.

Después los monjes los recitaban regularmente a lo largo de las horas del día en los diversos oficios. Incluso había monjes que se habían propuesto recitar diariamente de la mañana a la noche los ciento cincuenta salmos. Lo que pasaba es que en aquella época los libros eran muy caros, y si era difícil que cada monje pudiera poseer ni siquiera un libro de oraciones, cuánto más una Biblia. Procuraban entonces llegar a saberlos de memoria. En realidad es así como se recitan las poesías o los cantos. Pero ciento cincuenta salmos son muchísimos. Son además muy distintos unos de otros, con frecuencia complejos y de lenguaje oscuro. Tienen expresiones chocantes, o los hay de ritmos raros o demasiado repetitivos. No todos tienen la misma calidad literaria o musical, ni la misma hondura espiritual. Los hay de alegría y de dolor, de desconcierto y de esperanza. Habría que poder agruparlos por temas, por usos, por ocasiones en que conviene recitarlos... En fin, no son siempre fáciles. Por eso con frecuencia los mismos monjes solían en ocasión sustituirlos por fórmulas más breves. Aquellos ermitaños o monjes que no sabían bien leer preferían incluso aquellas sencillas fórmulas.

Debemos intentar volver a los salmos y encontrar en ellos la fuente de nuestra oración. Así oró el Señor y ésta es la principal oración de la Iglesia. Todo el mundo debe aprender de memoria por lo menos los principales salmos para poder recitarlos regularmente. Son riquezas que deben hallarse en el corazón de todo cristiano. Mediante la catequesis y en la celebración litúrgica hay que hacer que el Pueblo de Dios entero y cada creyente los pueda poseer y recitar. Por eso no es del todo sano sustituir sin más los salmos por otras breves fórmulas, aunque sean de la dignidad del padrenuestro o de la belleza y santidad del avemaría. Pero no es injusto el concentrar el valor de un salmo entero en una breve fórmula evangélica. Con frecuencia el aprender los salmos y el recitarlos con regularidad no es ni físicamente ni psicológicamente posible.

Por eso es más importante el rezo cotidiano del Breviario, que reparte a lo largo del día una docena de salmos por lo menos, en la Liturgia de las Horas. Hay que reconocer que aunque los salmos tuvieran más valor que las avemarías, unos y otras se complementan muy armoniosamente. Todo ello es Palabra de Dios, y de este modo vivimos a lo largo del día rodeados de su Palabra. No es del todo justo el oponer salmos y avemarías cuando de lo que se trata es de vivir el mandamiento de la oración continua. Además el sustituir salmos por avemarías

se hizo para ayudar a los que no sabían leer o no tenían tiempo para ponerse, ni dinero para comprarse un breviario, ni posibilidad de participar en el rezo de la Liturgia de las Horas.

Tanto la repetición del avemaría como la del padrenuestro se puso también en relación con la recitación de los ciento cincuenta salmos del salterio. Sucedió entonces que empezó a recitarse un «salterio» de ciento cincuenta padrenuestrros o ciento cincuenta avemarías. A éste último se le llamó el «salterio de la Virgen». El nombre más venerable del rosario es por tanto «salterio de la Virgen», esto es, la recitación de ciento cincuenta avemarías, en recuerdo de los ciento cincuenta salmos. Es nuestro actual rosario, dividido ahora en quince misterios. El nombre tradicional fue poco a poco sustituido por el más popular de «rosario» en recuerdo de la leyenda del caballero. El actual rosario está formado por tres coronas de cincuenta avemarías, en total ciento cincuenta avemarías. El nombre popular, rosario, es más poético y cariñoso.

Pero el primero, salterio de la Virgen, es más importante, pues nos vincula más directamente a la Sagrada Escritura, fuente de toda oración. No está mal utilizar ocasionalmente el nombre original como lo hace por ejemplo el Papa Pablo VI en su más importante carta dedicada a la Virgen María, la llamada «Marialis cultus». Con ello subrayamos el hondo contenido de fe que tiene este modo de oración. El Papa Juan Pablo II comentaba la semejanza interna entre el Salterio bíblico y el salterio de la Virgen: la recitación de los Salmos siempre fue un ejercicio de la memoria de los prodigios que hizo el Señor desde la salida de Egipto del Pueblo de Israel. Por ello mismo era una invitación al cumplimiento de la alianza. El salterio de la Virgen es también un ejercicio de la memoria de los prodigios que el Señor hizo en Jesucristo, a la vez que nos evita a ser fieles a las promesas de nuestro bautismo.

9.- EL AVE MARIA (Emilio Cárdenas S.M.)

El Ave María tiene dos partes, el «Dios te salve 'María:.. » y el «Santa María... ». La primera parte, está compuesta en primer lugar del saludo del ángel Gabriel a María de Nazaret: «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres». Se trata de palabras del mismo Dios, dichas a través de su ángel. En este sentido no son palabras «humanas», sino «divinas». Por lo tanto, al decirlas nosotros repetimos aquellas palabras que Dios mismo le dirigió a María de Nazaret. Prestamos a Dios nuestros labios humanos para saludar a María. Se repite de algún modo la escena de Nazaret. Actuando así, nos ponemos al servicio de Dios mismo y le damos el honor debido.

Sólo en segundo lugar, y junto con Dios mismo damos también honor a María. Decían los santos que cuando María desde el cielo vuelve a escuchar de nuestros labios el divino saludo, vuelve a temblar de sorpresa y emoción, pues en ella vibra de nuevo la escena de la Anunciación. Estamos así rememorando el misterio de la Encarnación, por el que Dios quiso habitar entre nosotros y pidió ante todo la colaboración de María. De esta forma, como he dicho, tenemos ya un elemento de la primera parte del avemaría: «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres».

Un segundo elemento de esta primera parte procede de la bendición pronunciada por Isabel, la madre de Juan Bautista. Ésta, llena del Espíritu Santo, exclamó: «¡Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre!» Ahí se acaba propiamente el saludo de Isabel en el Evangelio. Luego veremos por qué en el avemaría no acaba ahí. Pero si el primer elemento son las palabras que proceden de Dios, «Dios te salve, María...», el segundo lo son palabras humanas que brotan del corazón de una mujer (llena ahora del Espíritu Santo). Se trenzan y se fusionan en el avemaría las más hermosas palabras que Dios y las criaturas pronuncian de la Madre de Jesús. Al oír estas últimas María, llevando a Jesús en su seno, entonó también un cántico de alabanza, el Cántico de María o Magnificat. En él la Virgen misma profetizó algo increíble: que todas las generaciones futuras le llamarían «¡Bendita!». Nosotros, pues, al recitar el avemaría cumplimos la profecía misteriosa y maravillosa de la Madre del Señor, unidos a Dios mismo, a los ángeles y a los santos. El avemaría es un saludo de fe, que se encuentra en el corazón mismo de la Sagrada Escritura. Es así como se compuso la antífona Ave María.

¿A quién se le ocurrió pues fusionar en una sola antífona o estribillo tanto las palabras de Gabriel como las de Isabel? No lo sabemos bien, aunque no era difícil asociarlas, pues tanto el final de las de Gabriel como el principio de las de Isabel está hecho en los mismos términos, de modo que el mismo Evangelio de San Lucas parece insinuarlo e invitarnos a ello. Pero sí sabemos que ya en el siglo VII el avemaría se cantaba en la procesión de las ofrendas de la misa del día de la Anunciación, esto es, del 25 de marzo.

Quizá bastante antes incluso algún músico, algún catequista o alguna monja lo habían hecho ya en Oriente. Decimos a María que es bendita, a causa del bendito fruto de su vientre, esto es, Jesús. Por eso los fieles no dudaron en añadir al final del doble saludo la palabra «Jesús». Antes el avemaría se recitaba sin el nombre de Jesús, que se añadió sin embargo muchísimo más tarde, durante el siglo XIII. El añadido tenía una procedencia completamente distinta y por lo demás bellísima. Era la influencia de otra oración de repetición extendidísima entre los monjes de Oriente, justamente la llamada "Oración de Jesús" de la que se habla tanto en «El peregrino ruso».

La oración de los monjes orientales, que se sigue recitando todavía hoy precisamente con ayuda de un rosario de cuentas apropiado, es esta breve fórmula: «Señor, Jesucristo, ten piedad de mí pecador». Se trata de la repetición ininterrumpida del nombre de Jesús, para cumplir el precepto evangélico de la oración continua. Esta oración se practica además unida a una técnica de respiración. A la vez que se va inspirando y respirando se quiere también comprender lo que es llenarse de Jesús, para corporeizar la famosa expresión de San Pablo: «No soy yo, es Cristo quien vive en mí». Con ello se integra poderosamente al cuerpo en el ejercicio mismo de la oración continua. Así es como, por influencia de los monjes orientales, la palabra Jesús pasó al Avemaría y el nombre de Jesús constituyó la perla definitiva del avemaría.

Todo procede de la palabra Jesús y todo en el avemaría está orientado a ella. El Santo Nombre de Jesús reina en esta fórmula de fe. El nombre de Jesús la columna principal en que se

sostiene la oración entera del rosario. Toda oración, y también y muy especialmente la dirigida a María, ha de ser siempre cristocéntrica.

Aunque la primera parte del avemaría es la más importante, la segunda, sin embargo, es tan sólo un añadido, un complemento de rango menor. Esta súplica es ya muy posterior. Pero es muy hermosa. La fórmula fue propiamente aceptada en el siglo dieciséis e introducida por el Papa San Pío V en el breviario romano. Cuando una oración perdura cinco siglos es que sin duda es de gran fuerza y calidad espiritual y teológica. De hecho está inspirada en las súplicas de las letanías de la Virgen, cuando decimos: «Ruega por nosotros». Ahí se encuentra el punto de apoyo de toda la petición, que nosotros pecadores dirigimos a Santa María, la «Toda santa» como gustaban los griegos de nombrar a la Inmaculada. Le pedimos que interceda por nosotros en dos importantes momentos de nuestra vida: ahora, pues cada «ahora» es un momento crucial en mi historia personal. Y luego en la hora de nuestra muerte.

Del mismo modo que María estuvo presente en la «hora» de la muerte de Jesús, en la «hora» de salvación, también nosotros suplicamos su presencia maternal en la hora de nuestra propia muerte. Esta gran súplica es una hermosa conclusión de la invocación «Dios te salve, María».

10.- EL PADRENUESTRO ENTRA EN EL ROSARIO (Emilio Cárdenas S.M.)

Con frecuencia se ha comparado el rosario a la construcción de una gran catedral medieval levantada a lo largo de varios siglos, recibiendo múltiples influencias y llegando al final a un todo sumamente armonioso. Quizá las raíces de este gran árbol del rosario podemos buscarlas en los monjes irlandeses e ingleses que evangelizaron Europa Central ya antes del año 1000. Ellos practicaban la oración de «salterios» de ciento cincuenta fórmulas de repetición. Solían con frecuencia dividir estos largos salterios en tres coronas o rosarios de cincuenta fórmulas, entre las cuales destacaba el padrenuestro.

Por otra parte el avemaría, en su forma primitiva se estaba haciendo también muy popular en esa época y con frecuencia era incorporada a las fórmulas de oración que todo cristiano debía aprender según los «catecismos» entonces al uso. Esto hizo que también comenzara la costumbre de repetir el avemaría. La aportación de los misioneros irlandeses cobró luego un especial impulso en los países alemanes cercanos al Rin y en toda Europa, sobre todo entre los cistercienses, que usaban de repetir, el padrenuestro, lo cual transmitieron a otros monjes así como a los frailes de las nuevas órdenes.

A su vez los monjes cartujos de los siglos catorce y quince impulsaron de una forma muy particular esta devoción. Son ellos los que solían rezar las ciento cincuenta avemarías del salterio de la Virgen. Pero era en efecto una oración bastante larga y podía uno fácilmente perderse en ella. Como para contar las avemarías se usaba un pequeño rosario de decena, que se llamaba «paternóster», a un santo y sabio cartujo del siglo XIV, Enrique de Kalcar, se le ocurrió la buena idea de dividir las ciento cincuenta avemarías en grupos de diez, con lo que aparecían quince decenas que facilitaban la recitación. El mismo Enrique de Kalcar introdujo al comienzo de cada decena la recitación del padrenuestro. Con ello se enriquecía la oración completa del salterio de la Virgen, poniéndola bajo la protección y tutela frecuente de la oración del Señor.

Y justamente aquí el padrenuestro encontró su verdadero puesto en el rosario. Se abre el rosario mismo a partir del padrenuestro, que inaugura toda la oración. Toma en tu mano un rosario. ¿Ves cómo al principio (o al final, según se mire) tiene una cruz? Hay después de la cruz unas cuantas cuentas introductorias a la recitación. La primera es más gruesa. Es la que corresponde al padrenuestro inicial. Luego, al principio de cada misterio hay otra cuenta algo más gruesa que las otras, algo separada de las correspondientes decenas. Estas cuentas aisladas y gruesas corresponden a la recitación del padrenuestro.

En efecto, el padrenuestro es la principal y primera de todas las oraciones. Es la oración que Jesús nos enseñó y la que él mismo rezó, por ejemplo en el huerto de Getsemaní, cuando se dirigió al Padre en la noche en que se entregó por nosotros. Es una oración magnífica, con una

estructura interior y una armonía maravillosa. En realidad el padrenuestro nos muestra en vivo cómo late el corazón de Cristo. Nos revela lo que Jesús llevaba en su alma. Hay tres palabras que resumen muy bien lo que Jesús llevaba en su corazón: «Tu nombre, tu reino, tu voluntad». Así late el corazón de Jesús y ésta es su gran pasión, por encima de toda otra.

Las avemarías que siguen al Padre nuestro en el rosario sólo son pálidos complementos meditativos de este gran triple tema y lema de Cristo Jesús. El mismo mensaje angélico habla del Nombre de Jesús, que es un espejo del misterioso nombre de Dios. María a su vez, al responder a Gabriel: «Hágase en mí según tu palabra», hace el más hermoso comentario en vivo del «hágase tu voluntad» del padrenuestro. Por eso mismo, los cristianos enseguida comprendieron que el avemaría es un bellissimo reflejo del padrenuestro, y que ambas oraciones se engarzan estupendamente la una en la otra.

El avemaría fue construyéndose sobre los planos del padrenuestro, por lo que también tiene dos partes. El padrenuestro tiene dos momentos distintos, en un maravilloso ritmo y cadencia. Mientras que el triple lema de la primera parte parece depender del dulcísimo «Abba», Padre, del principio, y está orientado a Dios, la segunda parte del padrenuestro parece contemplar más bien las más profundas necesidades del hombre: el pan, el perdón y la libertad. El padrenuestro fue el modelo del avemaría. Ya desde el siglo tercero conocemos una importante oración dirigida a la Madre de Dios que utiliza alguna expresión semejante a alguna de las peticiones del padrenuestro: «líbranos siempre de todo peligro, OH Virgen gloriosa y bendita», tal como solemos recitar hoy en día la venerable oración del «Bajo tu amparo».

Jesús en los brazos de María, es la única fuente de donde brota la salvación para todos. No hay dos fuentes, sino una sola, que es Cristo. Es él quien intercede por nosotros. Con él María también intercede. Por eso ha de entenderse siempre que toda oración de súplica a María está recogida por Cristo y en último término completamente orientada en el Espíritu Santo al Padre.

11.- EL GLORIA Y LAS LETANÍAS (Emilio Cárdenas S.M. y Antonio Arias S.J.)

Dios es Trinidad. La existencia de Dios podemos y debemos conocerla por el orden del universo. Aun Cicerón decía: «¿Quién hay tan insensato, que habiendo mirado al cielo, no sepa que hay un Dios?» Y San Pablo: «Las perfecciones invisibles de Dios, aun su omnipotencia y divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo, por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas». Y el Concilio Vaticano habla así: «La Santa Iglesia Católica Apostólica, Romana, cree y confiesa que hay un solo Dios verdadero y vivo, Creador y Señor del cielo y la tierra, omnipotente, eterno, inmenso, incomparable, infinito en su entendimiento y voluntad y en todo género de perfecciones. Y siendo una simplicísima e inmutable sustancia espiritual y singular, es realidad y por esencia distinto del mundo».

Así es un pintor distinto de la imagen que pintó. Por las criaturas no podemos conocer que ese Dios único es tres personas, porque aun cuando hay en las criaturas huellas de la Trinidad, no podemos llegar con certeza a ella por ese medio. La causa es que siendo una sola la naturaleza divina, lo que Dios ejecuta fuera de la divinidad, lo mismo lo hace el Padre, que el Hijo, que el Espíritu Santo. Es una sola operación la de las tres Personas. Sabemos que hay tres Personas por la revelación clarísima de Jesucristo: «Id -dice a sus Apóstoles-, bautizad a todas las gentes, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

Son un solo Dios. El Espíritu Santo se pone en el mismo grado que el Padre y el Hijo. La colocación ordenada se refiere al origen. El Padre es principio, el Hijo nace del Padre y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y no como de dos principios, sino como de un solo principio; porque todo lo que tiene el Padre menos la persona, que es distinta, lo tiene el Hijo. Con toda reverencia hemos de decir: «Te amo y te adoro, Santísima Trinidad, un solo Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, Creador, distinto del mundo por todos los que no te aman y no te adoran».

Consecuencia natural de la división en decenas, al final de cada decena se concluye con un gloria como se hace en la recitación de los salmos. La costumbre se introdujo a partir de la iglesia de los dominicos de Roma, en el siglo XVII, donde rezaban el rosario en forma semejante a la recitación de las vísperas del oficio, y por eso se añadía un gloria en cada decena. No resultaba una sobrecarga, sino un hermoso complemento en la más rica tradición de alabanza a la Trinidad.

En el rosario, las cuentas más gruesas que sirven para el padrenuestro sirven a la vez para el gloria, de modo que en ellas comienza y termina la recitación de la decena. En las tres cuentas que hay desde la cruz a la medallita con la que se abren las decenas hay todo un proceso de introducción a la oración misma. Son una súplica en la que tenemos muy presente al Espíritu Santo para que nos enseñe a rezar con su arrullo de paloma. Sin el Espíritu no podemos decir Abba, ni nombrar a Jesús, ni alabar a María. Las tres cuentecitas están orientadas a crear en nosotros una disposición de fe, esperanza y caridad en orden a hacer una oración perfecta en el Espíritu Santo. En cada una de ellas se recita un avemaría por cada una de estas tres virtudes teologales.

Las letanías no sabemos cuándo se compusieron. En ellas llamamos a la Virgen con muchos nombres, para excitar nuestra confianza y mostrarle el gozo que tenemos al recordar sus prerrogativas. Hizo en María cosas grandes el que todo lo puede. Con las Letanías se piden favores particulares y públicos, pidiendo vernos libres de peligros, enfermedades, males de cualquier clase. Podemos, al rezar las Letanías, hacernos una composición de lugar mirando al mundo lleno de toda clase de miserias y a la Madre de Dios contemplando tanta ruina. Así nos haremos fácilmente a rezarlas bien y evitaremos la rutina, que es el peligro que tenemos al orar vocalmente. Debemos procurar que nuestra oración nunca sea puramente vocal, sino que vaya acompañada de consideración, acerca de las personas a quienes nos dirigimos, acerca de nosotros que somos mendigos de Dios, acerca de lo que pedimos, que son bienes muy preciosos.

12.-DOMINGO DE HELION: UN JOVEN INQUIETO

El creador de nuestro actual rosario fue un polaco. Un extraordinario personaje, Domingo Helion. Nació cerca de Gdansk, en la costa, en el año 1382. Pasó a la historia con el nombre de Domingo de Prusia, porque en aquella época toda la costa pertenecía a Alemania. Él mismo escribió su autobiografía en su «Liber Experientiarum», el libro de sus experiencias.

Nació en una humilde pero honrada familia ribereña. Su padre era pescador. Murió cuando él era niño dejándole huérfano. Su madre, buscando algo mejor para su hijo que parecía bien dotado, lo envió a Gdansk a servir en casa de cierto predicador. Éste le enseñó el alfabeto y el padrenuestro y le inició en la devoción a la Virgen. Siendo aún muy jovencillo hizo un voto a la Virgen, que luego sin embargo se olvidaba de cumplir bien: «Santa María -le dijo a la Virgen-, ayúdame a estudiar mucho para que pueda llegar a ser sacerdote».

Con todo, no cumplió su promesa pero en medio de sus juergas y aventuras siempre le quedaba una voz interior que le llamaba. En un momento de arrebató se decidió a ingresar en la cartuja de Praga, pero al poco estaba de nuevo en Cracovia practicando magia negra para ganarse la vida. En su desorden, de pronto era capaz de dar de una todo su dinero en limosna.

Marchó a estudiar a la universidad de Cracovia, donde en vez de estudiar se dedicó por desgracia a llevar una vida perdida jugando a los dados y bebiendo cerveza. En cierta ocasión, entró Domingo en una iglesia para pedir perdón por sus muchos pecados y desvaríos. ¿Sería quizá en Cracovia la famosísima basílica de la Virgen que en aquella época justamente estaba prácticamente concluida y que se alza hoy maravillosa en la grandiosa plaza del Rynek? El caso es que allí se le acercó una mendiga envuelta en una pobre capa azul pidiéndole una limosna. Le dio Domingo su última moneda. La vieja le prometió allí mismo que aquella moneda dada sería la redención de sus pecados.

Mucho más tarde Domingo reconocería que en los rasgos de la vieja mendiga que se le había acercado a la misma Madre de Dios, fiel a la alianza contraída con aquel niño de Gdansk. Inmediatamente comprendió que no le quedaba más remedio que entregarse por completo a su vocación e ingresó en la más severa de las órdenes monásticas, en la cartuja de Tréveris, en Alemania, junto al río Mosela. La copia más antigua de su manuscrito autobiográfico se encuentra actualmente en la Biblioteca de la ciudad de Tréveris.

13.- LA GENIALIDAD DE UN NOVICIO CARTUJO

De todos modos, a pesar de ser bastante joven, Domingo de Helion se consideraba ya acabado, sin fuerzas para seguir viviendo, sintiéndose al final de su vida. Pero en la cartuja de Tréveris la Providencia le hizo encontrarse con un extraordinario y valiosísimo prior, Adolfo de Essen, un alemán, que inmediatamente se percató de la valía interior de aquel muchacho atolondrado y que tanto había sufrido ya en la vida. En efecto, el novicio estaba tan acabado que se sentía incapaz de hacer la meditación. Ni siquiera de rezar con sentido una sola avemaría.

Su maestro y guía solía por aquella época justamente rezar una cierta forma de rosario al que había tomado afición. No era nuestro actual rosario. No tenía ni Credo ni Gloria, ni las avemarías tenían aún una segunda parte de súplica, ni había misterios, ni nada por el estilo. Era más bien el rosario de la Leyenda del Caballero. Simplemente la repetición de las cincuenta avemarías. Pero el prior había escrito incluso un librito sobre esta devoción, que había dedicado a una buena amiga suya que estaba pasando por un momento muy difícil de su vida, Margarita de Baviera. Adolfo, pensando ayudar a Domingo, le entregó el librito, advirtiéndole que no hay nadie que repitiendo cada día las cincuenta avemarías al cabo de un año no haya podido cambiar completamente su vida.

Así pues Domingo empezó con la práctica que su buen padre y consejero le había recomendado. Al poco tiempo, sin embargo, empezó a cansarse, pues le resultaba inútil y bastante aburrido. Se encontraba completamente desanimado. Para muchos esta dificultad es complicada de vencer. Pero él consiguió encontrar el modo de convertir esta dificultad en una gracia, como suele suceder con los genios. En aquella época precisamente el prior Adolfo estaba escribiendo otro librito de meditaciones de la vida de Cristo. Le entregó a Domingo su nueva obra sobre la Vida de Jesús, y ahí tenemos a nuestro novicio con un libro en cada mano y un montón de resistencia a la plegaria en el corazón.

¿Y qué se le ocurrió hacer? Una síntesis providencial, juntando la repetición de las avemarías con la meditación de la vida de Cristo, de forma originalísima. En efecto, al final de cada avemaría, al llegar a la palabra Jesús, fue añadiendo una a una breves cláusulas meditativas correspondientes a los diversos momentos de la vida de Cristo. Un ejemplo:

Dios te salve, María. Llena eres de gracia. El Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es fruto de tu vientre, JESÚS,

- al que por el anuncio del ángel concebiste del Espíritu Santo. Amén.

Luego, a cada una de las siguientes avemarías iba añadiendo otras cláusulas distintas, desde la concepción hasta la muerte y resurrección del Señor. Y así hasta cincuenta, de modo que de pronto el rosario empezó a tener un contenido meditativo variadísimo y riquísimo, guardando sin embargo una misma estructura repetitiva fija.

Se trata ya de un verdadero rosario en el sentido actual de la palabra. De este modo Domingo compuso cincuenta cláusulas con las que iba recitando las avemarías haciendo lentamente una admirable meditación de los misterios de la vida de Cristo. Se encerraba en la soledad de su celda. Se ponía a rezar con toda calma cada avemaría, susurrando luego cada cláusula, guardando un instante de silencio meditativo para saborear la escena evangélica evocada. Luego pasaba a la siguiente, y a la siguiente, y a la siguiente hasta terminar todo su recorrido espiritual. La recitación de su rosario podía llevarle por lo menos una hora, porque era un verdadero ejercicio de meditación.

Aquella meditación hecha junto a María le daba una increíble capacidad de profundización en los misterios de Cristo y traía al alma de aquel agitado novicio una nueva y bellísima paz de espíritu. El alma de Domingo empezó a sentirse cerca de Dios y una nueva

felicidad empezó a colmarle. Por fin y después de una larga lucha podía encontrar en la oración un gran consuelo.

14.- LAS CLÁUSULAS DEL ROSARIO DE DOMINGO DE PRUSIA, NOVICIO EN LA CARTUJA DE TRÉVERIS EN 1409

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, JESÚS,

ENCARNACIÓN Y EPIFANÍA

1. Al que por el anuncio del ángel concebiste del Espíritu Santo. Amén.
2. Al que, tras haber concebido, llevaste a Isabel poniéndote en marcha hacia la montaña. Amén.
3. Al que diste a luz con gozo permaneciendo siempre virgen en cuerpo y alma. Amén.
4. Al que adoraste como creador y alimentaste de tus pechos virginales. Amén.
5. Al que envolviste en pañales y lo pusiste en un pesebre. Amén
6. Al que los ángeles alabaron cantando Gloria a Dios y al que los pastores encontraron en Belén. Amén.
7. Que al octavo día fue circuncidado y recibió el nombre de JESÚS. Amén.
8. Que con reverencia fue adorado por los tres magos portadores de distintos dones. Amén.
9. Al que en tus brazos maternos llevaste al templo y presentaste a Dios su Padre. Amén.
10. Al que Simeón tomó en sus brazos bendiciendo a Dios y al que Ana reconoció. Amén.
11. Con el que marchaste a Egipto huyendo de la presencia de Herodes. Amén.
12. Con el cual tras siete años volviste a la patria por el aviso del Ángel. Amén
13. Al que teniendo doce años perdiste en Jerusalén y encontraste en el templo después de tres días de dolorosa búsqueda. Amén.
14. Que cada día crecía en sabiduría, edad y gracia ante Dios y ante los hombres. Amén. (arriba)

VIDA PÚBLICA

15. Al que Juan bautizó en el Jordán, mostrándolo como Cordero de Dios. Amén.
16. Que ayunó durante cuarenta días en el desierto y al que Satanás tentó por tres veces. Amén.
17. Que después de reunir a sus discípulos predicó al mundo el Reino de los Cielos. Amén.
18. Que devolvió la vista a los ciegos, sanó a los leprosos, curó a los paralíticos, liberando a cuantos estaban oprimidos por el diablo. Amén.

19. Cuyos pies lavó con lágrimas, secó con sus cabellos, besó y ungió con perfume María Magdalena. Amén.

20. Que resucitó a Lázaro, muerto después de cuatro, días así como a otros muertos. Amén. (arriba)

PASIÓN, MUERTE Y DESCENSO A LOS INFIERNOS

21. Que el Domingo de Ramos, al entrar sobre un borriquillo fue acogido por el pueblo con gran gloria. Amén.

22. Que en la última Cena instituyó el venerable sacramento de su Cuerpo y de su Sangre. Amén.

23. Que con sus discípulos fue al huerto donde intensamente oró con sudor de sangre. Amén.

24. Que por sí mismo fue al encuentro de sus enemigos y se entregó voluntariamente en sus manos. Amén.

25. Al que ataron con dureza los siervos de los judíos y así atado condujeron a los príncipes de los sacerdotes. Amén.

26. Al que falsos testigos acusaron, al que otros vendaron los ojos, escupieron, abofetearon y golpearon. Amén.

27. Al que ante Pilato y Herodes proclamaron reo de muerte como un malhechor. Amén.

28. Al que despojado de sus vestidos Pilato mandó flagelar cruel y largamente. Amén.

29. Al cual también los siervos coronaron de espinas e hicieron burla después de revestirle de vil púrpura. Amén.

30. Al que injustamente condenaron a una muerte repugnante y con otros dos delincuentes sacaron a ajusticiar. Amén.

31. Al que clavaron en la cruz de pies y manos y ofrecieron vino con mirra así como vinagre con hiel. Amén.

32. Que rezó por los que le crucificaban diciendo: Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen. Amén.

33. Que dijo al ladrón de su derecha: En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso. Amén.

34. Que te dijo a ti, su Santísima Madre: He ahí a tu hijo. Y a Juan: He ahí a tu madre. Amén.

35. Que gritó: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Amén.

36. Que dijo: Todo está cumplido. Amén.

37. Que al final dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Amén.

38. Que murió de muerte amarguísima y sacratísima por nosotros pecadores. Demos gracias a Dios. Amén.

39. Cuyo costado un soldado traspasó con la lanza y de allí surgió sangre y agua para el perdón de nuestros pecados. Amén.

40. Cuyo sacratísimo cuerpo bajaron de la cruz y, como piadosamente se cree, colocaron en tu seno. Amén.

41. Al que unos hombres justos y santos sepultaron envuelto en una sábana después de haberlo ungido con aromas. Amén.

42. Cuyo sepulcro precintaron los judíos con sello, poniendo además guardias. Amén.

43. Cuya alma santísima descendió a los infiernos y consolando a nuestros santos padres los llevó consigo al paraíso. Amén. (arriba)

RESURRECCIÓN, ASCENSIÓN, PENTECOSTÉS

44. Que resucitó al tercer día alegrándonos con gozo inmenso. Amén.

45. Que tras su resurrección se apareció a sus discípulos y fieles confortando en santa fe sus corazones. Amén.

46. Que ante ellos, mientras tú estabas presente mirando, ascendió al cielo y está sentado a la derecha del Padre. Amén.

47. Que a sus hermanos el día de Pentecostés envió desde el cielo el Espíritu Santo que había prometido. Amén.

ASUNCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

48. Que finalmente te ascendió al cielo a ti, su dulcísima madre, colocándote a su derecha y coronándote gloriosamente. Amén.

INTERCESIÓN Y DOXOLOGÍA

49. El cual, con tu intercesión, tras el curso de nuestra pobre vida, se dignará también acogernos a nosotros siervos suyos y tuyos en el reino de su Padre. Amén.

50. Que con el Padre y el Espíritu Santo y contigo, gloriosísima madre suya, vive y reina como Rey vencedor por los siglos de los siglos. Amén.(arriba)

15.- EL LEGADO DE DOMINGO DE PRUSIA(Emilio Cárdenas S.M.)

Existe un cuadro extraordinario en que ha sido representado el mismo Domingo el Cartujo. Se trata curiosamente de una obra de un grandísimo pintor español del siglo XVII, Zurbarán. El cuadro había sido usurpado en España por el estado cuando en 1836 se desamortizó la cartuja de Jerez y vendido al rey de Francia. Éste a su vez lo puso a la venta en Londres y Atanasio Raczyński, un magnate polaco, lo compró para su colección de Berlín. Posteriormente trasladó la colección a Posen, donde luego quedó en el museo Federico III. Actualmente está en el museo nacional de Poznan.

Los rasgos de la Virgen los tomó Zurbarán de un antiguo retrato de Margarita de Baviera. Así pues Margarita, Adolfo y Domingo son puestos en escena por Zurbarán para visualizar el mensaje que la Virgen quiere transmitirnos a todos nosotros, sus hijos tantas veces atribulados:

«Permaneced conmigo en la meditación, en la oración continua. Ésta será para vosotros una fuente de consuelo en medio de las pruebas».

Después del noviciado vivió Domingo siempre con gran fe y amor a Cristo y a la Virgen. También sabemos que durante toda su vida se vio afectado de grandes sufrimientos físicos y psicológicos, como él mismo fue contando en su «Liber experientiarum». Gracias a su rosario de cláusulas pudo encontrar fuerzas para ser fiel hasta el final a la promesa que había hecho de crío. María guió a Domingo a lo largo del misterioso camino de la vocación. Más adelante éste continuó su tarea de componer cláusulas para las avemarías del rosario, y llegó a las ciento cincuenta del salterio entero. Pasó a la historia con el nombre de Domingo de Prusia.

Cincuenta años después del rosario de cláusulas de Tréveris, otro gran apóstol del rosario, Alano de Rupe, propuso una nueva adaptación del mismo. Alano, quizá por cierta confusión, atribuyó la creación del rosario a otro famoso Domingo, al español Domingo de Guzmán, el fundador de los Dominicos, orden a la que Alano de Rupe pertenecía. Con ello el nombre de Domingo Helion quedó prácticamente eclipsado en la historia de la espiritualidad, y tan sólo fue conocido y venerado entre los cartujos.

Actualmente son bastantes los teólogos y pastores que insisten en que debemos volver en parte a la espiritualidad de Domingo de Prusia y rezar el rosario de forma mucho más meditativa. Es curioso por ejemplo señalar que el actual Catecismo de la Iglesia Católica incluye el rosario entre las oraciones mentales y lo pone en paralelo con la «lectio divina», o lectura meditada de la Biblia.

La figura de Domingo el Cartujo nos lleva a rezar el rosario más lenta y meditativamente, dejando espacios de silencio, centrándonos más en los misterios de Cristo, apoyándonos en el Nombre de Jesús para hacer de él el eje principal del rosario. Se invita a iniciarse al rezo en solitario o en grupos pequeños antes de pasar a su recitación en grandes comunidades. La presencia de María, que guardaba en silencio todos los misterios de Cristo en su corazón, aparece ante nosotros cada vez más como el lógico espejo en que se formó Domingo Helion y en que nosotros aprendemos también a orar.

El rosario, repetido mecánicamente de forma oral sin meditación es un cuerpo sin alma. Aprendiendo de nuestro cartujo podemos quizá vencer esta dificultad. De hecho hay una variante del rosario meditado con cláusulas, sólo que no con cincuenta o ciento cincuenta cláusulas, sino sólo con quince, una por cada uno de los quince misterios. Se ha venido rezando al norte de los Alpes, en Alemania, Austria y algunas zonas de Polonia hasta el día de hoy. Es muy apto para la meditación y la favorece mucho. Pero es sólo empleada en áreas de Europa Central. En general el rosario se reza ahora casi siempre al modo italiano, esto es sin cláusulas.

16.- EL ROSARIO DE CLÁUSULAS SE EXTIENDE

Domingo empezó por explicar su iniciativa a su propio prior, Adolfo de Essen, que se quedó admirado y al que le gustó muchísimo. El mismo Adolfo se dedicó a recomendarlo a los

cartujos alemanes, entre los que comenzó a difundirse con éxito. Todo el mundo quería rezar el rosario de ese modo. Empezaron a hacerse copias de las cláusulas y a enviarse a las cartujas de Alemania y de Francia. Sabemos exactamente cuando tuvo lugar su hallazgo: en Adviento del año de 1409. Tenía Domingo el novicio la edad de veintiséis años. Los cartujos, pues, tuvieron un significado muy especial en el nacimiento de la actual forma del rosario. En cuanto a su propagación, los que más mérito han tenido han sido sin duda alguna los dominicos.

El rosario de Domingo el novicio es ya de algún modo el nuestro. El rosario, en efecto consiste en una difícil pero maravillosa síntesis de dos elementos diferentes:

- * la repetición oral de una fórmula Evangélica dirigida a la Virgen, el avemaría,
- * la meditación de los misterios de Jesucristo.

Propiamente dicho, el contacto de estos dos elementos opuestos es lo que crea la chispa misma de esta oración. Y ésta era precisamente la forma en que Domingo el Cartujo rezaba, unido a María, adentrándose en los misterios de Cristo como lo hizo María. Ahí está el meollo del rosario, oración a la vez oral y mental, completamente centrada en Cristo y en unión con la madre del Salvador. Aunque el rosario se haya desarrollado posteriormente de modos diversos, con todo, Domingo de Prusia estableció ya lo esencial. El mismo Domingo no comprendió cómo llegó a tener esta ocurrencia. Él empezó simplemente a construir algunas cláusulas, y de pronto se sintió lleno de inspiración y fuerza, sin duda procedente del Espíritu Santo, como posteriormente él mismo reconocía.

Por cierto que hay que decir que no sólo Domingo se sentía lleno de debilidad espiritual. Su mismo prior, Adolfo de Essen, que tanto le ayudó, fue una persona que sufrió muchísimo a causa de las dolorosas divisiones y cismas de la Iglesia que durante aquellos años asolaban Europa. En efecto, por aquellos años las divisiones y luchas en el interior de la Iglesia se habían hecho tan agudas que había llegado a haber tres papas simultáneamente. Uno en Aviñón, el otro en Roma, el tercero, el Papa Luna en España.

El monasterio de Tréveris era fiel al Papa de Roma, pero el mismo Adolfo sufría interiormente desgarrado y asustado. El rosario meditado de Domingo Helion le sirvió de enorme consuelo y fuerza en medio de la debilidad. Y no sólo el prior. También Margarita de Baviera colaboró a la devoción y extensión del rosario de Domingo. La misma Margarita vivió muy dolorosas pruebas en su vida. Era hija del emperador Roberto y había sido dada en matrimonio al Carlos II, Duque de Lorena. Al principio el matrimonio fue bien y tuvieron dos criaturas que les llenaron de felicidad. Pero la desgracia llegó a su hogar y ambos niños murieron. Margarita se quedó sumida en la tristeza. Algún tiempo después descubrió la completa infidelidad de su marido, que había encontrado una amante, con la que llegaría a tener nueve hijos. Al final él la abandonó completamente.

En medio de su soledad y dolor Margarita encontró apoyo espiritual en el prior de la Cartuja, Adolfo de Essen. Por su consejo empezó ella misma a rezar y meditar el rosario con cláusulas de nuestro joven monje, y encontró en aquella oración el consuelo y la fuerza para poder vivir completamente fiel a Jesús y al Evangelio. Fue tan importante su encuentro con el rosario que se dedicó a propagarlo por gran parte de Alemania. El Rosario fue así un don del

Espíritu Santo y de la Virgen para que personas atribuladas encontraran fuerza para creer y para amar. Y una vez más se mostró la fidelidad de María a la promesa que le hizo aquel chiquillo de Gdansk.

17.- DOMINGO DE GUZMÁN Y ALANO DE RUPE(Emilio Cárdenas S.M.)

El problema de la oración de Domingo Helion era su carácter selectivo y cerrado, pues estaba prácticamente circunscrita a monjes cultos en el interior de los monasterios. Para los que no sabían leer latín o simplemente no sabían leer, el rosario de los cartujos resultaba prácticamente inaccesible. Es justamente en estas circunstancias cuando entra en acción Alano de Rupe.

Se trata de un dominico francés originario de Bretaña, pero un verdadero dominico. Esto es, un auténtico hijo de Santo Domingo de Guzmán. Éste último fue un grandísimo santo. Había nacido en un pequeño pueblecillo español, no lejos de Burgos, en Caleruega, y desarrolló posteriormente su apostolado sobre todo en el sur de Francia durante el siglo XIII. El contacto con las herejías que reinaban en la zona de Albí le hizo reflexionar muy hondamente. Se dio muy pronto cuenta de que el pueblo de Dios vivía en una gran ignorancia porque faltaban buenos maestros y predicadores que contemplaran primero con hondura las grandes verdades de la fe y que a continuación las transmitieran a los otros, a los seglares, al pueblo llano. Era la única forma realmente responsable de combatir las herejías.

Domingo de Guzmán y sus hermanos predicadores habían consagrado toda su vida a este noble intento. Se esforzaron en ahondar los misterios evangélicos por el asiduo estudio de las escrituras y trataron en la predicación de hacer cuajar en el corazón de los fieles las verdades eternas. Los iconógrafos de Santo Domingo solían representarlo siempre con un libro en la mano, fuente de meditación y de estudio.

Alano de Rupe conoció el rosario de cláusulas de los cartujos, pero le pareció demasiado complicado para la gente sencilla. Se le ocurrió simplificarlo y sistematizarlo. Ciento cincuenta o incluso cincuenta cláusulas o meditaciones era mucho. Además exigía tener en la mano un libro, cosa sencillamente inaccesible para la mayoría de la población, analfabeta y pobre (¡en aquella época apenas estaba inventándose la imprenta!). Puesto que aquel otro cartujo, Enrique de Kalkar, había partido las ciento cincuenta avemarías en quince decenas precedida cada una de su correspondiente padrenuestro, lo ideal sería hacer quince meditaciones y ya basta. Se trataba entonces de hacer un programa teológico-catequético que sirviera adecuadamente a la predicación. No olvidemos que Alano pertenecía a la orden de predicadores (nombre oficial de los dominicos).

En su genialidad creativa, y aprovechando enseñanzas de otros teólogos y devotos, encontró y sugirió varios esquemas o programas de meditación. Entre estos programas hubo uno que tuvo más éxito quizá por responder mejor a una gran corriente espiritual muy extendida en la

época que se ha llamado la «devotio moderna». Este programa, que tras Alano se llegaría a fijar mejor, consistía en recitar el rosario por decenas en tres coronas de cinco meditaciones. Las primeras cinco, serían de gozo, y estarían consagradas al ciclo de navidad. Las siguientes cinco, de dolor, dedicadas a la pasión. Las cinco últimas, de gloria, a la resurrección. Le pareció una sistematización de lo más adecuada y sintética. Había aplicado un sistema teológico digno de un verdadero dominico.

Aunque solamente más tarde se aplicará el término de «misterio» a cada uno de estos temas de meditación y predicación, podemos nosotros usarlo ya porque ha sido un hallazgo feliz. Pues bien, al poco tiempo de empezar su apostolado del rosario, Alano había creado ya prácticamente los quince misterios que después la historia ha acuñado como más adecuados. En todo caso la belleza del sistema, su equilibrio y armonía garantizaban un gran éxito, incluso si quedaban un tanto al margen importantes temas de la fe cristiana que no debían olvidarse. Es decir, a los diez años de la muerte de Alano en 1478 un dominico valenciano, Fra Francesc Domenech, reproducía un grabado con escenas del rosario en que se ven ya los quince misterios que se han usado hasta ahora.

Podía fácilmente retenerse en la memoria. Proporcionaba una fácil síntesis evangélica de toda la fe. Permitía la elaboración organizada de esquemas sencillos de predicación que pudieran llevarse a todas las parroquias y los pueblos. Tenía un gran sentido pastoral. Podemos imaginarnos al predicador reuniendo a los fieles. Hablándoles luego un buen rato de alguno de los misterios de la vida de Cristo y al final, como resumen y para remachar lo predicado, la recitación común de las correspondientes decenas del salterio de la Virgen, como así gustaba Alano de nombrarlo. Lo que sí hizo Alano es aprovechar la experiencia monacal, ceñida fundamentalmente al interior de los monasterios, y llevarla al gran público, entregársela a todo el Pueblo de Dios, hacerla muy popular. Sí, eso fue la segunda genialidad de Alano: fundar cofradías del rosario. De este modo se establecía una comunión espiritual de alabanza, adoración e intercesión, que abarcaba a vivos y difuntos, a monjes y seglares, a santos y pecadores. Los seglares eran reunidos en las iglesias para la predicación de parte o todo un programa catequético. Luego la recitación del rosario se encargaba de conservar la memoria de los misterios previamente predicados y explicados.

La repetición regular del salterio de la Virgen garantizaba que lo que había sido predicado encontrara hondura y arraigo en los corazones de los fieles. La primera cofradía se fundó en Douai, Francia, algo antes de 1468. Muy pronto otro dominico fundó otra cofradía en Colonia, que fue la más popular de todas posiblemente. El éxito fue fulgurante. En muy pocos años se extendieron por todo el valle del Rin y en seguida llegaron a Roma y a toda España. La acogida de los fieles fue fantástica y toda parroquia quiso tener su propia cofradía. Cada cofradía rivalizaba por tener los mejores y más bellos cuadros y retablos. A través de los pinceles se desarrolló una hondísima meditación de la fe.

Rezar el rosario delante de tales cuadros continúa siendo una experiencia de oración muy rica y hermosa. El rosario tomó otra nueva dimensión, gracias a las cofradías y hermandades. Existen entre los dominicos testimonios de que al menos algunos de los primeros

predicadores usaban cordoncillos de repetición o «paternóster». Muy probablemente el mismo Santo Domingo también ejercitara la oración continua mediante la repetición de avemarías y otras fórmulas. De hecho, Domingo de Guzmán era no sólo devotísimo de María, sino que gustaba de meditar junto a la Madre de Dios y tanto insistía en la devoción que sus frailes habían de tener a la Santísima Virgen, que, desde los primeros tiempos se llamaba a los dominicos los «frailes de María».

Domingo, en sus continuos viajes apostólicos por toda Europa, siempre a pie, invocaba a la Madre y le cantaba himnos como el «Ave Maris stella». Y todas las comunidades dominicanas, desde tiempos de Domingo, terminan la jornada con el canto de la Salve. Entre los primeros dominicos inmediatamente se empezó un apostolado mariano importante. Todo ello debía venir indudablemente de su fundador. Esto lo sabía Alano. Pudo muy bien concluir que el salterio de la Virgen, que entonces se estaba extendiendo, procediera de Santo Domingo. ¿Pudo incluso equivocarse al oír hablar de Domingo de Prusia, de quien también tenía probablemente noticia, y pensar que se trataba de Domingo de Guzmán?

Todo son conjeturas. Alano por su parte se explicó de modo muy distinto. Habló de visiones y revelaciones celestiales que le habían comunicado la historia entera del rosario. Hay que tomar con cierta reserva este género literario tan popular en aquella época, que a todos gustaba y que con mezcla de ingenuidad y buen humor se admitía. En todo caso fue Alano quien extendió la idea de que Domingo de Guzmán había recibido de la Virgen el rosario como un modo sencillo de evangelización y para luchar contra las herejías reinantes en Francia.

18.- CONCEPTOS ERRÓNEOS SOBRE EL ROSARIO (Emilio Cárdenas S.M.)

Es falso decir que el rosario es necesario para salvarse. Los cristianos de oriente no lo practican como nosotros. Sólo se puede practicar cuando se recita con libertad de corazón. Es un buen camino de acercarse al mandamiento de la oración continua, pero sólo uno de los caminos.

Es falso afirmar que el rosario nació como arma para combatir a los herejes. Sería una distorsión de la historia. Aquí estamos de nuevo en una leyenda, y no ausente de fantasía, lo que de ningún modo faltaba a nuestro genial Alano. Es cierto que María es vencedora de toda herejía, como dice ya una antigua antífona mariana. Conviene entender bien y con cierta prudencia lo que esto quiere decir. En todo caso, la historia, la historia verdadera, es una buena maestra de la vida y nos hace ver que el rosario nace no tanto como un arma de lucha, sino más bien como un modo de meditación con su origen en su forma casi actual en la abadía cartuja de Tréveris, junto al río Mosela, en torno a tres personajes sufrientes y amantes, que encontraron en el salterio de la Virgen María fuerza para permanecer fieles a sus propios votos.

La Virgen no se apareció ni a Domingo de Guzmán ni a Domingo de Prusia para entregarles el rosario. El rosario no es de origen celeste sino terrestre. Son los hombres que viven su historia acompañados por la gracia de Dios y guiados por el Espíritu Santo los que han

ido creándolo, levantándolo. Aunque luego hayan recibido el respaldo de muchos signos del cielo. Hay en efecto un cierto peligro de hacer proceder el rosario directamente del cielo. La consecuencia es que puesto que del cielo procede, no puede tocarse, cambiarse, adaptarse. Y esto no es así. La Madre de Dios no ha dictado el modo de rezarlo. El rosario es fruto de una época y, se trata de adaptarlo a las circunstancias de cada cual, de cada comunidad.

En eso es necesaria inteligencia y flexibilidad... y ayuda del Espíritu Santo. No hay que dejarse agarrotar por el formalismo. No han de tomarse a la letra las fantasías simpáticas de Alano de Rupe que sostienen la incuestionable procedencia celeste del rezo del rosario, con lo cual resulta intocable. De hecho el mismo Alano no fue nada rígido en la recitación del rosario e inventó no un solo rosario, sino una buena colección de posibles rosarios meditados. De entre ellos se iría destacando el que ahora casi siempre se reza.

19.- LAS DIFICULTADES EN EL REZO DEL ROSARIO (Emilio Cárdenas S.M.)

El rosario es una oración sencilla pero difícil de practicar. Puede ser un error el decir sin más que es una oración sencilla y fácil. No conviene ni ignorar ni despreciar sus dificultades. Puede parecer exteriormente sencilla. Pero es exigente, como todo ejercicio de oración serio.

Tanto en los noviciados y seminarios como en las casas de espiritualidad para seculares se suele seguir un programa cuidadoso para enseñar a hacer meditación. Se hace una introducción, se enseñan diversos métodos, se exige esfuerzo, asiduidad, preparación remota y próxima. El director espiritual orienta luego personalmente... En cambio para el rosario, nada. Toma el rosario, únete al grupo y dale a las cuentas. Y ya está. No, no es correcto. Hay importantes dificultades y resistencias. Y no vale el método de empujar a superar estas dificultades moralizando o ejerciendo coerción espiritual sobre fieles e infieles. «Si no lo rezas es porque no tienes amor a la Virgen ni al Papa. O es que te falta sencillez. O porque no lo rezas, por eso es por lo que siempre caes en los mismos pecados. O que te falta amor...»

Este tipo de argumentación puede que a alguno le haya ayudado, pero puede provocar en otros reacciones de desaliento. Un singular ejemplo es el de Santa Teresa del Niño Jesús, para la que el rosario era un verdadero tormento y ni le daba devoción alguna ni le gustaba nada. Y esto le hacía sufrir mucho, porque amaba con todo el alma a la Virgen y sin embargo al rosario no le encontraba gusto. En una época de entusiasmo general por el rosario (en ocasiones abrumador) con gran apoyo de papas y obispos, las dificultades de la humilde y pequeña Teresita le parecían tener su origen en su propia imperfección.

Por eso mismo Teresa añade que siente vergüenza de confesar por escrito su falta de gusto. Su espiritualidad, tan libre e innovadora, parecía ir contra corriente de lo que entonces reinaba. En medio de aquel ambiente no es de extrañar que cuando a su muerte sus hermanas publicaron la «Historia de un Alma» omitieran estas expresiones de la Santa, pues no estaba bien que se dijera de un alma tan buena que no encontraba consuelo en la recitación del rosario.

Estas expresiones no fueron impresas hasta las últimas ediciones, más de cincuenta años después de su muerte. Si escribió estas reacciones interiores, lo hizo con un gran sentido de veracidad y caridad. Pensó sin duda alguna que mostrar su propia intimidad espiritual, con sus dificultades y límites podría ayudar a los otros. Pero por otra parte sabía que el escrito de cualquiera, al ser subjetivo puede distorsionar la verdad misma. Por eso cuando supo que iba a morir pidió a su hermana que antes de publicar sus escritos se ocupara sin escrúpulo alguno de suprimir, añadir o clasificar lo que pareciera conveniente. «Yo misma lo suprimo o añado», ratificó expresamente.

A la hermana le pareció que tanto estas confidencias sobre el rosario como bastantes otras cosas iban a ser mal comprendidas por los lectores, y actuó en conciencia, con absoluta y justa fidelidad a las disposiciones de la Santa. Pero posiblemente su hermana se equivocaba. O al menos eso nos puede parecer hoy. De hecho la iglesia misma, ya desde el proceso de beatificación de Teresita, exigió en todo la mayor transparencia y verdad. Los mismos obispos, teólogos y las propias religiosas fueron comprendiendo cada vez con mayor claridad que lo mejor era contar a todos los fieles la entera verdad del camino de Teresa del Niño Jesús.

En efecto, es importante para los que no somos santos el saber que también los santos han tenido dificultades en la oración y que por eso no hemos de desanimarnos. Por otra parte en la confidencia de Teresita se hace patente a mi modo de ver que el rosario es una oración difícil, y que por tanto necesita una iniciación más cuidadosa. Si por ejemplo Teresita hubiera conocido el rosario de Domingo de Prusia lo hubiera quizá rezado en solitario con mayor agrado, pues ella misma, unas líneas más abajo de su alusión al desconsuelo que le producía su rezo, añade que cuando se sentía absolutamente seca, rezaba muy despacio un padrenuestro y el saludo del ángel y estas oraciones le encantaban y alimentaban su alma mucho más que si las rezase un centenar de veces.

A pesar de todo encontró otro camino hacia la santidad porque el rosario es sólo uno de los caminos. Ella alcanzó la oración continua del corazón de otro modo. Precisamente estas dificultades del rosario son su trampolín para escribir en la misma página (24 y 25 del manuscrito C) la más bella e impresionante definición de la oración de los últimos dos siglos:

«Para mí la oración es un impulso del corazón, una simple mirada lanzada hacia el cielo, un grito de gratitud y de amor, tanto en medio del sufrimiento como en medio de la alegría. En una palabra, es algo grande, algo sobrenatural que me dilata el alma y me une a Jesús».

A Teresita le faltó un buen iniciador, un buen maestro de la oración del rosario. Sólo con verdadera libertad se puede rezar con fruto el rosario. La cuestión fundamental para todos es la del mandamiento y recomendación insistente de Jesús, de rezar sin interrupción, sin descanso, continuamente. Es decir, de estar «en estado de oración permanente». Teresa vive constantemente en este estado a través de las oraciones litúrgicas, que por cierto le gustaban muchísimo, de la meditación, de la lectura, de las fórmulas... y del mismo rosario que no le gustaba.

Es desde este estado, desde esta base, con este impresionante trasfondo de fe como la oración de Teresita brota, no «espontánea» como bien se comprende, pero sí libre. Y nosotros,

cada uno a nuestra manera, quizá no vivimos en este estado de oración en el que necesitamos entrar. Y por eso tampoco vivimos con habitual frecuencia la oración «de impulso de corazón» de que habla Teresa. De hecho, como aspiramos a tener esa oración tan pura y perfecta acabamos no rezando casi nunca. Con un poco de mejor orientación y ayuda, con una mejor dirección espiritual personal y de comunidad, Teresita habría podido vivir su experiencia del rosario de una forma mucho más feliz y dilatadora.

«Algo sobrenatural que me dilata el alma», dice Teresita. Justamente ésa fue la experiencia que tuvieron Domingo el cartujo, Margarita de Baviera y Adolfo de Essen. El problema es que muchos cristianos ven muy claro que necesitan rezar más y mejor. Desechan con frecuencia el rosario como rutinario y monótono (sobre todo porque nunca lo han aprendido a rezar bien) y luego... se quedan sin casi nada. Esa oración «espontánea» de Teresita exige muchísimas horas previas de vuelo para ser vivida de un modo habitual y no tan sólo alguna que otra vez, como quizá nos pueda pasar. A muchos cristianos que ven que no rezan habrías que decirles: ¡ahí tienes el rosario! Consigue que te lo enseñen a rezar bien. Ensayá el recitarlo diariamente hasta que se convierta poco a poco en troquel que vaya conformando tu alma.

Al cabo del tiempo, con paciencia y con generosidad, y sobre todo dejándote llevar por el Espíritu Santo empezará a rezar espontáneamente, de modo que tu corazón haya empezado a apegarse al hábito de la oración continua. Nunca dejes la oración «sin fórmulas», de «impulso de corazón», de «simple mirada», de «grito de gratitud» de la que habla Teresa.

20.- VALE LA PENA REZAR EL ROSARIO (o a lo menos, intentarlo)

(Texto de Antonio Arias S. J.)

Hay tesoros escondidos que el mundo actual, tan adelantado en otras cosas, no ve ni quiere ver. Engañado, el hombre moderno estima sólo el progreso material, anda sin rumbo fijo, es incrédulo y no reza. Quiere ser feliz, prescindiendo de Dios, a quien muchos niegan. La aguja imanada está inquieta, mientras no mira al Norte. Dios es el Norte del alma. La oración no encuentra lugar en los corazones de muchos humanos. He ahí lo que procura remediar la Santísima Virgen, invitando a los hombres de nuestra edad a rezar.

El Rosario es fácil, por su sencillez, a las personas que no tienen estudios; a los que están cansados, no les causa molestia; y a los sabios les da materia profunda de meditación en los misterios, y los ejercita en la humildad. Si no os hacéis como niños, dice Jesucristo, no entraréis en el cielo. Con el Rosario, el Espíritu Santo derrama espíritu de oración sobre la tierra; de oración mental y vocal, fácil y eficaz; porque recuerda los misterios de la redención, y las oraciones de que consta, no pueden tener mejor origen.

Con el Rosario oramos como en compañía de Jesucristo, repitiendo las palabras angélicas, y asociados a la Virgen María, como la Iglesia que oraba al venir el Espíritu Santo. Por eso es fácil que descienda abundancia de lluvia de gracias, que hagan fértil la tierra de nuestra alma y la llenen de frutos y de fuentes de agua viva. Jesucristo, que es gracia increada, nos vino por María, y la obra de Jesucristo, que es la redención, nos ha de venir por María. Como un hijo que entrega a su buena madre cuanto adquiere, para que ella lo distribuya como guste, así hizo el Salvador con su Madre Santísima. Ningún bien recibimos de la gracia de Jesucristo y de sus méritos, si no los da María. Conseguimos las gracias y en especial la salvación, si acudimos a María.

Pocas cosas habrá tan enlazadas con el Rosario, como la parábola del Buen Pastor. Jesucristo es la puerta por donde entran las ovejas. El que tiene fe, esperanza y caridad, entra en el cielo. El Rosario es el Evangelio, como dice el beato Pío XI. La contemplación de sus misterios y la oración constante nos alcanzan esa fe, esperanza y caridad, y ese cielo. Jesucristo llama a las ovejas por su nombre; oyen su voz y no escuchan la voz de los extraños. Acostumbrados en el Rosario al trato familiar con Jesús, conocemos su voz, acudimos a El, nos conoce, huimos de los extraños y escapamos del error, como de una sierpe que encontremos en el camino. Es sorprendente la fuerza que hay en el Rosario contra el error y malas costumbres.

Jesús va delante de sus ovejas; así lo hacía el Pastor en Palestina; le siguen. ¿Quién no ve que el Buen Pastor va delante de nosotros en el Rosario con sus ejemplos? Nos lleva a las aguas vivas que saltan hasta la vida eterna; nos pone en medio de la abundancia con su doctrina, sus sacramentos, su gracia de tantas clases, que nos ilumina, esfuerza y santifica, regenerándonos. Nos da vida vigorosa, que produce fruto de treinta, de sesenta y de ciento. Conoce a los suyos con afecto de amistad íntima, y aprueba sus sentimientos y sus obras. Tan íntima es esa amistad, que los compara con la que El tiene con su Padre, cuya naturaleza es la misma que la suya. Dice que El es la vid y nosotros los sarmientos.

Con la vida y ejemplos de María, que es la divina Pastora, están enlazados los misterios y ejemplos de su Hijo. Son inseparables de los suyos. Ella también conoce a sus ovejas, y las llama por su nombre; las ovejas, a su vez, la conocen, oyen su voz, la entienden y la obedecen.

Recemos todos los días, sin que falte uno solo, el Rosario. Amemos a María, que nos la dejó por Madre en testamento el Redentor moribundo. ¿Cómo persuadir con eficacia a que se rece el Rosario con piedad verdadera todos los días? A que se rece en privado y mejor en familia. Es práctica admirable, venida del cielo e inculcada repetidas veces por la que más desea nuestro bien.

Es eficaz para convertir a los pecadores más endurecidos y a los herejes más obstinados. Si tenemos buen deseo y constancia en el rezo del Rosario, tendremos en esta vida la gracia; en la otra, la gloria. En los átomos puso Dios fuerza insospechada. La del Rosario, aunque oculta y escondida, es tan grande, que no se puede medir. Hay en el Rosario energías incalculables.

Escribe San Grignón de Monfort, que el sacerdote a quien el Espíritu Santo haya descubierto las grandezas del Rosario, hará más en un mes que muchos predicadores en largos años. Es compendio de la vida, pasión y muerte del Señor. Es gloria de Jesús y María. En las

dudas, en las tinieblas de espíritu, en la multitud de enemigos, en los casos imprevistos, tan variados como repentinos, encontrarás en el Rosario luz, fuerza y victoria. Jesucristo oraba con frecuencia y en todas partes: en el templo, en los caminos, en los montes. Jesucristo nos exhorta con estas palabras: «Pedid y recibiréis; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá». ¿No dará el Señor su buen espíritu al que se lo pidiera? ¿No le dará la salvación? ¿No la penitencia final? Insta Jesucristo al decir: «Pedid, buscad, llamad». Quiere fe, quiere humildad; el que pide es mendigo de Dios; quiere perseverancia y confianza.

En el Rosario encontramos que María es bienaventurada, porque creyó cosas tan difíciles como la Encarnación. La vemos humilde: He aquí la esclava del Señor; la vemos siempre confiada en Dios. En el Rosario contemplamos a Jesucristo, que dice: «Padre, si es posible, pase de mí este cáliz; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú». Le vemos orar con más vehemencia, a medida que arrecia el tormento y muere orando con lágrimas en la cruz.

En el Rosario le vemos salir del sepulcro glorioso y lleno de poder y claridad. Le vemos como buen Pastor recogiendo su grey. Sube al cielo a prepararnos lugar. Da fuerza invicta enviando al Espíritu Santo. Lleva a la gloria en cuerpo y alma a su dichosa Madre. La hace nuestra abogada, pone en sus manos la omnipotencia para que nos ampare con sus eficacísimos ruegos. Nos protege como individuos, como a personas que vivimos en familia, en sociedad. ¿No respiramos? ¿No damos horas al sueño? ¿No tomamos alimento? Recemos así el Rosario. Levantemos al cielo nuestros ojos. No temamos.

21.- EL MENSAJE DE LOURDES

Santa Bernardita nació en Lourdes el 7 de enero de 1844. Desde octubre de 1845 hasta 1854, vivió en el molino de Boly; por ese tiempo la llevó consigo su madrina, y la tuvo dos años en calidad de niñera. Con la misma ocupación estuvo en Bartes veintiún meses. No había ido a la escuela. Sabía el Padrenuestro, el Avemaría, el Credo, no bien, y la jaculatoria: «Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que acudimos a Vos». No deja esto último de ser providencial.

De Batres volvió a Lourdes, para ir a la escuela y prepararse a la primera comunión. Había entrado en los quince años, y sucedía esto a fines de enero de 1858.

La que cantó: Dios levanta a los humildes, volvió sus ojos a esta jovencita sencillísima, nacida en el campo como azucena sin cultivo. A orillas del Gave está la gruta donde Santa Bernardita vio a aquella jovencita de su misma estatura. Vestía una túnica blanca con borde azul, que le llegaba hasta los pies, en cada uno de los cuales había una rosa de oro. Un manto, blanco también, la cubría, desde la cabeza hasta los bordes de la túnica. Una faja azul ceñía su cintura. y en una mano tenía un Rosario, con cadena de oro.

La aparición saludó a Santa Bernardita, inclinando la cabeza. Separó un poco del cuerpo los brazos, que traía extendidos hacia abajo, y abrió las manos. Del brazo derecho pendía el rosario. Sonreía la Virgen Santísima con mucha gracia, indicándole que se acercase. Bernardita sacó el rosario; la Virgen puso también en la mano el suyo. Se santiguó la Virgen María; y,

mientras Santa Bernardita rezaba el Rosario, la Reina del cielo corría las cuentas del suyo, sin mover los labios.

Mostraba viveza, edad de persona muy joven y estaba rodeada de luz. Cuando Santa Bernardita concluyó el Rosario, la visión la saludó, se retiró al fondo de la cueva y desapareció. Era 11 de febrero de 1858.

Tres días después iba Santa Bernardita a la cueva acompañada de cinco pequeñas con su rosario cada una; lo rezaron y apareció la Virgen. No la vieron las compañeras de la Santa; pero ella sí, y le echó agua bendita. La Madre de Dios se sonreía y hacía la señal de la cruz. Si vienes de parte de Dios, dijo la niña a la visión, acércate, y se acercó.

En la tercera aparición, la joven alargó a la Virgen un papel, para que escribiese lo que deseaba de ella; sonrióse la Madre de Dios, y le dijo que no hacía falta. ¿Quieres, añadió, venir aquí durante quince días? No te prometo hacerte feliz en este mundo, sino en el otro. Era dulcísima su voz, azules sus ojos, los cuales tenía siempre abiertos; y miraba a todos benignamente y de un modo especial a una congregante, que estaba también allí. Era el 14 de febrero.

El 19 llevaba Bernardita el rosario en una mano y una vela en la otra. Se encaminó a la cueva, y después de tres Avemarías se presentó la celestial Señora, que le sonreía.

La quinta aparición duró un cuarto de hora.

En la sexta, mirando a lo lejos, dijo a Bernardita con tristeza: Ruega a Dios por los pecadores, en seguida apareció otra vez su rostro bondadoso y sereno.

El 22 no hubo aparición: por estar presentes dos agentes de la autoridad civil.

En la aparición del 23, estaban presentes doscientas personas. Se extasió Bernardita durante una hora, que la pasó de rodillas. De tiempo en tiempo rezaba el Rosario y hacía devotísimamente la señal de la cruz.

El 25 de febrero, durante la aparición, dijo la Virgen a la jovencita: Bebe y lávate en la fuente, come la hierba que allí encontrarás, y le mostró el sitio de la fuente. Escarbó en él, salió agua turbia; escarbó de nuevo, y a la cuarta vez pudo beber.

El 26 de febrero había junto a la gruta como ochocientas personas, cuando la Virgen Santísima, a las siete de la mañana, se dejó ver de Bernardita. Le dijo que rezara e hiciera penitencia por los pecadores, y añadió: ¿Te causaría demasiada repugnancia subir de rodillas y besando el suelo? Subió Bernardita, como la Virgen quería, y con el Rosario en la mano. Lo mismo hizo la jovencita el 27, después que la Virgen le mandó hiciese penitencia por sí y por los demás.

El domingo, 28 de febrero, se había reunido cerca de la gruta un millar de personas. La Madre de Dios estaba en pie sobre la piedra cubierta de ramaje; más abajo había un rosal silvestre. El 2 de marzo, las personas eran unas mil quinientas. La purísima Reina pedía se hiciese una capilla; y antes había pedido que hubiese una procesión. Rezó el 4 de marzo Bernardita arrodillada, el Rosario entero, y rezaba también el comisario de policía; la Virgen María, durante su aparición, se sonrió dieciocho veces y de cuando en cuando se entristeció.

Llegó el 25 de marzo; a las cuatro de la mañana fue Bernardita a la gruta, había terminado una decena del Rosario, cuando se presentó la Reina del cielo. ¿Quién sois, Señora?; le preguntó; sonrióse la Madre de Dios y no le contestó; segunda y tercera vez insistió la jovencita en su petición; entonces la Reina y Madre de misericordia, que inspiraba aquellos vehementes deseos, extendió hacia abajo los brazos, miró al cielo, levantó las manos y las juntó sobre el pecho, y con voz dulcísima, con la mayor humildad y agradecimiento, exclamó:

-Yo soy, la Inmaculada Concepción. Di a los sacerdotes que edifiquen aquí una capilla.

Piden, Señora, un milagro. Sonrióse la Inmaculada y desapareció. Hacía cuatro años Pío IX había definido, como dogma de fe, que la Madre de Jesús, en el primer instante de su concepción, no tuvo culpa original. La Virgen dijo a Bernardita que dejase la vela encendida, como lo hizo.

El 7 de abril volvió a la gruta la jovencita, encendió una vela y rezó el Rosario. Tres cuartos de hora estuvo en éxtasis. Sonreía a cada instante.

El 16 de julio de 1858, fiesta del Carmen, fue la última aparición. Cuando pedían a Santa Bernardita que compusiese una oración, respondía: El Rosario es mi oración predilecta.

22.- El mensaje de la Virgen en Fátima

El Angel de Portugal

En la primavera de 1916 rezaban el Rosario Lucía, Jacinta y Francisco en Aljustrel, aldea perteneciente a Fátima. Se les acerca un joven blanquísimo rodeado de vivísima luz.

Atemorizados los niños, «no temáis, les dice, soy el Ángel de la paz, rezad conmigo». Inclino su cabeza hasta el suelo con mucha reverencia y dijo: «Dios mío: yo creo adoro, espero y te amo, te pido perdón por los que no creen, adoran, esperan y no te aman».

Al poco tiempo se aparece otra vez el Ángel a los niños, y les dice: «Rezad, rezad mucho. Los Corazones de Jesús y María tienen sobre vosotros designios de misericordia. Ofreced constantemente al Altísimo oraciones y sacrificios».

Nuevamente ven al Ángel. En una mano trae un cáliz y encima la hostia consagrada. De ella caen gotas de sangre en el cáliz. Lo deja en el aire, se arrodilla al lado de los niños, que repiten con él esta oración: «Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, te adoro profundamente y te ofrezco el precioso cuerpo, sangre, alma y divinidad de Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra. Te los ofrezco en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencia con que Jesús es ofendido. Te pido, por los méritos infinitos del Sagrado Corazón de Jesús y del Inmaculado de María, la conversión de los pecadores».

Se levantó el Ángel, dio la hostia a Lucía y distribuyó lo que había en el cáliz entre Francisco y Jacinta, diciendo: «Tomad el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, ultrajado horriblemente por los hombres ingratos: reparad sus crímenes y consolad a vuestro Dios».

Repitió tres veces postrado la oración del primer día y se retiró al cielo. La Virgen Santísima preparaba a los niños para las grandes apariciones.

PRIMERA APARICIÓN (13-5-1917)

El Cabezo se halla en la sierra del Aire, en la Extremadura portuguesa. Protege del viento a Aljustrel, aldea perteneciente a Fátima. Distan El Cabezo y Aljustrel un kilómetro y los separa el punto llamado Valiños, muy célebre también. Cerca nace el Bezelga, y Fátima es encuentra a dos kilómetros de Cova de Iría, esto es, cuenca o valle de Iría. A unos veinticinco kilómetros está Leiría, la ciudad episcopal.

El 13 de mayo de 1917, tres pastorcitos de Aljustrel apacentaban su rebaño en la Cova de Iría. Allí tenían una posesión los padres de Lucía, donde se encontraban algunas encinas y olivos. Los niños eran Francisco, de nueve años; Jacinta, su hermanita, de siete; y Lucía, prima de ellos, de diez. Era aquel 13 de mayo el domingo que precede a la Ascensión del Señor, y antes de sacar al campo su rebaño, los niños habían oído Misa.

Hacia el mediodía, aunque de un modo imperfecto, rezaron el Rosario. Estaban entretenidos en hacer cabañitas de piedra, cuando un relámpago vivísimo cruza el aire. Juntan al punto su rebaño, creyendo que se formaba una tempestad.

Ilumina el espacio otro relámpago, y ven sobre una encina de algo más de un metro de alta, a una Señora hermosísima. Quedan los pequeñitos como a dos pasos de la Virgen, dentro de la luz que la envolvía. Temen, no temáis miedo, les dice la Visión; que no os haré daño.

El vestido es de gran sencillez y todo blanquísimo; una túnica a la que sujetaba al cuello un cordón de oro, le llega a los pies, que apenas tocan la encina; desde la cabeza amablemente inclinada, desciende también hasta los pies un manto orlado de oro. El manto y la túnica los circunda la luz. Tenía las manos puestas en actitud de orar, con los dedos hacia arriba y hasta mitad del pecho. En la mano derecha traía un Rosario, de cadena y cuentas blancas y el crucifijo de plata bruñida. Se mostraba seria, ni triste, ni alegre.

-¿De dónde es usted?, dice Lucía a la Visión.

-Del cielo.

-¿Qué quiere de mí?

-He venido a deciros que vengáis aquí el trece de cada mes hasta seis. Entonces os diré quien soy y qué quiero

-¿Y yo iré al cielo?, dice Lucía.

-Sí. -¿Y Jacinta?

-También. -¿Y Francisco?

-Sí, pero tiene que rezar muchos Rosarios.

Habían muerto, hacía poco, dos jovencitas, amigas de Lucía, y preguntó por ellas. Una está en la gloria ya, y la otra en el purgatorio, se le respondió.

- ¿Y queréis -le dijo la Madre de Dios- ofrecer al Señor para soportar todos los sacrificios que os envíe, en reparación de los pecados con que es ofendido y como súplica por la conversión de los pecadores?

-Sí queremos -contestó Lucía por los tres. -Tendréis mucho que sufrir, pero la gracia divina os confortará.

La Virgen separó sus manos y salió de ellas luz intensa y misteriosa, la cual penetró en el pecho de los pequeñitos hasta lo más íntimo del alma, dándoles un conocimiento tan grande de sí mismos, que quedaron internamente inundados de Dios, como si se vieran en un limpiísimo espejo.

Cayeron de rodillas y dijeron cada uno por separado:

;Oh Santísima Trinidad, yo te adoro! ;Dios mío, lo te amo! Así se lo había enseñado, un año antes, el Ángel de la paz, que la Virgen prudentísima por tres veces les había enviado, preparándolos para las grandes misericordias.

La aparición dice después a los niños que recen el Rosario con devoción todos los días para obtener la paz del mundo. En seguida sube a lo alto hacia Oriente. Los pequeños resuelven no decir nada de lo acaecido; pero Jacinta todo lo divulga, porque no puede contener el gozo en su pecho. Será eso fuente de sinsabores, que heroicamente padecerán.

Segunda Aparición- 13-6-1917

A la hora señalada por la Virgen llegaron los tres niños. Se colocaron arrodillados bajo la encina grande, distante del sitio de las Apariciones como cincuenta pasos; se pusieron a rezar el Rosario. Se vio el relámpago. Fueron los pastorcitos presurosos hacia la encina pequeña. ¿Qué queréis de mí? Más adelante les diría lo que deseaba. Les dice que aprendiesen a leer.

Lucía prosiguió su diálogo, y pidió a la Señora que llevase a los tres al cielo. -Sí, -respondió-, a Jacinta y Francisco los llevaré pronto. Tú debes permanecer aquí más tiempo, Jesús quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar. Quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado. -¿Debo quedarme sola? -No, hija; ¿sufres mucho?

La Santísima Virgen aludía a las persecuciones que en las semanas anteriores padeció la pequeña. No te desanimes! Yo no te abandonaré jamás. Mi Corazón Inmaculado será tu refugio, y el camino que te conducirá a Dios.

Al decir estas palabras abrió las manos, salió de ellas luz que iluminó a los pastorcitos, con la cual se veían como sumergidos en Dios. Delante de la mano derecha de la Virgen se veía un Corazón, cercado de espinas. Pedía penitencia y reparación. Se vio levantarse en el espacio como una nubecilla y la encina, que por ser junio tenía abundantes hojas, las mostraba recogidas y plegadas en la dirección del Oriente, como si el manto de la Virgen les hubiera dado esa posición, al despedirse la Señora.

Tercera Aparición (13-7-1917)

Tuvieron los niños mucho que sufrir. El clero, y en particular el señor Párroco de Fátima, creían que podía haber engaño. Lo mismo la madre de Jacinta y, sobre todo, la de Lucía, que le dio muy malos ratos.

No faltaban los que defendían a los niños. Ellos, por su parte, no se acobardaron. Ofrecían todos sus contratiempos al Inmaculado Corazón de María para desagraviarle, y por la salvación de los pecadores.

Como el patrón de Fátima es San Antonio, concurrió mucha gente a la parroquia el 13 de junio, y se divulgó la noticia de las Apariciones. El 13 de junio había en la Cova de Iría unas tres mil personas. Temerosa Lucía de estar engañada, viendo la actitud de los suyos para con ella y la del señor Párroco, no quería ir a la Cova; pero cerca ya del mediodía, sintió un impulso tan fuerte, que marchó animosa al sitio de las Apariciones.

Llegaron los niños y se pusieron junto al árbol, con dificultad, por la mucha gente. Lucía dirigía el Rosario y todos los circunstantes lo rezaron de rodillas. A las doce en punto se presentó la Virgen Santísima. ¿Qué queréis de mí? Insistió en que rezasen el Rosario, para conseguir la paz y el fin de la guerra, en que no faltasen el día 13 del mes siguiente. En cuanto a la guerra, dijo: Solamente Yo los puedo socorrer. Pidió Lucía que dijese quién era, e hiciese un milagro. Estaban temerosos los pequeños. Respondió la Visión que en octubre diría su nombre y haría un prodigio, para que todos creyesen.

Suplicó además Lucía que sanase a un lisiado, convirtiese a una familia de Fátima y llevase al cielo a un enfermo de Atouguía. Al lisiado, dijo la Señora que no le sanaría, ni le libraría de la pobreza; Ella sabía mejor lo que le convenía, que rezase todos los días el Rosario en familia. Los demás, en el próximo año conseguirían lo que pedían, pero que rezasen el Rosario. Sacrificaos por los pecadores, y decid con frecuencia al hacer algún sacrificio: ¡Oh Jesús!, es por tu amor, por la conversión de los pecadores y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María.

En este punto, sin darse cuenta, dio Lucía un ¡ay! Les confió un secreto con expresa prohibición de manifestarlo. Fue lo que dio motivo al ¡ay! desgarrador. Nuestra Señora abrió las manos. El haz de luz pareció que penetraba en la tierra.

Vimos como un gran mar de fuego, y en él sumergidos negros y bronceos demonios y almas en forma humana, que lanzadas a lo alto por las llamas, volvían a caer en todas direcciones, como chispas de un gran incendio, sin peso ni equilibrio, entre gritos y lamentos de horror y desesperación. Nos hacían estremecer de espanto. Los demonios se distinguían por sus formas repugnantes y horribles, de animales espantosos y desconocidos; pero transparentes, como negros carbones en ascua. Esta visión duró un instante. Gracias a la Madre de Misericordia, que nos previno para ella diciéndonos qué iríamos al cielo; de otra suerte hubiéramos muerto de terror.

Angustiados los niños, levantaron sus ojos a la que es consuelo de afligidos, como pidiendo amparo en tamaño trance. Es cierto que aquel día desaparecieron del alma de los

pastorcitos las dudas y zozobras acerca de las Apariciones, y recobraron la paz, que estaba un tanto turbada en su alma.

Llena de bondad y tristeza, continuó la Virgen: Habéis visto el infierno, adonde van a parar las almas de los pobres pecadores. Para salvarlos, el Señor quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado. Si se hiciese lo que os diré, muchas almas se salvarán, y vendrá la paz.

La guerra está para terminar (la de 1914-18), pero si no cesan de ofender al Señor, no pasará mucho tiempo, en el Pontificado de Pío XI empezará otra peor. Cuando veáis una noche iluminada por una luz desconocida, sabed que es la señal que os da Dios de que está próximo el castigo del mundo por sus tantos delitos, mediante la guerra, el hambre y las persecuciones contra la Iglesia y el Padre Santo. Para impedir eso vendré a pedir la Consagración del mundo a mi Corazón Inmaculado, y la Comunión reparadora en los cinco primeros sábados de mes. Si fuesen atendidas mis súplicas, Rusia se convertiría y habrá paz. De otra suerte, una propaganda impía difundirá por el mundo sus errores, suscitando guerras y persecuciones contra la Iglesia; muchos buenos serán martirizados y el Padre Santo tendrá mucho que sufrir; varias naciones serán aniquiladas. Ahora, después de tantas sombras, un rayo de luz. Al fin, mi Corazón Inmaculado triunfará.

Le da a entender que desea la consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María, la conversión de Rusia y la paz de que más tarde hablará. Creyó Lucía ver la gran señal de que habla la Virgen, en lo que llamaron los astrónomos aurora boreal, y se verificó.

En la noche del 25 de enero de 1938 sucedió ese fenómeno en distintas partes del mundo y con amplitud. Lucía cree ver en él la señal que precedía a la calamitosa guerra que se acaba de presenciar. La llama horrible, horrible.

Por su parte Jacinta, de enero a febrero de 1920, como asegura la Superiora del Orfelinato en que se encontraba la pequeñita en Lisboa, decía: Si los hombres no se enmiendan, Nuestro Señor enviará al mundo un castigo, como jamás se ha visto igual; y primeramente en España; y habla de grandes acontecimientos mundiales que sucederían hacia 1940. (Carta del 19 y 30 de noviembre de 1947, escrita por la Superiora, que recogió a la niña en los últimos días.)

La tercera aparición concluyó así:

No digáis esto a nadie. A Francisco podéis decírselo. Y añadió: Cuando recéis el Rosario. decid al final de cada decena: ¡Oh Jesús!, perdónanos, líbranos del fuego del infierno, lleva al cielo todas las almas, especialmente las más necesitadas de tu misericordia.

Esto es lo que oyeron las dos niñas, Lucía y Jacinta. Por lo demás acojámonos al Inmaculado Corazón de María para no perecer y desagraviémoslo cuanto podamos.

Cuarta Aparición –13-8-1917

En las apariciones se verificaba una disminución grande en la luz del sol, hasta el punto de verse las estrellas al mediodía; eso todos lo notaban. La cuarta aparición tuvo otro matiz debido a la intervención masónica. Sus periódicos empezaron a escribir contra los pastorcitos.

Se trata, decían, de casos epilépticos, exageraciones, sugerencias y aun de especulaciones con el milagro, como en Lourdes. Tales calumnias tuvieron efecto contraproducente. Hicieron más públicos los prodigios de Fátima.

El día 13 de agosto había en la Cova de Iría unas quince mil personas. El alcalde de Vila Nova de Ourem, que era jefe de una logia, quiso acreditarse entre los suyos. Se presentó en Fátima, diciendo que quería ir a la Cova de Iría. Llegó a Aljustrel, habló con los padres de los niños; llamó a éstos. Dijo que los llevaría en su coche; respondieron que no tenían necesidad de eso. Eran como las doce. Al fin los llevó a Fátima a la parroquia. El señor Párroco, don Manuel Marques Ferreira, en presencia del señor alcalde, ya mencionado, don Arturo d'Oliveira Santos, advirtió a Lucía que si mentía haciendo tanto daño, iba al infierno. Respondió la pequeña: Según eso, no voy al infierno, porque no miento, y si la gente va a la Cova es por quererlo así; yo no he llamado a nadie.

La autoridad eclesiástica había ordenado proceder con mucha prudencia; de ahí la conducta del señor Párroco.

-Si usted quiere, le pido permiso a la Señora para descubrirlo; entonces lo descubriré.

-¿Te ha dicho algún secreto la Señora? Insistió el señor Párroco en saberlo.

-¡Sí!, contestó Lucía.

El señor alcalde intervino:

-Esto es sobrenatural -dijo-; vámonos.

Llevó a los niños a Vila Nova de Ourem y pasó la hora de la aparición. El alcalde preguntó a los pequeños acerca del secreto, los amenazó, les ofreció oro, les quiso coger en contradicción; todo inútil. La Virgen les había mandado guardar el secreto, y lo guardaban. Por la mañana los tuvo en casa, a la tarde los llevó a la cárcel pública. Jacinta lloraba y decía a su prima: Yo quiero ver a mi madre. Tenemos que morir sin volver a abrazar a nuestros padres. -No llores -dijo Francisco-; ofrezcamos esto por los pecadores. Y juntando las manos, añadió: ¡Oh Jesús!, por nuestro amor y por la conversión de los pecadores. Y por el Santo Pudre -prosiguió Jacinta-, y para reparar las ofensas que recibe el Inmaculado Corazón de María.

Presenciaban los presos la escena y rogaban a los pastorcitos que descubriesen el secreto. Antes morir, contestó Jacinta. Y acordándose que no había rezado el Rosario, cogió una medalla y le pidió a uno de los encarcelados la pusiese en la pared. Los presos, arrodillados, rezaron el Rosario con los niños. Llevados nuevamente a la Alcaldía, les dicen que los freirán en aceite hirviendo si no revelan el secreto. Lo hacían por atemorizarlos; pero los pequeñitos creían que era de veras la amenaza. Rezaron y no descubrieron el secreto. En fin, viendo que era inútil la violencia, el mismo alcalde los llevó a Fátima el día 15 y los dejó en la Casa Parroquial.

El 19 de agosto, domingo, apacentaba Lucía su rebaño en los Valiños. La acompañaban Francisco y un hermano de éste llamado Juan. El aire se colora, como en los días de las Apariciones; Lucía ve el relámpago; va Juan a llamar a Jacinta. Al poco tiempo ven a la Virgen en un árbol, como antes. Se quejó la Madre de Dios del que les había impedido ir el día 13 a la Cova de Iría, y dijo que por eso sería menor el milagro prometido para octubre. Los exhortó a rezar el Rosario y a ir a la Cova los dos meses siguientes el día 13, a la hora señalada. Rogad, rogad

mucho y haced sacrificios por los pecadores. Muchas almas se van al infierno, porque no hay quien se sacrifique ruegue por ellas.

Algún dinero que había de ofrendas, dijo la Virgen que se emplease en comprar dos andas que llevarían Lucía y Jacinta con otras dos niñas, y Francisco y otros tres niños, revestidos de un manto blanco. Lo restante se invirtiese en la fiesta de Nuestra Señora del Rosario y en una capilla.

Se puede preguntar por qué el pueblo no se enojó contra el alcalde de Vila Nova de Ourem, al llevarse a los niños el día 13. Si la Virgen Santísima no hubiera intervenido, aquella muchedumbre de quince mil personas hubiera mostrado su indignación; pero la Virgen acudió el día 13 al lugar de la Aparición, aunque la muchedumbre no la vio. Los que estaban en la Cova de Iría, oyeron el trueno que precedía a las Apariciones y vieron las nubes matizadas con los colores del arco iris, y las hojas de los árboles como si fueran flores. Así lo atestiguó también el señor Párroco Manuel Marques.

Desde el día 19, las familias de los pastorcitos empezaron a ver que éstos tenían razón, pero se les aumentó el sufrimiento, porque las gentes empezaron a no darles reposo con visitas y preguntas a todas horas.

Quinta Aparición.- 13-9-1917

El haber sido encarcelados los pastorcitos fue causa de que se extendiese más la noticia, de lo que pasaba en Fátima. También muchos se convencieron de la intervención sobrenatural, viendo la firmeza y heroica constancia de los pequeñitos. Aunque era tiempo de vendimia, había como veinte mil personas en la Cova de Iría. Costó mucho trabajo a los niños ir allí. Muchos se arrodillaban a su paso, encomendándoles peticiones. Se pusieron cerca de la encina. Lucía ordenó a la muchedumbre que rezara el Rosario. Al llegar la Virgen, todos cayeron de rodillas, llorando y rezando en alta voz. Pedían el auxilio de la Madre de Dios. Una vez más recomendó a los niños la devoción del Rosario y prometió que en el mes siguiente aparecerían el Niño Jesús y San José, y que el Señor bendeciría a Portugal.

En los momentos de las Apariciones disminuía la luz del sol, de modo que podían verse la luna y las estrellas, y tomaba la atmósfera como un tinte dorado. El espectáculo de este día lo contemplaba, entre otras personas dignísimas, el Rvdmo. Vicario General de Leiría.

Sexta Aparición.- 13-10-1917

Había en Aljustrel, aldehuela donde nacieron los niños, enorme expectación para el día 13 de octubre de 1917. La víspera había gente en la Cova de Iría venida de todas las regiones de Portugal. Las familias de los niños temían; pero ellos estaban seguros. La Virgen -repetían- cumplirá lo que nos ha prometido. -Hija -dijo a Lucía su madre-, vamos a confesarnos porque si no hay milagro, la gente nos mata. -Vamos, pero no por ese motivo --contestó.

Amaneció triste y lluvioso el 13 de octubre, y la gente aumentaba. Habían venido también de Oporto, Coimbra y Lisboa. Había en la Cova de Iría unas setenta mil personas. El suelo estaba como un charco de barro. Llegan los pastorcitos a las once y media con dificultad por el gentío. Van vestidos como en los domingos. Se colocan junto al árbol, del que no queda sino el tronco. Lucía manda cerrar los paraguas. La multitud obedece, y reza el Rosario. A las doce en punto, la niña hace un gesto y queda hermoso. Los circunstantes por tres veces ven formarse alrededor de los niños una nubecilla blanca, como de incienso que sube por el aire. La emoción es indecible.

-¿Quién sois Vos, y qué queréis de mí?, pregunta Lucía. La Visión responde que es Nuestra Señora del Rosario. Desea que en aquel sitio se le haga una Capilla. Que continuasen rezando el Rosario todos los días, que la guerra estaba para terminar y que los soldados volverían pronto a sus casas. Es necesario que las gentes se enmienden y pidan perdón de sus pecados. En seguida, con acento triste y suplicante, añadió:

No ofendan más a Nuestro Señor. ¡Que ya es demasiado ofendido!; abrió las manos que reverberaban en el sol.

Lucía señaló el sol, diciendo: ¡Mirad hacia el sol! Los ojos de los presentes se volvieron al sol; cesó la lluvia y se rasgaron de repente las nubes. Apareció el astro como un disco de plata. Se le podía mirar con fijeza y su luz no quemaba. Comenzó a dar vueltas con vertiginosa rapidez, como una rueda de fuego. Lanzaba el sol luz roja, azul, verde y amarilla, luz rosada. Matizaba las nubes y la tierra, los árboles y las rocas; matizaba la muchedumbre, que apenas respiraba. Mientras tanto se para el sol unos instantes y gira después con la misma velocidad.

Por tercera vez envía reflejos de luz, cuando de repente nota la multitud que el astro se desprende del firmamento y viene sobre ella. Un grito de terror se escucha y voces que claman: ¡Milagro! ¡Creo en Dios! ¡Ave María! Caen todos de rodillas en el barro y rezan en voz alta el acto de contrición. Para que el prodigio fuera completo, notaron los que allí estaban que sus vestidos, empapados poco antes por la lluvia, de repente se habían secado.

La Virgen había prometido a los niños que en octubre vendría San José y el Niño Jesús. Se extendían sobre el gentío haces de rayos con los reflejos del arco iris. Un inmenso tapiz de color gualda, azul y escarlata cubría a la muchedumbre y una columna de humo se levantaba a tres o cuatro metros del suelo; tres veces se repitió este fenómeno maravilloso por espacio de diez minutos. Mientras sucede este magnífico espectáculo, la Santísima Virgen cumple su palabra a los pastorcitos.

Sube la Madre de Dios como envuelta en un globo de luz, y en la lejanía se aparece junto al sol la Sagrada Familia. Con luz más resplandeciente que la del astro, aparece la Virgen vestida de blanco y un manto azul; a la izquierda están San José y el Niño, que bendicen al mundo formando la cruz con la mano al bendecirlo. Desaparece la visión; pero de nuevo se presenta a Lucía Nuestro Señor, que bendice al pueblo. Dos veces además se muestra Nuestra Señora como Dolorosa y como Virgen del Carmen.

Aparece en edad muy joven y recuerda así los misterios Gozosos. Se manifiesta como Dolorosa, recordando la Pasión; como Virgen del Carmen haciéndonos pensar en la gloria. ¡Cuánto desea que recemos el Rosario!

23.- Los Misterios de Gozo

Primer misterio- LA ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS

El primer ciclo, el de los "misterios gozosos", se caracteriza efectivamente por el gozo que produce el acontecimiento de la Encarnación. Esto es evidente desde la anunciación, cuando el saludo de Gabriel a la Virgen de Nazaret se une a la invitación a la alegría mesiánica: "Alégrate, María". A este anuncio apunta toda la historia de la salvación, es más, en cierto modo, la historia misma del mundo. En efecto, si el designio del Padre es recapitular en Cristo todas las cosas, el don divino con el que el Padre se acerca a María para hacerla Madre de su Hijo alcanza todo el universo. A su vez, toda la humanidad está como implicada en el fiat con el que Ella responde prontamente a la voluntad de Dios. Jesucristo, Verbo e Hijo de Dios, se hace hombre para acercarse al hombre y brindarle, por la fuerza de su misterio, la salvación, gran don de Dios.

En la Anunciación, María se ha abandonado en Dios completamente, manifestando la obediencia de la fe... Acogiendo este anuncio, María se convertiría en la Madre del Señor y en ella se realizaría el misterio divino de la Encarnación. "¡Salve, María! Pronunciamos con inmenso amor y reverencia estas palabras, tan sencillas y a la vez tan maravillosas. Nadie podrá saludarte nunca de un modo tan estupendo que como lo hizo un día el arcángel en el momento de la Anunciación.

Segundo misterio LA VISITA DE MARÍA A ISABEL

El motivo de la visita se halla en el hecho de que durante la Anunciación, Gabriel había nombrado de modo significativo a Isabel, que en edad avanzada había concebido de su marido Zacarías un hijo, por el poder de Dios. Así, pues, María, movida por la caridad, se dirige a la casa de su pariente. Cuando entra, Isabel, al responder a su saludo y sintiendo saltar de gozo al niño en su seno, "llena de Espíritu Santo", saluda a María en alta voz: "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre". Esta exclamación o aclamación de Isabel entraría posteriormente en el Ave María como una continuación del saludo del ángel, convirtiéndose así en una de las plegarias más frecuentes de la Iglesia.

En el saludo de Isabel cada palabra está llena de sentido y, sin embargo, parece ser de importancia fundamental lo que dice al final: "¡Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá!". Estas palabras se pueden poner junto al apelativo "llena de gracia" del saludo del ángel. En ambos textos se revela un contenido mariológico esencial, o sea, la verdad sobre María, que ha llegado a estar realmente presente en el misterio de Cristo, precisamente porque "ha creído". La plenitud de gracia, anunciada por el ángel, significa el don

de Dios mismo; la fe de María, proclamada por Isabel en la visitación, indica cómo la Virgen de Nazaret ha respondido a este don.

Tercer misterio EL NACIMIENTO DE JESÚS EN BELÉN

El nacimiento de Jesús había tenido lugar en una situación de extrema pobreza. Sabemos por Lucas que, con ocasión del censo de la población ordenado por las autoridades romanas, María se dirigió con José a Belén. Al no encontrar "sitio en la posada" dio a luz a su Hijo en un establo y "lo acostó en un pesebre". La Natividad del Señor llena nuestros corazones de alegría porque Dios, Palabra eterna, naciendo como hombre, ha acogido al hombre de manera particular. El nacimiento del Señor es acogida del hombre en toda su verdad, en toda su gran dignidad de imagen y semejanza divina, y también en su herencia de pecado: éste es el significado de la noche de Belén".

La Navidad nos hace pensar en el acontecimiento central y determinante de la historia: ¡La Encarnación de Dios! En el Niño de Belén adoramos al Hijo de Dios, al Verbo, por medio del cual ha sido creado todo y sin Él nada de cuanto existe ha sido hecho. ¿Qué poder se puso sobre los hombros de Cristo en aquella noche de Navidad? Un poder único. El poder que sólo Él posee. En efecto, solamente Él tiene el poder de penetrar en el alma de cada hombre con la paz de la divina complacencia. Solamente Él está en condición de elevar la historia del hombre a la altura de la gloria de Dios.

Cuarto misterio LA PRESENTACIÓN DE JESÚS EN EL TEMPLO

Cuarenta días después del nacimiento de Jesús, según lo prescrito por la Ley de Moisés, María y José llevaron al Niño a Jerusalén para presentarlo al Señor. Un hombre justo y piadoso, llamado Simeón... dice: "Mis ojos han visto a tu salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel."

La Presentación en el templo, a la vez que expresa la dicha de la consagración, y extasía al viejo Simeón, contiene también la profecía de que el Niño será señal de contradicción para Israel y de que una espada traspasará el alma de la Madre.

Las palabras de Simeón dan nueva luz al anuncio que María ha oído del ángel: Jesús es el Salvador, es "luz para iluminar" a los hombres. ¿No es aquel que se manifestó, en cierto modo, en la Nochebuena, cuando los pastores fueron al establo? ¿No es aquel que debía manifestarse todavía más con la llegada de los Magos de Oriente? Al mismo tiempo, sin embargo, ya al comienzo de su vida, el Hijo de María -y con él su Madre- experimentarán en sí mismos la verdad de las restantes palabras de Simeón: "Señal de contradicción" El anuncio de Simeón parece como un segundo anuncio a María, dado que le indica la concreta dimensión histórica en la cual el Hijo cumplirá su misión, es decir en la incompreensión y en el dolor. Por un lado, este anuncio confirma su fe en el cumplimiento de las promesas divinas de la salvación. Y por otro, le revela también que deberá vivir en el sufrimiento su obediencia de fe al lado del Salvador que sufre, y que su maternidad será oscura y dolorosa.

Quinto misterio EL NIÑO PERDIDO Y HALLADO EN EL TEMPLO

Gozoso y dramático al mismo tiempo es el episodio de Jesús de 12 años en el templo. Aparece con su sabiduría divina mientras escucha y pregunta, y ejerciendo sustancialmente el papel de quien "enseña". La revelación de su misterio de Hijo, dedicado enteramente a las cosas del Padre, anuncia aquella radicalidad evangélica, que, ante las exigencias absolutas de Reino, cuestiona hasta los más profundos lazos de afecto humano.

La mirada de María, siempre llena de adoración y asombro, no se apartará jamás de Jesús. Será a veces una mirada interrogadora, como en el episodio de su extravío en el templo: Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?

Jesús tenía conciencia de que "nadie conoce bien al Hijo sino el Padre", tanto que aún aquella, a la cual había sido revelado más profundamente el misterio de su filiación divina, su Madre, vivía en la intimidad con este misterio sólo por medio de la fe.

A lo largo de la vida oculta de Jesús en la casa de Nazaret, también la vida de María está oculta con Cristo en Dios, por medio de la fe... María, durante muchos años, permaneció en intimidad con el misterio de su Hijo, y avanzaba en su itinerario de fe... Se manifestaba cada vez más ante los ojos de los hombres la predilección que Dios sentía por Él. La primera entre las criaturas humanas admitidas al descubrimiento de Cristo era María, que con José vivía en la casa de Nazaret.

24.-Los misterios luminosos

Primer misterio EL BAUTISMO DE JESÚS EN EL JORDÁN

Misterio de luz es el Bautismo en el Jordán. En él, mientras Cristo, como inocente que se hace pecado por nosotros, entra en el agua del río, el cielo se abre y la voz del Padre lo proclama Hijo predilecto, y el Espíritu desciende sobre Él para investirlo de la misión que le espera.

La espiritualidad cristiana tiene como característica el deber del discípulo de configurarse cada vez más plenamente con su Maestro. La efusión del Espíritu en el Bautismo une al creyente como el sarmiento a la vid, que es Cristo, lo hace miembro de su Cuerpo místico. A esta unidad inicial, sin embargo, ha de corresponder un camino de adhesión creciente a Él, que oriente cada vez más el comportamiento del discípulo según la lógica de Cristo: Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo. Hace falta revestirse de Cristo. En el recorrido espiritual del Rosario, basado en la contemplación incesante del rostro de Cristo -en compañía de María- este exigente ideal de configuración con Él se consigue a través de una asiduidad que pudiéramos decir amistosa. Ésta nos introduce de modo natural en la vida de Cristo y nos hace como respirar sus sentimientos.

Segundo Misterio LA REVELACIÓN DE JESÚS EN LAS BODAS DE CANÁ

Misterio de luz es el comienzo de los signos en Caná, cuando Cristo, transformando el agua en vino, abre el corazón de los discípulos a la fe, gracias a la intervención de María, la primera creyente... El cometido que María desempeña en Caná acompaña toda la misión de Cristo. La revelación, que en el Bautismo en el Jordán proviene directamente del Padre y ha resonado en el Bautista, aparece también en labios de María en Caná y se convierte en su gran invitación materna dirigida a la Iglesia de todos los tiempos: Haced lo que Él os diga. Es una exhortación que introduce muy bien las palabras y signos de Cristo durante su vida pública, siendo como el telón de fondo mariano de todos los misterios de luz.

El primero de los signos llevado a cabo por Jesús -la transformación del agua en vino en las bodas de Caná- nos muestra a María precisamente como maestra, mientras exhorta a los criados a ejecutar las disposiciones de Cristo.

En Caná de Galilea se muestra sólo un aspecto concreto de la indigencia humana: No tienen vino. Pero esto tiene un valor simbólico... Se da una mediación: María se pone entre su Hijo y los hombres en la realidad de sus privaciones, indigencias y sufrimientos. Se pone en medio, o sea, se hace mediadora, no como una persona extraña, sino en su papel de madre, consciente de que como tal puede -más bien, tiene derecho de- hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres. Su mediación tiene carácter de intercesión: María intercede por los hombres... Otro elemento esencial de esta función materna de María se encuentra en las palabras dirigidas a los criados: Haced lo que Él os diga. La Madre de Cristo se presenta ante los hombres como portavoz de la voluntad del Hijo.

Tercer misterio EL ANUNCIO DEL REINO DE DIOS INVITANDO A LA CONVERSIÓN.

Misterio de luz es la predicación con la cual Jesús anuncia la llegada del Reino de Dios e invita a la conversión: Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios: convertios y creed la Buena Noticia. Jesús perdona los pecados de quien se acerca a Él con humilde fe, iniciando así el ministerio de misericordia que Él continuará ejerciendo hasta el fin del mundo, especialmente a través del sacramento de la Reconciliación confiado a la Iglesia.

¡Convertios, porque ha llegado el Reino de los cielos! Acogemos estas palabras con veneración y confianza, porque las pronunció, no un simple hombre, sino el Hijo de Dios. Consideramos que están dirigidas a cada uno de nosotros. Jesús, en efecto, no hablaba sólo para sus contemporáneos, sino para los hombres de todos los tiempos y de cualquier condición... Conversión quiere decir cambiar totalmente la dirección misma de la vida: abrirse a la fe, pasar del culto a las cosas materiales al uso inteligente de ellas como instrumentos para servir mejor a Dios y a los hermanos; pasar de la disipación mundana a la mentalidad cristiana: de la desilusión y del desaliento a la esperanza y a la alegría de una existencia llena de sentido. Convertirse

quiere decir creer en el Evangelio, familiarizarse con las enseñanzas del Salvador y hacer de ellas la norma de nuestra vida diaria.

Cuarto Misterio LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR

Misterio de luz por excelencia es la Transfiguración, que según la tradición tuvo lugar en el Monte Tabor. La gloria de la Divinidad resplandece en el rostro de Cristo, mientras el Padre lo acredita ante los apóstoles extasiados para que lo escuchen y se dispongan a vivir con Él el momento doloroso de la Pasión, a fin de llegar con Él a la alegría de la Resurrección y a una vida transfigurada por el Espíritu Santo.

La escena evangélica de la Transfiguración de Cristo, en la que los tres apóstoles -Pedro, Santiago y Juan- aparecen como extasiados por la belleza del Redentor, puede ser considerada como imagen (icono) de la contemplación cristiana. Fijar los ojos en el rostro de Cristo, descubrir su misterio en el camino ordinario y doloroso de su humanidad, hasta percibir su fulgor divino manifestado definitivamente en el Resucitado glorificado a la derecha del Padre, es la tarea de todos los discípulos de Cristo; por tanto, es también la nuestra. Contemplando este rostro, nos disponemos a acoger el misterio de la vida trinitaria, para experimentar de nuevo el amor del Padre y gozar de la alegría del Espíritu Santo. Se realiza así también en nosotros la palabra de San Pablo: "Reflejamos la gloria del Señor y nos vamos transformando en su imagen con resplandor creciente".

Quinto Misterio LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

Misterio de luz es la institución de la Eucaristía, en la cual Cristo se hace alimento con su Cuerpo y su Sangre bajo las especies del pan y del vino, dando testimonio de su amor por la humanidad "hasta el extremo", y por cuya salvación se ofrecerá en sacrificio. La Iglesia, Pueblo de Dios de la nueva alianza, se ha alimentado siempre con la Eucaristía. Es más, se ha construido a través de la Eucaristía: Porque, aun siendo muchos, somos un solo pueblo y un solo cuerpo, pues todos participamos de un solo pan. La Iglesia se refleja en el sacramento eucarístico como en la fuente de la que brota su propia vida. En él está el núcleo incandescente y el corazón de la Iglesia, que puede leer en él la historia de su propia vocación.

Jesús es el pan vivo bajado del cielo para la vida del mundo. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Esto nos lleva hasta la Anunciación, cuando el ángel del Señor comunicó la gran nueva a María y, por su consentimiento libre y amoroso, Ella concibió en su seno al Verbo por obra del Espíritu Santo. Existe, pues, un vínculo estrechísimo entre la Eucaristía y la Virgen María, que la piedad medieval acuñó en la expresión caro Christi, caro Mariae: la carne de Cristo en la Eucaristía es, sacramentalmente, la carne asumida de la Virgen María.

25.- Misterios de Dolor

Primer Misterio LA ORACIÓN DE CRISTO EN GETSEMANÍ

El itinerario meditativo de los Misterios dolorosos se abre con Getsemaní, donde Cristo vive un momento particularmente angustioso frente a la voluntad del Padre, contra la cual la debilidad de la carne se sentiría inclinada a rebelarse. Allí, Cristo se pone en lugar de todas las tentaciones de la humanidad y frente a todos los pecados de los hombres, para decirle al Padre: "No se haga mi voluntad, sino la tuya". Este "sí" de Cristo cambia el "no" de los primeros padres en el Edén. Y ¡cuánto le costaría esta adhesión a la voluntad del Padre se muestra en los misterios siguientes, en los que se ve sumido en la mayor ignominia!

Hay en el designio de Dios más zonas de misterio que de evidencia... Es entonces cuando el hombre acepta el misterio, le da un lugar en su corazón. Es el momento en que el hombre se abandona al misterio, no con la resignación de alguien que capitula frente a un enigma, a un absurdo, sino más bien con la disponibilidad de quien se abre para ser habitado por algo -¡por Alguien!- más grande que el propio corazón. Esa aceptación se cumple en definitiva por la fe, que es la adhesión de todo el ser al misterio que se revela.

Segundo Misterio LA FLAGELACIÓN DE CRISTO

Cuando Dios envió a su Hijo, no esperó a que los esfuerzos humanos hubieran eliminado previamente toda clase de injusticias... Jesucristo vino a compartir nuestra condición humana con sus sufrimientos... Antes de transformar la existencia cotidiana, Él supo hablar al corazón de los pobres, liberarlos del pecado, abrir sus ojos a un horizonte de luz... Tiene el sabor y el calor de la amistad que nos ofrece aquel que sufrió más que nosotros.

La aceptación en la fe de cualquier sufrimiento humano puede convertirlo en una participación personal en el sufrimiento sacrificial y expiatorio de Cristo. El mismo Cristo continúa su pasión en el hombre que sufre.

El sufrimiento es el camino obligado de la salvación y de la santificación. Para ser santos, podemos carecer de este o aquel carisma, de esta o aquella aptitud especial; pero no se nos puede dispensar del sufrimiento. Sufrir es un ingrediente necesario de la santidad. Como lo es el amor. Y de hecho, el amor que Cristo nos enseña y que Él vivió primero, dándonos ejemplo, es un amor... que expía y salva a través del sufrimiento. El amor da sentido y hace aceptable el sufrimiento. Puede haber amor sin sufrimiento. Pero el sufrimiento sin el amor no tiene sentido. Con el amor, aceptado como lo aceptó Cristo, el sufrimiento adquiere un valor inestimable.

Tercer misterio CRISTO, CORONADO DE ESPINAS

Jesús tomó sobre sí todo el sufrimiento humano, confiriéndole un valor nuevo... .

Vosotros, los que vivís bajo la prueba, que os enfrentáis con el problema de la limitación, del dolor y de la soledad interior frente a él, no dejéis de dar un sentido a esa situación... En el aparente fracaso del Hombre justo que sufre y que con su sacrificio salva a la humanidad, en el valor de eternidad de ese sufrimiento está la respuesta. Mirad hacia Cristo, hacia la Iglesia y el mundo, y elevad vuestro dolor, completando con él, hoy, el misterio salvador de su cruz.

En la escuela del Verbo encarnado comprendemos que es sabiduría divina aceptar con amor la cruz de la humildad de la razón ante el misterio; la cruz de la voluntad en el cumplimiento fiel de toda la ley moral, natural y revelada; la cruz del propio deber, a veces arduo y poco gratificante; la cruz de la paciencia en la enfermedad y en las dificultades de todos los días; la cruz del empeño infatigable para responder a la propia vocación; y la cruz de la lucha contra las pasiones y las asechanzas del mal.

Los cristianos que viven en situaciones de enfermedad, de dolor y de vejez, no están invitados por Dios solamente a unir su dolor a la pasión de Cristo, sino también a acoger ya ahora en sí mismos y a transmitir a los demás la fuerza de la renovación y la alegría de Cristo resucitado.

Cuarto Misterio CRISTO, CON LA CRUZ A CUESTAS

Siguiendo los pasos de Cristo hasta el Calvario, comprende el hombre el sentido del dolor salvador...

¿Cómo contemplar a Cristo cargado con la cruz... sin sentir la necesidad de hacerse sus cireneos en cada hermano aquejado por el dolor u oprimido por la desesperación?

A medida que el hombre toma su cruz, uniéndose espiritualmente a la cruz de Cristo, se revela ante él el sentido salvador del sufrimiento.

La cruz es el signo del acercamiento continuo de Dios a cada uno de los hombres, el testimonio misterioso con que Dios ha tomado sobre sí en Cristo todos los dolores de la humanidad.

Para los que tienen fe, la cruz ya no es un instrumento de temor y muerte, sino trofeo de vida y paz. Se nos llama a tomar la cruz cada día para que Dios nos enseñe sus caminos y caminemos por sus sendas, de acuerdo con la visión del profeta Miqueas. La cruz nos recuerda nuestra necesidad de conversión, necesidad de apartarnos del pecado y creer en el Evangelio.

La cruz es el camino, el sendero de la vida de cada día. Es, en cierta manera, la compañera de nuestra vida. ¡De cuántas maneras se nos presenta a cada uno de nosotros la experiencia de tomar la cruz cada día! Se la puede llamar de varios modos... Y, sin embargo, este nombre está lleno de contenido y de sentido. Cruz es una palabra salvadora, con la que el Hijo de Dios desvela a cada hombre la verdad total sobre sí mismo y sobre su propia vocación.

Quinto Misterio LA MUERTE DE CRISTO EN LA CRUZ

Se despojó de su rango... haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Al pie de la cruz María participa por medio de la fe en el desconcertante misterio de este despojamiento... participa en la muerte del Hijo, en su muerte redentora. Pero, a diferencia de la fe de los discípulos que huían, era una fe mucho más iluminada... Jesús dice a su madre: Mujer, aquí tienes a tu hijo ... Puede decirse que, si la maternidad de María respecto de los hombres, ya había sido delineada anteriormente, ahora es precisada y establecida claramente... Esta nueva maternidad de María, engendrada por la fe, es fruto del nuevo amor que maduró en ella definitivamente junto a la cruz, por medio de su participación en el amor redentor del Hijo. Numerosos signos muestran cómo la Santísima Virgen ofrece también hoy, precisamente a través del Rosario, aquella solicitud materna para con todos los hijos de la Iglesia que el Redentor, poco antes de morir, le confió en la persona del discípulo amado: ¡Mujer, ahí tienes a tu hijo!.

El Señor ha salvado al mundo con la cruz; ha devuelto a la humanidad la esperanza y el derecho a la vida con su muerte. No se puede honrar a Cristo si no se le reconoce como Salvador, si no se reconoce el misterio de su santa cruz.

La cruz es el signo de la Redención y en la cruz está la prenda de la resurrección y el comienzo de una vida nueva: la elevación de los corazones humanos. En Cristo crucificado se hace patente la plenitud del amor de Dios al mundo, al hombre.

26.- Misterio de Gloria

Primer Misterio LA RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO

La contemplación del rostro de Cristo no puede reducirse a su imagen de crucificado. ¡Él es el Resucitado! El Rosario ha expresado siempre esta convicción de fe, invitando al creyente a superar la oscuridad de la Pasión para fijarse en la gloria de Cristo en su Resurrección... Contemplando al Resucitado, el cristiano descubre de nuevo las razones de la propia fe, y revive la alegría no solamente de aquellos a los que Cristo se manifestó -los Apóstoles, la Magdalena, los discípulos de Emaús-, sino también el gozo de María, que experimentó de modo intenso la nueva vida del Hijo glorificado. Para reavivar más vuestra fe y entusiasmo, deseo proponer a vuestra reflexión el encuentro pascual con el Señor: un encuentro personal, vivo, de ojos abiertos y corazón palpitante, con Cristo resucitado. Sí, Cristo vive en la Iglesia, está en nosotros, portadores de esperanza e inmortalidad. Si habéis encontrado, pues, a Cristo, ¡vivid a Cristo, vivid con Cristo! Y anunciadlo en primera persona, como auténticos testigos: Para mí la vida es Cristo. He ahí también la verdadera liberación: proclamar a Jesús libre de ataduras, presente en unos hombres transformados, hechos nueva criatura.

Segundo Misterio LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR A LOS CIELOS

Dios ha vencido la muerte y en Jesús ha inaugurado definitivamente su Reino. Durante su vida terrena Jesús es el profeta del Reino. Y, después de su Pasión, Resurrección y Ascensión al cielo, participa del poder de Dios y de su dominio sobre el mundo.

Cuando venga el Paráclito, dejará convicto al mundo con la prueba de un pecado, de una justicia, de una condena... . Cuando habla de una justicia parece que piensa Jesús en la justicia definitiva, que el Padre le dará, rodeándolo con la gloria de la resurrección y de la ascensión al cielo: de una justicia, porque me voy al Padre.

Porque somos el Cuerpo de Cristo, tenemos parte en la vida celestial de nuestra Cabeza. La Ascensión de Jesús es el triunfo de la humanidad, porque la humanidad está unida a Dios para siempre, y glorificada para siempre en la persona del Hijo de Dios. Cristo glorioso jamás permitirá ser separado de su Cuerpo... No sólo tomamos parte nosotros, la Iglesia, en la vida de la Cabeza glorificada, sino que Cristo Cabeza comparte plenamente la vida peregrinante de su Cuerpo y la dirige y canaliza hacia su recto fin en la gloria celestial.

Jesucristo dijo en el Cenáculo: Os conviene que yo me vaya; si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré ... El Espíritu viene a costa de la partida de Cristo ... una partida que era conveniente, porque gracias a ella vendría otro Paráclito. Éste viene, enviado por el Padre, después de la partida de Cristo, como precio de ella... Aun en el momento de la Ascensión, Jesús mandó a los apóstoles que no se ausentaran de Jerusalén, sino que aguardasen la Promesa del Padre.

Tercer Misterio LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO

En el centro del itinerario de gloria de Cristo y de María, el Rosario considera, en el tercer Misterio glorioso, Pentecostés, que muestra el rostro de la Iglesia como una familia reunida con María, avivada por la efusión impetuosa del Espíritu y dispuesta para la misión evangelizadora. La contemplación de éste, como de los otros Misterios gloriosos, ha de llevar a los creyentes a tomar conciencia cada vez más viva de su nueva vida en Cristo, en el seno de la Iglesia; una vida cuya gran imagen (icono) es la escena de Pentecostés.

Podemos imaginar que María desempeñó la función de maestra con los discípulos después de la Ascensión de Jesús, cuando se quedó con ellos esperando al Espíritu Santo y los confortó en la primera misión. Recorrer con María las escenas del Rosario es como ir a la "escuela" de María para leer a Cristo, para penetrar sus secretos, para entender su mensaje. Un magisterio, el de María, tanto más eficaz, si se piensa que Ella lo ejerce consiguiéndonos dones del Espíritu Santo y proponiéndonos, al mismo tiempo, el ejemplo de aquella "peregrinación de la fe", en la cual es maestra incomparable.

El Espíritu Santo es el don que viene al corazón del hombre junto con la oración... El Espíritu Santo no sólo hace que oremos, sino que nos guía interiormente en la oración, supliendo nuestra insuficiencia y remediando nuestra incapacidad de orar. Está presente en nuestra oración y le da una dimensión divina...

La oración por obra del Espíritu Santo llega a ser la expresión del hombre nuevo, que por medio de ella participa de la vida divina.

Cuarto Misterio LA ASUNCIÓN DE MARÍA EN CUERPO Y ALMA A LOS CIELOS

A la gloria, que con la Ascensión pone a Cristo a la derecha del Padre, fue elevada María con la Asunción, anticipando así, por especialísimo privilegio, el destino reservado a todos los justos con la resurrección de la carne.

María, por su mediación subordinada a la del Redentor, contribuye de manera especial a la unión de la Iglesia peregrina en la tierra con la realidad escatológica y celestial de la comunión de los santos, habiendo sido ya asunta a los cielos. La verdad de la Asunción, definida por Pío XII, ha sido reafirmada por el Concilio Vaticano II, que expresa así la fe de la Iglesia:

María, por su mediación subordinada a la del Redentor, contribuye de manera especial a la unión de la Iglesia peregrina en la tierra con la realidad escatológica y celestial de la comunión de los santos, habiendo sido ya asunta a los cielos. La verdad de la Asunción, definida por Pío XII, ha sido reafirmada por el Concilio Vaticano II, que expresa así la fe de la Iglesia: Finalmente, la Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de culpa original, terminado el curso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial y fue ensalzada por el Señor como Reina universal, con el fin de que se asemeje de forma más plena a su Hijo, Señor de los señores y vencedor del pecado y de la muerte. Con el misterio de la Asunción a los cielos, se han realizado definitivamente en María todos los efectos de la única mediación de Cristo Redentor del mundo y Señor Resucitado... En el misterio de la Asunción se expresa la fe de la Iglesia, según la cual María está íntimamente unida a Cristo: como madre-virgen estaba singularmente unida a Él en su primera venida; por su cooperación constante con Él lo estará también a la espera de la segunda venida. Redimida de modo eminente, en previsión de los méritos de su Hijo, María tiene también aquella función, propia de la madre, de mediadora de clemencia en la venida definitiva, cuando todos los de Cristo resucitarán.

Quinto Misterio LA CORONACIÓN DE MARÍA, REINA DE CIELOS Y TIERRA

Coronada de gloria -como aparece en el último Misterio glorioso- María resplandece como Reina de los Ángeles y de los Santos, anticipación y culmen de la condición escatológica de la Iglesia.

No cabe pensar aquí en la tierra en morada permanente, y hemos de aspirar a la futura. A ello invita la actitud ejemplar de la Señora, que es Madre y, por lo mismo, Maestra. Sentada en su trono de gloria... cual corresponde a la Reina de cielos y tierra, la Virgen desvela ante nuestros ojos la visión exacta del último misterio glorioso del Santo Rosario... No hay que olvidar nunca la meta definitiva del último misterio de gloria.

María vive mirando a Cristo y tiene en cuenta cada una de sus palabras: Guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón. Los recuerdos de Jesús, impresos en su alma, la han acompañado en todo momento, llevándola a recorrer con el pensamiento los distintos episodios de su vida junto al Hijo. Han sido aquellos recuerdos los que han constituido, en cierto sentido, el "Rosario" que Ella ha recitado constantemente en los días de su vida terrenal. Y

también ahora, entre los cantos de alegría de la Jerusalén celestial, permanecen intactos los motivos de su acción de gracias y su alabanza. Ellos inspiran su materna solicitud hacia la Iglesia peregrina, en la que sigue desarrollando la trama de su "papel" de evangelizadora. María propone continuamente a los creyentes los "misterios" de su Hijo, con el deseo de que sean contemplados, para que puedan derramar toda su fuerza salvadora. Cuando recita el Rosario, la comunidad cristiana está en sintonía con el recuerdo y la mirada de María.

27.- CARTA APOSTÓLICA ROSARIUM VIRGINIS MARIAE (JUAN PABLO II)

INTRODUCCIÓN

1. El Rosario de la Virgen María, difundido gradualmente en el segundo Milenio bajo el soplo del Espíritu de Dios, es una oración apreciada por numerosos Santos y fomentada por el Magisterio. En su sencillez y profundidad, sigue siendo también en este tercer Milenio apenas iniciado una oración de gran significado, destinada a producir frutos de santidad. Se encuadra bien en el camino espiritual de un cristianismo que, después de dos mil años, no ha perdido nada de la novedad de los orígenes, y se siente empujado por el Espíritu de Dios a «remar mar adentro» (duc in altum!), para anunciar, más aún, 'proclamar' a Cristo al mundo como Señor y Salvador, «el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn14, 6), el «fin de la historia humana, el punto en el que convergen los deseos de la historia y de la civilización».

El Rosario, en efecto, aunque se distingue por su carácter mariano, es una oración centrada en la cristología. En la sobriedad de sus partes, concentra en sí la profundidad de todo el mensaje evangélico, del cual es como un compendio. En él resuena la oración de María, su perenne Magnificat por la obra de la Encarnación redentora en su seno virginal. Con él, el pueblo cristiano aprende de María a contemplar la belleza del rostro de Cristo y a experimentar la profundidad de su amor. Mediante el Rosario, el creyente obtiene abundantes gracias, como recibéndolas de las mismas manos de la Madre del Redentor. Los Romanos Pontífices y el Rosario

2. A esta oración le han atribuido gran importancia muchos de mis Predecesores. Un mérito particular a este respecto corresponde a León XIII que, el 1 de septiembre de 1883, promulgó la Encíclica *Supremi apostolatus officio*, importante declaración con la cual inauguró otras muchas intervenciones sobre esta oración, indicándola como instrumento espiritual eficaz ante los males de la sociedad. Entre los Papas más recientes que, en la época conciliar, se han distinguido por la promoción del Rosario, deseo recordar al Beato Juan XXIII y, sobre todo, a Pablo VI, que en la Exhortación apostólica *Marialis cultus*, en consonancia con la inspiración del Concilio Vaticano II, subrayó el carácter evangélico del Rosario y su orientación cristológica.

Yo mismo, después, no he dejado pasar ocasión de exhortar a rezar con frecuencia el Rosario. Esta oración ha tenido un puesto importante en mi vida espiritual desde mis años jóvenes. Me lo ha recordado mucho mi reciente viaje a Polonia, especialmente la visita al

Santuario de Kalwaria. El Rosario me ha acompañado en los momentos de alegría y en los de tribulación. A él he confiado tantas preocupaciones y en él siempre he encontrado consuelo. Hace veinticuatro años, el 29 de octubre de 1978, dos semanas después de la elección a la Sede de Pedro, como abriendo mi alma, me expresé así: «El Rosario es mi oración predilecta. ¡Plegaria maravillosa! Maravillosa en su sencillez y en su profundidad. [...] Se puede decir que el Rosario es, en cierto modo, un comentario-oración sobre el capítulo final de la Constitución *Lumen gentium* del Vaticano II, capítulo que trata de la presencia admirable de la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de la Iglesia. En efecto, con el trasfondo de las *Avemarias* pasan ante los ojos del alma los episodios principales de la vida de Jesucristo. El Rosario en su conjunto consta de misterios gozosos, dolorosos y gloriosos, y nos ponen en comunión vital con Jesús a través –podríamos decir– del Corazón de su Madre. Al mismo tiempo nuestro corazón puede incluir en estas decenas del Rosario todos los hechos que entraman la vida del individuo, la familia, la nación, la Iglesia y la humanidad. Experiencias personales o del prójimo, sobre todo de las personas más cercanas o que llevamos más en el corazón. De este modo la sencilla plegaria del Rosario sintoniza con el ritmo de la vida humana ».

Con estas palabras, mis queridos Hermanos y Hermanas, introducía mi primer año de Pontificado en el ritmo cotidiano del Rosario. Hoy, al inicio del vigésimo quinto año de servicio como Sucesor de Pedro, quiero hacer lo mismo. Cuántas gracias he recibido de la Santísima Virgen a través del Rosario en estos años: *Magnificat anima mea Dominum!* Deseo elevar mi agradecimiento al Señor con las palabras de su Madre Santísima, bajo cuya protección he puesto mi ministerio petrino: *Totus tuus!*

3. Por eso, de acuerdo con las consideraciones hechas en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, en la que, después de la experiencia jubilar, he invitado al Pueblo de Dios « a caminar desde Cristo », he sentido la necesidad de desarrollar una reflexión sobre el Rosario, en cierto modo como coronación mariana de dicha Carta apostólica, para exhortar a la contemplación del rostro de Cristo en compañía y a ejemplo de su Santísima Madre. Recitar el Rosario, en efecto, es en realidad contemplar con María el rostro de Cristo. Para dar mayor realce a esta invitación, con ocasión del próximo ciento veinte aniversario de la mencionada Encíclica de León XIII, deseo que a lo largo del año se proponga y valore de manera particular esta oración en las diversas comunidades cristianas. Proclamo, por tanto, el año que va de este octubre a octubre de 2003 Año del Rosario.

Dejo esta indicación pastoral a la iniciativa de cada comunidad eclesial. Con ella no quiero obstaculizar, sino más bien integrar y consolidar los planes pastorales de las Iglesias particulares. Confío que sea acogida con prontitud y generosidad. El Rosario, comprendido en su pleno significado, conduce al corazón mismo del vida cristiana y ofrece una oportunidad ordinaria y fecunda espiritual y pedagógica, para la contemplación personal, la formación del Pueblo de Dios y la nueva evangelización. Me es grato reiterarlo recordando con gozo también otro aniversario: los 40 años del comienzo del Concilio Ecuménico Vaticano II (11 de octubre de 1962), el «gran don de gracia» dispensada por el espíritu de Dios a la Iglesia de nuestro tiempo.

Objeciones al Rosario

4. La oportunidad de esta iniciativa se basa en diversas consideraciones. La primera se refiere a la urgencia de afrontar una cierta crisis de esta oración que, en el actual contexto histórico y teológico, corre el riesgo de ser infravalorada injustamente y, por tanto, poco propuesta a las nuevas generaciones. Hay quien piensa que la centralidad de la Liturgia, acertadamente subrayada por el Concilio Ecuménico Vaticano II, tenga necesariamente como consecuencia una disminución de la importancia del Rosario. En realidad, como puntualizó Pablo VI, esta oración no sólo no se opone a la Liturgia, sino que le da soporte, ya que la introduce y la recuerda, ayudando a vivirla con plena participación interior, recogiendo así sus frutos en la vida cotidiana.

Quizás hay también quien teme que pueda resultar poco ecuménica por su carácter marcadamente mariano. En realidad, se coloca en el más límpido horizonte del culto a la Madre de Dios, tal como el Concilio ha establecido: un culto orientado al centro cristológico de la fe cristiana, de modo que «mientras es honrada la Madre, el Hijo sea debidamente conocido, amado, glorificado». Comprendido adecuadamente, el Rosario es una ayuda, no un obstáculo para el ecumenismo.

Vía de contemplación

5. Pero el motivo más importante para volver a proponer con determinación la práctica del Rosario es por ser un medio sumamente válido para favorecer en los fieles la exigencia de contemplación del misterio cristiano, que he propuesto en la Carta Apostólica *Novo millennio ineunte* como verdadera y propia 'pedagogía de la santidad': «es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el arte de la oración». Mientras en la cultura contemporánea, incluso entre tantas contradicciones, aflora una nueva exigencia de espiritualidad, impulsada también por influjo de otras religiones, es más urgente que nunca que nuestras comunidades cristianas se conviertan en «auténticas escuelas de oración».

El Rosario forma parte de la mejor y más reconocida tradición de la contemplación cristiana. Iniciado en Occidente, es una oración típicamente meditativa y se corresponde de algún modo con la «oración del corazón», u «oración de Jesús», surgida sobre el humus del Oriente cristiano.

Oración por la paz y por la familia

6. Algunas circunstancias históricas ayudan a dar un nuevo impulso a la propagación del Rosario. Ante todo, la urgencia de implorar de Dios el don de la paz. El Rosario ha sido propuesto muchas veces por mis Predecesores y por mí mismo como oración por la paz. Al inicio de un milenio que se ha abierto con las horribles escenas del atentado del 11 de septiembre de 2001 y que ve cada día en muchas partes del mundo nuevos episodios de sangre y violencia, promover el Rosario significa sumirse en la contemplación del misterio de Aquél que «es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad» (Ef 2, 14). No se puede, pues, recitar el Rosario sin sentirse implicados en un compromiso concreto de servir a la paz, con una particular atención a la tierra de Jesús, aún ahora tan atormentada y tan querida por el corazón cristiano.

Otro ámbito crucial de nuestro tiempo, que requiere una urgente atención y oración, es el de la familia, célula de la sociedad, amenazada cada vez más por fuerzas disgregadoras, tanto de índole ideológica como práctica, que hacen temer por el futuro de esta fundamental e irrenunciable institución y, con ella, por el destino de toda la sociedad. En el marco de una pastoral familiar más amplia, fomentar el Rosario en las familias cristianas es una ayuda eficaz para contrastar los efectos desoladores de esta crisis actual.

« ¡Ahí tienes a tu madre! » (Jn 19, 27)

7. Numerosos signos muestran cómo la Santísima Virgen ejerce también hoy, precisamente a través de esta oración, aquella solicitud materna para con todos los hijos de la Iglesia que el Redentor, poco antes de morir, le confió en la persona del discípulo predilecto: « ¡Mujer, ahí tienes a tu hijo! » (Jn 19, 26). Son conocidas las distintas circunstancias en las que la Madre de Cristo, entre el siglo XIX y XX, ha hecho de algún modo notar su presencia y su voz para exhortar al Pueblo de Dios a recurrir a esta forma de oración contemplativa. Deseo en particular recordar, por la incisiva influencia que conservan en el vida de los cristianos y por el acreditado reconocimiento recibido de la Iglesia, las apariciones de Lourdes y Fátima, cuyos Santuarios son meta de numerosos peregrinos, en busca de consuelo y de esperanza.

Tras las huellas de los testigos

8. Sería imposible citar la multitud innumerable de Santos que han encontrado en el Rosario un auténtico camino de santificación. Bastará con recordar a san Luis María Grignon de Montfort, autor de una preciosa obra sobre el Rosario y, más cercano a nosotros, al Padre Pío de Pietrelcina, que recientemente he tenido la alegría de canonizar. Un especial carisma como verdadero apóstol del Rosario tuvo también el Beato Bartolomé Longo. Su camino de santidad se apoya sobre una inspiración sentida en lo más hondo de su corazón: « ¡Quien propaga el Rosario se salva! ». Basándose en ello, se sintió llamado a construir en Pompeya un templo dedicado a la Virgen del Santo Rosario colindante con los restos de la antigua ciudad, apenas influenciada por el anuncio cristiano antes de quedar cubierta por la erupción del Vesuvio en el año 79 y rescatada de sus cenizas siglos después, como testimonio de las luces y las sombras de la civilización clásica.

Con toda su obra y, en particular, a través de los «Quince Sábados», Bartolomé Longo desarrolló el meollo cristológico y contemplativo del Rosario, que ha contado con un particular aliento y apoyo en León XIII, el «Papa del Rosario».

CAPÍTULO I: CONTEMPLAR A CRISTO CON MARÍA

Un rostro brillante como el sol

9. «Y se transfiguró delante de ellos: su rostro se puso brillante como el sol» (Mt 17, 2). La escena evangélica de la transfiguración de Cristo, en la que los tres apóstoles Pedro, Santiago y Juan aparecen como extasiados por la belleza del Redentor, puede ser considerada como icono de la contemplación cristiana. Fijar los ojos en el rostro de Cristo, descubrir su misterio en el camino ordinario y doloroso de su humanidad, hasta percibir su fulgor divino manifestado definitivamente en el Resucitado glorificado a la derecha del Padre, es la tarea de

todos los discípulos de Cristo; por lo tanto, es también la nuestra. Contemplando este rostro nos disponemos a acoger el misterio de la vida trinitaria, para experimentar de nuevo el amor del Padre y gozar de la alegría del Espíritu Santo. Se realiza así también en nosotros la palabra de san Pablo: «Reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más: así es como actúa el Señor, que es Espíritu» (2 Co 3, 18).

María modelo de contemplación

10. La contemplación de Cristo tiene en María su modelo insuperable. El rostro del Hijo le pertenece de un modo especial. Ha sido en su vientre donde se ha formado, tomando también de Ella una semejanza humana que evoca una intimidad espiritual ciertamente más grande aún. Nadie se ha dedicado con la asiduidad de María a la contemplación del rostro de Cristo. Los ojos de su corazón se concentran de algún modo en Él ya en la Anunciación, cuando lo concibe por obra del Espíritu Santo; en los meses sucesivos empieza a sentir su presencia y a imaginar sus rasgos. Cuando por fin lo da a luz en Belén, sus ojos se vuelven también tiernamente sobre el rostro del Hijo, cuando lo «envolvió en pañales y le acostó en un pesebre» (Lc 2, 7).

Desde entonces su mirada, siempre llena de adoración y asombro, no se apartará jamás de Él. Será a veces una mirada interrogadora, como en el episodio de su extravío en el templo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?» (Lc 2, 48); será en todo caso una mirada penetrante, capaz de leer en lo íntimo de Jesús, hasta percibir sus sentimientos escondidos y presentir sus decisiones, como en Caná (cf. Jn 2, 5); otras veces será una mirada dolorida, sobre todo bajo la cruz, donde todavía será, en cierto sentido, la mirada de la 'parturienta', ya que María no se limitará a compartir la pasión y la muerte del Unigénito, sino que acogerá al nuevo hijo en el discípulo predilecto confiado a Ella (cf. Jn 19, 26-27); en la mañana de Pascua será una mirada radiante por la alegría de la resurrección y, por fin, una mirada ardorosa por la efusión del Espíritu en el día de Pentecostés (cf. Hch 1, 14).

Los recuerdos de María

11. María vive mirando a Cristo y tiene en cuenta cada una de sus palabras: «Guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón» (Lc 2, 19; cf. 2, 51). Los recuerdos de Jesús, impresos en su alma, la han acompañado en todo momento, llevándola a recorrer con el pensamiento los distintos episodios de su vida junto al Hijo. Han sido aquellos recuerdos los que han constituido, en cierto sentido, el 'rosario' que Ella ha recitado constantemente en los días de su vida terrenal.

Y también ahora, entre los cantos de alegría de la Jerusalén celestial, permanecen intactos los motivos de su acción de gracias y su alabanza. Ellos inspiran su materna solicitud hacia la Iglesia peregrina, en la que sigue desarrollando la trama de su 'papel' de evangelizadora. María propone continuamente a los creyentes los 'misterios' de su Hijo, con el deseo de que sean contemplados, para que puedan derramar toda su fuerza salvadora. Cuando recita el Rosario, la comunidad cristiana está en sintonía con el recuerdo y con la mirada de María.

El Rosario, oración contemplativa

12. El Rosario, precisamente a partir de la experiencia de María, es una oración marcadamente contemplativa. Sin esta dimensión, se desnaturalizaría, como subrayó Pablo VI: «Sin contemplación, el Rosario es un cuerpo sin alma y su rezo corre el peligro de convertirse en mecánica repetición de fórmulas y de contradecir la advertencia de Jesús: "Cuando oréis, no seáis charlatanes como los paganos, que creen ser escuchados en virtud de su locuacidad" (Mt 6, 7). Por su naturaleza el rezo del Rosario exige un ritmo tranquilo y un reflexivo remanso, que favorezca en quien ora la meditación de los misterios de la vida del Señor, vistos a través del corazón de Aquella que estuvo más cerca del Señor, y que desvelen su insondable riqueza».

Es necesario detenernos en este profundo pensamiento de Pablo VI para poner de relieve algunas dimensiones del Rosario que definen mejor su carácter de contemplación cristológica.

Recordar a Cristo con María

13. La contemplación de María es ante todo un recordar. Conviene sin embargo entender esta palabra en el sentido bíblico de la memoria (zakar), que actualiza las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación. La Biblia es narración de acontecimientos salvíficos, que tienen su culmen en el propio Cristo. Estos acontecimientos no son solamente un 'ayer'; son también el 'hoy' de la salvación. Esta actualización se realiza en particular en la Liturgia: lo que Dios ha llevado a cabo hace siglos no concierne solamente a los testigos directos de los acontecimientos, sino que alcanza con su gracia a los hombres de cada época. Esto vale también, en cierto modo, para toda consideración piadosa de aquellos acontecimientos: «hacer memoria» de ellos en actitud de fe y amor significa abrirse a la gracia que Cristo nos ha alcanzado con sus misterios de vida, muerte y resurrección.

Por esto, mientras se reafirma con el Concilio Vaticano II que la Liturgia, como ejercicio del oficio sacerdotal de Cristo y culto público, es «la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza», también es necesario recordar que la vida espiritual «no se agota sólo con la participación en la sagrada Liturgia. El cristiano, llamado a orar en común, debe no obstante, entrar también en su interior para orar al Padre, que ve en lo escondido (cf. Mt 6, 6); más aún: según enseña el Apóstol, debe orar sin interrupción (cf. 1 Ts 5, 17) ». El Rosario, con su carácter específico, pertenece a este variado panorama de la oración 'incesante', y si la Liturgia, acción de Cristo y de la Iglesia, es acción salvífica por excelencia, el Rosario, en cuanto meditación sobre Cristo con María, es contemplación saludable. En efecto, penetrando, de misterio en misterio, en la vida del Redentor, hace que cuanto Él ha realizado y la Liturgia actualiza sea asimilado profundamente y forje la propia existencia.

Comprender a Cristo desde María

14. Cristo es el Maestro por excelencia, el revelador y la revelación. No se trata sólo de comprender las cosas que Él ha enseñado, sino de 'comprenderle a Él'. Pero en esto, ¿qué

maestra más experta que María? Si en el ámbito divino el Espíritu es el Maestro interior que nos lleva a la plena verdad de Cristo (cf. Jn 14, 26; 15, 26; 16, 13), entre las criaturas nadie mejor que Ella conoce a Cristo, nadie como su Madre puede introducirnos en un conocimiento profundo de su misterio.

El primero de los 'signos' llevado a cabo por Jesús –la transformación del agua en vino en las bodas de Caná– nos muestra a María precisamente como maestra, mientras exhorta a los criados a ejecutar las disposiciones de Cristo (cf. Jn 2, 5). Y podemos imaginar que ha desempeñado esta función con los discípulos después de la Ascensión de Jesús, cuando se quedó con ellos esperando el Espíritu Santo y los confortó en la primera misión. Recorrer con María las escenas del Rosario es como ir a la 'escuela' de María para leer a Cristo, para penetrar sus secretos, para entender su mensaje. Una escuela, la de María, mucho más eficaz, si se piensa que Ella la ejerce consiguiéndonos abundantes dones del Espíritu Santo y proponiéndonos, al mismo tiempo, el ejemplo de aquella «peregrinación de la fe», en la cual es maestra incomparable. Ante cada misterio del Hijo, Ella nos invita, como en su Anunciación, a presentar con humildad los interrogantes que conducen a la luz, para concluir siempre con la obediencia de la fe: « He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra » (Lc 1, 38).

Configurarse a Cristo con María

15. La espiritualidad cristiana tiene como característica el deber del discípulo de configurarse cada vez más plenamente con su Maestro (cf. Rm 8, 29; Flp 3, 10. 21). La efusión del Espíritu en el Bautismo une al creyente como el sarmiento a la vid, que es Cristo (cf. Jn 15, 5), lo hace miembro de su Cuerpo místico (cf. 1 Co 12, 12; Rm 12, 5). A esta unidad inicial, sin embargo, ha de corresponder un camino de adhesión creciente a Él, que oriente cada vez más el comportamiento del discípulo según la 'lógica' de Cristo: «Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo» (Flp 2, 5). Hace falta, según las palabras del Apóstol, «revestirse de Cristo» (cf. Rm 13, 14; Ga 3, 27).

En el recorrido espiritual del Rosario, basado en la contemplación incesante del rostro de Cristo –en compañía de María– este exigente ideal de configuración con Él se consigue a través de una asiduidad que pudiéramos decir 'amistosa'. Ésta nos introduce de modo natural en la vida de Cristo y nos hace como 'respirar' sus sentimientos. Acerca de esto dice el Beato Bartolomé Longo: «Como dos amigos, frecuentándose, suelen parecerse también en las costumbres, así nosotros, conversando familiarmente con Jesús y la Virgen, al meditar los Misterios del Rosario, y formando juntos una misma vida de comunión, podemos llegar a ser, en la medida de nuestra pequeñez, parecidos a ellos, y aprender de estos eminentes ejemplos el vivir humilde, pobre, escondido, paciente y perfecto». Además, mediante este proceso de configuración con Cristo, en el Rosario nos encomendamos en particular a la acción materna de la Virgen Santa. Ella, que es la madre de Cristo y a la vez miembro de la Iglesia como «miembro supereminente y completamente singular», mismo tiempo 'Madre de la Iglesia'. Como tal 'engendra' continuamente hijos para el Cuerpo místico del Hijo. Lo hace mediante su intercesión, implorando para ellos la efusión inagotable del Espíritu. Ella es el icono perfecto de la maternidad de la Iglesia.

El Rosario nos transporta místicamente junto a María, dedicada a seguir el crecimiento humano de Cristo en la casa de Nazaret. Eso le permite educarnos y modelarnos con la misma diligencia, hasta que Cristo «sea formado» plenamente en nosotros (cf. Ga 4, 19). Esta acción de María, basada totalmente en la de Cristo y subordinada radicalmente a ella, «favorece, y de ninguna manera impide, la unión inmediata de los creyentes con Cristo». Es el principio iluminador expresado por el Concilio Vaticano II, que tan intensamente he experimentado en mi vida, haciendo de él la base de mi lema episcopal: *Totus tuus*. Un lema, como es sabido, inspirado en la doctrina de san Luis María Grignon de Montfort, que explicó así el papel de María en el proceso de configuración de cada uno de nosotros con Cristo: «Como quiera que toda nuestra perfección consiste en el ser conformes, unidos y consagrados a Jesucristo, la más perfecta de las devociones es, sin duda alguna, la que nos conforma, nos une y nos consagra lo más perfectamente posible a Jesucristo. Ahora bien, siendo María, de todas las criaturas, la más conforme a Jesucristo, se sigue que, de todas las devociones, la que más consagra y conforma un alma a Jesucristo es la devoción a María, su Santísima Madre, y que cuanto más consagrada esté un alma a la Santísima Virgen, tanto más lo estará a Jesucristo». De verdad, en el Rosario el camino de Cristo y el de María se encuentran profundamente unidos. ¡María no vive más que en Cristo y en función de Cristo!

Rogar a Cristo con María

16. Cristo nos ha invitado a dirigirnos a Dios con insistencia y confianza para ser escuchados: «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá» (Mt 7, 7). El fundamento de esta eficacia de la oración es la bondad del Padre, pero también la mediación de Cristo ante Él (cf. 1 Jn 2, 1) y la acción del Espíritu Santo, que «intercede por nosotros» (Rm 8, 26-27) según los designios de Dios. En efecto, nosotros «no sabemos cómo pedir» (Rm 8, 26) y a veces no somos escuchados porque pedimos mal (cf. St 4, 2-3).

Para apoyar la oración, que Cristo y el Espíritu hacen brotar en nuestro corazón, interviene María con su intercesión materna. «La oración de la Iglesia está como apoyada en la oración de María». Efectivamente, si Jesús, único Mediador, es el Camino de nuestra oración, María, pura transparencia de Él, muestra el Camino, y «a partir de esta cooperación singular de María a la acción del Espíritu Santo, las Iglesias han desarrollado la oración a la santa Madre de Dios, centrándola sobre la persona de Cristo manifestada en sus misterios». En las bodas de Caná, el Evangelio muestra precisamente la eficacia de la intercesión de María, que se hace portavoz ante Jesús de las necesidades humanas: «No tienen vino» (Jn 2, 3).

El Rosario es a la vez meditación y súplica. La plegaria insistente a la Madre de Dios se apoya en la confianza de que su materna intercesión lo puede todo ante el corazón del Hijo. Ella es «omnipotente por gracia», como, con audaz expresión que debe entenderse bien, dijo en su Súplica a la Virgen el Beato Bartolomé Longo. Basada en el Evangelio, ésta es una certeza que se ha ido consolidando por experiencia propia en el pueblo cristiano. El eminente poeta Dante la interpreta estupendamente, siguiendo a san Bernardo, cuando canta: «Mujer, eres tan grande y tanto vales, que quien desea una gracia y no recurre a ti, quiere que su deseo vuele sin alas». En el Rosario, mientras suplicamos a María, templo del Espíritu Santo (cf. Lc 1, 35), Ella intercede

por nosotros ante el Padre que la ha llenado de gracia y ante el Hijo nacido de su seno, rogando con nosotros y por nosotros.

Anunciar a Cristo con María

17. El Rosario es también un itinerario de anuncio y de profundización, en el que el misterio de Cristo es presentado continuamente en los diversos aspectos de la experiencia cristiana. Es una presentación orante y contemplativa, que trata de modelar al cristiano según el corazón de Cristo. Efectivamente, si en el rezo del Rosario se valoran adecuadamente todos sus elementos para una meditación eficaz, se da, especialmente en la celebración comunitaria en las parroquias y los santuarios, una significativa oportunidad catequética que los Pastores deben saber aprovechar. La Virgen del Rosario continúa también de este modo su obra de anunciar a Cristo. La historia del Rosario muestra cómo esta oración ha sido utilizada especialmente por los Dominicos, en un momento difícil para la Iglesia a causa de la difusión de la herejía. Hoy estamos ante nuevos desafíos. ¿Por qué no volver a tomar en la mano las cuentas del rosario con la fe de quienes nos han precedido? El Rosario conserva toda su fuerza y sigue siendo un recurso importante en el bagaje pastoral de todo buen evangelizador.

CAPÍTULO II: MISTERIOS DE CRISTO, MISTERIOS DE LA MADRE

El Rosario «compendio del Evangelio»

18. A la contemplación del rostro de Cristo sólo se llega escuchando, en el Espíritu, la voz del Padre, pues «nadie conoce bien al Hijo sino el Padre» (Mt 11, 27). Cerca de Cesarea de Felipe, ante la confesión de Pedro, Jesús puntualiza de dónde proviene esta clara intuición sobre su identidad: «No te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (Mt 16, 17). Así pues, es necesaria la revelación de lo alto. Pero, para acogerla, es indispensable ponerse a la escucha: «Sólo la experiencia del silencio y de la oración ofrece el horizonte adecuado en el que puede madurar y desarrollarse el conocimiento más auténtico, fiel y coherente, de aquel misterio».

El Rosario es una de las modalidades tradicionales de la oración cristiana orientada a la contemplación del rostro de Cristo. Así lo describía el Papa Pablo VI: « Oración evangélica centrada en el misterio de la Encarnación redentora, el Rosario es, pues, oración de orientación profundamente cristológica. En efecto, su elemento más característico –la repetición litánica del "Dios te salve, María"– se convierte también en alabanza constante a Cristo, término último del anuncio del Ángel y del saludo de la Madre del Bautista: "Bendito el fruto de tu seno" (Lc 1,42). Diremos más: la repetición del Ave María constituye el tejido sobre el cual se desarrolla la contemplación de los misterios: el Jesús que toda Ave María recuerda es el mismo que la sucesión de los misterios nos propone una y otra vez como Hijo de Dios y de la Virgen».(para volver al comienzo del documento haga click aquí) Una incorporación oportuna

19. De los muchos misterios de la vida de Cristo, el Rosario, tal como se ha consolidado en la práctica más común corroborada por la autoridad eclesial, sólo considera algunos. Dicha

selección proviene del contexto original de esta oración, que se organizó teniendo en cuenta el número 150, que es el mismo de los Salmos.

No obstante, para resaltar el carácter cristológico del Rosario, considero oportuna una incorporación que, si bien se deja a la libre consideración de los individuos y de la comunidad, les permita contemplar también los misterios de la vida pública de Cristo desde el Bautismo a la Pasión. En efecto, en estos misterios contemplamos aspectos importantes de la persona de Cristo como revelador definitivo de Dios. Él es quien, declarado Hijo predilecto del Padre en el Bautismo en el Jordán, anuncia la llegada del Reino, dando testimonio de él con sus obras y proclamando sus exigencias. Durante la vida pública es cuando el misterio de Cristo se manifiesta de manera especial como misterio de luz: «Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo» (Jn 9, 5).

Para que pueda decirse que el Rosario es más plenamente 'compendio del Evangelio', es conveniente pues que, tras haber recordado la encarnación y la vida oculta de Cristo (misterios de gozo), y antes de considerar los sufrimientos de la pasión (misterios de dolor) y el triunfo de la resurrección (misterios de gloria), la meditación se centre también en algunos momentos particularmente significativos de la vida pública (misterios de luz). Esta incorporación de nuevos misterios, sin prejuzgar ningún aspecto esencial de la estructura tradicional de esta oración, se orienta a hacerla vivir con renovado interés en la espiritualidad cristiana, como verdadera introducción a la profundidad del Corazón de Cristo, abismo de gozo y de luz, de dolor y de gloria.

Misterios de gozo

20. El primer ciclo, el de los «misterios gozosos», se caracteriza efectivamente por el gozo que produce el acontecimiento de la encarnación. Esto es evidente desde la anunciación, cuando el saludo de Gabriel a la Virgen de Nazaret se une a la invitación a la alegría mesiánica: «Alégrate, María». A este anuncio apunta toda la historia de la salvación, es más, en cierto modo, la historia misma del mundo. En efecto, si el designio del Padre es de recapitular en Cristo todas las cosas (cf. Ef 1, 10), el don divino con el que el Padre se acerca a María para hacerla Madre de su Hijo alcanza a todo el universo. A su vez, toda la humanidad está como implicada en el fiat con el que Ella responde prontamente a la voluntad de Dios.

El regocijo se percibe en la escena del encuentro con Isabel, dónde la voz misma de María y la presencia de Cristo en su seno hacen «saltar de alegría» a Juan (cf. Lc 1, 44). Repleta de gozo es la escena de Belén, donde el nacimiento del divino Niño, el Salvador del mundo, es cantado por los ángeles y anunciado a los pastores como «una gran alegría» (Lc 2, 10).

Pero ya los dos últimos misterios, aun conservando el sabor de la alegría, anticipan indicios del drama. En efecto, la presentación en el templo, a la vez que expresa la dicha de la consagración y extasía al viejo Simeón, contiene también la profecía de que el Niño será «señal de contradicción» para Israel y de que una espada traspasará el alma de la Madre (cf. Lc 2, 34-35). Gozoso y dramático al mismo tiempo es también el episodio de Jesús de 12 años en el templo. Aparece con su sabiduría divina mientras escucha y pregunta, y ejerciendo sustancialmente el papel de quien 'enseña'. La revelación de su misterio de Hijo, dedicado

enteramente a las cosas del Padre, anuncia aquella radicalidad evangélica que, ante las exigencias absolutas del Reino, cuestiona hasta los más profundos lazos de afecto humano. José y María mismos, sobresaltados y angustiados, «no comprendieron» sus palabras (Lc 2, 50).

De este modo, meditar los misterios «gozosos» significa adentrarse en los motivos últimos de la alegría cristiana y en su sentido más profundo. Significa fijar la mirada sobre lo concreto del misterio de la Encarnación y sobre el sombrío preanuncio del misterio del dolor salvífico. María nos ayuda a aprender el secreto de la alegría cristiana, recordándonos que el cristianismo es ante todo evangelio, 'buena noticia', que tiene su centro o, mejor dicho, su contenido mismo, en la persona de Cristo, el Verbo hecho carne, único Salvador del mundo.

Misterios de luz

21. Pasando de la infancia y de la vida de Nazaret a la vida pública de Jesús, la contemplación nos lleva a los misterios que se pueden llamar de manera especial «misterios de luz». En realidad, todo el misterio de Cristo es luz. Él es «la luz del mundo» (Jn 8, 12). Pero esta dimensión se manifiesta sobre todo en los años de la vida pública, cuando anuncia el evangelio del Reino. Deseando indicar a la comunidad cristiana cinco momentos significativos –misterios «luminosos»– de esta fase de la vida de Cristo, pienso que se pueden señalar: 1. su Bautismo en el Jordán; 2. su autorrevelación en las bodas de Caná; 3. su anuncio del Reino de Dios invitando a la conversión; 4. su Transfiguración; 5. institución de la Eucaristía, expresión sacramental del misterio pascual. Cada uno de estos misterios revela el Reino ya presente en la persona misma de Jesús. Misterio de luz es ante todo el Bautismo en el Jordán. En él, mientras Cristo, como inocente que se hace 'pecado' por nosotros (cf. 2 Co 5, 21), entra en el agua del río, el cielo se abre y la voz del Padre lo proclama Hijo predilecto (cf. Mt 3, 17 par.), y el Espíritu desciende sobre Él para investirlo de la misión que le espera. Misterio de luz es el comienzo de los signos en Caná (cf. Jn 2, 1-12), cuando Cristo, transformando el agua en vino, abre el corazón de los discípulos a la fe gracias a la intervención de María, la primera creyente. Misterio de luz es la predicación con la cual Jesús anuncia la llegada del Reino de Dios e invita a la conversión (cf. Mc 1, 15), perdonando los pecados de quien se acerca a Él con humilde fe (cf. Mc 2, 3-13; Lc 47-48), iniciando así el ministerio de misericordia que Él continuará ejerciendo hasta el fin del mundo, especialmente a través del sacramento de la Reconciliación confiado a la Iglesia. Misterio de luz por excelencia es la Transfiguración, que según la tradición tuvo lugar en el Monte Tabor. La gloria de la Divinidad resplandece en el rostro de Cristo, mientras el Padre lo acredita ante los apóstoles extasiados para que lo « escuchen » (cf. Lc 9, 35 par.) y se dispongan a vivir con Él el momento doloroso de la Pasión, a fin de llegar con Él a la alegría de la Resurrección y a una vida transfigurada por el Espíritu Santo. Misterio de luz es, por fin, la institución de la Eucaristía, en la cual Cristo se hace alimento con su Cuerpo y su Sangre bajo las especies del pan y del vino, dando testimonio de su amor por la humanidad « hasta el extremo » (Jn13, 1) y por cuya salvación se ofrecerá en sacrificio.

Excepto en el de Caná, en estos misterios la presencia de María queda en el trasfondo. Los Evangelios apenas insinúan su eventual presencia en algún que otro momento de la predicación de Jesús (cf. Mc 3, 31-35; Jn 2, 12) y nada dicen sobre su presencia en el Cenáculo

en el momento de la institución de la Eucaristía. Pero, de algún modo, el cometido que desempeña en Caná acompaña toda la misión de Cristo. La revelación, que en el Bautismo en el Jordán proviene directamente del Padre y ha resonado en el Bautista, aparece también en labios de María en Caná y se convierte en su gran invitación materna dirigida a la Iglesia de todos los tiempos: «Haced lo que él os diga» (Jn 2, 5). Es una exhortación que introduce muy bien las palabras y signos de Cristo durante su vida pública, siendo como el telón de fondo mariano de todos los «misterios de luz».

Misterios de dolor

22. Los Evangelios dan gran relieve a los misterios del dolor de Cristo. La piedad cristiana, especialmente en la Cuaresma, con la práctica del Via Crucis, se ha detenido siempre sobre cada uno de los momentos de la Pasión, intuyendo que ellos son el culmen de la revelación del amor y la fuente de nuestra salvación. El Rosario escoge algunos momentos de la Pasión, invitando al orante a fijar en ellos la mirada de su corazón y a revivirlos. El itinerario meditativo se abre con Getsemaní, donde Cristo vive un momento particularmente angustioso frente a la voluntad del Padre, contra la cual la debilidad de la carne se sentiría inclinada a rebelarse. Allí, Cristo se pone en lugar de todas las tentaciones de la humanidad y frente a todos los pecados de los hombres, para decirle al Padre: «no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22, 42 par.). Este «sí» suyo cambia el «no» de los progenitores en el Edén. Y cuánto le costaría esta adhesión a la voluntad del Padre se muestra en los misterios siguientes, en los que, con la flagelación, la coronación de espinas, la subida al Calvario y la muerte en cruz, se ve sumido en la mayor ignominia: Ecce homo!

En este oprobio no sólo se revela el amor de Dios, sino el sentido mismo del hombre. Ecce homo: quien quiera conocer al hombre, ha de saber descubrir su sentido, su raíz y su cumplimiento en Cristo, Dios que se humilla por amor «hasta la muerte y muerte de cruz» (Flp 2, 8). Los misterios de dolor llevan al creyente a revivir la muerte de Jesús poniéndose al pie de la cruz junto a María, para penetrar con ella en la inmensidad del amor de Dios al hombre y sentir toda su fuerza regeneradora.

Misterios de gloria

23. «La contemplación del rostro de Cristo no puede reducirse a su imagen de crucificado. ¡Él es el Resucitado!». El Rosario ha expresado siempre esta convicción de fe, invitando al creyente a superar la oscuridad de la Pasión para fijarse en la gloria de Cristo en su Resurrección y en su Ascensión. Contemplando al Resucitado, el cristiano descubre de nuevo las razones de la propia fe (cf. 1 Co 15, 14), y revive la alegría no solamente de aquellos a los que Cristo se manifestó –los Apóstoles, la Magdalena, los discípulos de Emaús–, sino también el gozo de María, que experimentó de modo intenso la nueva vida del Hijo glorificado. A esta gloria, que con la Ascensión pone a Cristo a la derecha del Padre, sería elevada Ella misma con la Asunción, anticipando así, por especialísimo privilegio, el destino reservado a todos los justos con la resurrección de la carne. Al fin, coronada de gloria –como aparece en el último misterio glorioso–, María resplandece como Reina de los Ángeles y los Santos, anticipación y culmen de

la condición escatológica del Iglesia. En el centro de este itinerario de gloria del Hijo y de la Madre, el Rosario considera, en el tercer misterio glorioso, Pentecostés, que muestra el rostro de la Iglesia como una familia reunida con María, avivada por la efusión impetuosa del Espíritu y dispuesta para la misión evangelizadora. La contemplación de éste, como de los otros misterios gloriosos, ha de llevar a los creyentes a tomar conciencia cada vez más viva de su nueva vida en Cristo, en el seno de la Iglesia; una vida cuyo gran 'icono' es la escena de Pentecostés. De este modo, los misterios gloriosos alimentan en los creyentes la esperanza en la meta escatológica, hacia la cual se encaminan como miembros del Pueblo de Dios peregrino en la historia. Esto les impulsará necesariamente a dar un testimonio valiente de aquel «gozoso anuncio» que da sentido a toda su vida.

De los 'misterios' al 'Misterio': el camino de María

24. Los ciclos de meditaciones propuestos en el Santo Rosario no son ciertamente exhaustivos, pero llaman la atención sobre lo esencial, preparando el ánimo para gustar un conocimiento de Cristo, que se alimenta continuamente del manantial puro del texto evangélico. Cada rasgo de la vida de Cristo, tal como lo narran los Evangelistas, refleja aquel Misterio que supera todo conocimiento (cf. Ef 3, 19). Es el Misterio del Verbo hecho carne, en el cual «reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente» (Col 2, 9). Por eso el Catecismo de la Iglesia Católica insiste tanto en los misterios de Cristo, recordando que «todo en la vida de Jesús es signo de su Misterio». El «duc in altum» de la Iglesia en el tercer Milenio se basa en la capacidad de los cristianos de alcanzar «en toda su riqueza la plena inteligencia y perfecto conocimiento del Misterio de Dios, en el cual están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» (Col 2, 2-3). La Carta a los Efesios desea ardientemente a todos los bautizados: «Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, para que, arraigados y cimentados en el amor [...], podáis conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la total plenitud de Dios» (3, 17-19).

El Rosario promueve este ideal, ofreciendo el 'secreto' para abrirse más fácilmente a un conocimiento profundo y comprometido de Cristo. Podríamos llamarlo el camino de María. Es el camino del ejemplo de la Virgen de Nazaret, mujer de fe, de silencio y de escucha. Es al mismo tiempo el camino de una devoción mariana consciente de la inseparable relación que une Cristo con su Santa Madre: los misterios de Cristo son también, en cierto sentido, los misterios de su Madre, incluso cuando Ella no está implicada directamente, por el hecho mismo de que Ella vive de Él y por Él. Haciendo nuestras en el Ave Maria las palabras del ángel Gabriel y de santa Isabel, nos sentimos impulsados a buscar siempre de nuevo en María, entre sus brazos y en su corazón, el «fruto bendito de su vientre» (cf. Lc 1, 42).

Misterio de Cristo, 'misterio' del hombre

25. En el testimonio ya citado de 1978 sobre el Rosario como mi oración predilecta, expresé un concepto sobre el que deseo volver. Dije entonces que « el simple rezo del Rosario marca el ritmo de la vida humana ».

A la luz de las reflexiones hechas hasta ahora sobre los misterios de Cristo, no es difícil profundizar en esta consideración antropológica del Rosario. Una consideración más radical de

lo que puede parecer a primera vista. Quien contempla a Cristo recorriendo las etapas de su vida, descubre también en Él la verdad sobre el hombre. Ésta es la gran afirmación del Concilio Vaticano II, que tantas veces he hecho objeto de mi magisterio, a partir de la Carta Encíclica *Redemptor hominis*: «Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado». El Rosario ayuda a abrirse a esta luz. Siguiendo el camino de Cristo, el cual «recapitula» el camino del hombre, desvelado y redimido, el creyente se sitúa ante la imagen del verdadero hombre. Contemplando su nacimiento aprende el carácter sagrado de la vida, mirando la casa de Nazaret se percata de la verdad originaria de la familia según el designio de Dios, escuchando al Maestro en los misterios de su vida pública encuentra la luz para entrar en el Reino de Dios y, siguiendo sus pasos hacia el Calvario, comprende el sentido del dolor salvador. Por fin, contemplando a Cristo y a su Madre en la gloria, ve la meta a la que cada uno de nosotros está llamado, si se deja sanar y transfigurar por el Espíritu Santo. De este modo, se puede decir que cada misterio del Rosario, bien meditado, ilumina el misterio del hombre.

Al mismo tiempo, resulta natural presentar en este encuentro con la santa humanidad del Redentor tantos problemas, afanes, fatigas y proyectos que marcan nuestra vida. «Descarga en el señor tu peso, y él te sustentará» (Sal 55, 23). Meditar con el Rosario significa poner nuestros afanes en los corazones misericordiosos de Cristo y de su Madre. Después de largos años, recordando los sinsabores, que no han faltado tampoco en el ejercicio del ministerio petrino, deseo repetir, casi como una cordial invitación dirigida a todos para que hagan de ello una experiencia personal: sí, verdaderamente el Rosario « marca el ritmo de la vida humana », para armonizarla con el ritmo de la vida divina, en gozosa comunión con la Santísima Trinidad, destino y anhelo de nuestra existencia.

CAPÍTULO III: « PARA MÍ LA VIDA ES CRISTO »

El Rosario, camino de asimilación del misterio

26. El Rosario propone la meditación de los misterios de Cristo con un método característico, adecuado para favorecer su asimilación. Se trata del método basado en la repetición. Esto vale ante todo para el Ave Maria, que se repite diez veces en cada misterio. Si consideramos superficialmente esta repetición, se podría pensar que el Rosario es una práctica árida y aburrida. En cambio, se puede hacer otra consideración sobre el rosario, si se toma como expresión del amor que no se cansa de dirigirse hacia a la persona amada con manifestaciones que, incluso parecidas en su expresión, son siempre nuevas respecto al sentimiento que las inspira.

En Cristo, Dios ha asumido verdaderamente un «corazón de carne». Cristo no solamente tiene un corazón divino, rico en misericordia y perdón, sino también un corazón humano, capaz de todas las expresiones de afecto. A este respecto, si necesitáramos un testimonio evangélico, no sería difícil encontrarlo en el conmovedor diálogo de Cristo con Pedro después de la Resurrección. «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?» Tres veces se le hace la pregunta, tres veces Pedro responde: «Señor, tú lo sabes que te quiero» (cf. Jn 21, 15-17). Más allá del sentido

específico del pasaje, tan importante para la misión de Pedro, a nadie se le escapa la belleza de esta triple repetición, en la cual la reiterada pregunta y la respuesta se expresan en términos bien conocidos por la experiencia universal del amor humano. Para comprender el Rosario, hace falta entrar en la dinámica psicológica que es propia del amor.

Una cosa está clara: si la repetición del Ave Maria se dirige directamente a María, el acto de amor, con Ella y por Ella, se dirige a Jesús. La repetición favorece el deseo de una configuración cada vez más plena con Cristo, verdadero 'programa' de la vida cristiana. San Pablo lo ha enunciado con palabras ardientes: «Para mí la vida es Cristo, y la muerte una ganancia» (Flp 1, 21). Y también: «No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Ga 2, 20). El Rosario nos ayuda a crecer en esta configuración hasta la meta de la santidad.

Un método válido...

27. No debe extrañarnos que la relación con Cristo se sirva de la ayuda de un método. Dios se comunica con el hombre respetando nuestra naturaleza y sus ritmos vitales. Por esto la espiritualidad cristiana, incluso conociendo las formas más sublimes del silencio místico, en el que todas las imágenes, palabras y gestos son como superados por la intensidad de una unión inefable del hombre con Dios, se caracteriza normalmente por la implicación de toda la persona, en su compleja realidad psicofísica y relacional.

Esto aparece de modo evidente en la Liturgia. Los Sacramentos y los Sacramentales están estructurados con una serie de ritos relacionados con las diversas dimensiones de la persona. También la oración no litúrgica expresa la misma exigencia. Esto se confirma por el hecho de que, en Oriente, la oración más característica de la meditación cristológica, la que está centrada en las palabras «Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador», está vinculada tradicionalmente con el ritmo de la respiración, que, mientras favorece la perseverancia en la invocación, da como una consistencia física al deseo de que Cristo se convierta en el aliento, el alma y el 'todo' de la vida.... que, no obstante, se puede mejorar

28. En la Carta apostólica Novo millennio ineunte he recordado que en Occidente existe hoy también una renovada exigencia de meditación, que encuentra a veces en otras religiones modalidades bastante atractivas. Hay cristianos que, al conocer poco la tradición contemplativa cristiana, se dejan atraer por tales propuestas. Sin embargo, aunque éstas tengan elementos positivos y a veces compaginables con la experiencia cristiana, a menudo esconden un fondo ideológico inaceptable. En dichas experiencias abunda también una metodología que, pretendiendo alcanzar una alta concentración espiritual, usa técnicas de tipo psicofísico, repetitivas y simbólicas. El Rosario forma parte de este cuadro universal de la fenomenología religiosa, pero tiene características propias, que responden a las exigencias específicas de la vida cristiana.

En efecto, el Rosario es un método para contemplar. Como método, debe ser utilizado en relación al fin y no puede ser un fin en sí mismo. Pero tampoco debe infravalorarse, dado que es fruto de una experiencia secular. La experiencia de innumerables Santos aboga en su favor. Lo cual no impide que pueda ser mejorado. Precisamente a esto se orienta la incorporación, en el ciclo de los misterios, de la nueva serie de los mysteria lucis, junto con algunas sugerencias

sobre el rezo del Rosario que propongo en esta Carta. Con ello, aunque respetando la estructura firmemente consolidada de esta oración, quiero ayudar a los fieles a comprenderla en sus aspectos simbólicos, en sintonía con las exigencias de la vida cotidiana. De otro modo, existe el riesgo de que esta oración no sólo no produzca los efectos espirituales deseados, sino que el rosario mismo con el que suele recitarse, acabe por considerarse como un amuleto o un objeto mágico, con una radical distorsión de su sentido y su cometido.

El enunciado del misterio

29. Enunciar el misterio, y tener tal vez la oportunidad de contemplar al mismo tiempo una imagen que lo represente, es como abrir un escenario en el cual concentrar la atención. Las palabras conducen la imaginación y el espíritu a aquel determinado episodio o momento de la vida de Cristo. En la espiritualidad que se ha desarrollado en la Iglesia, tanto a través de la veneración de imágenes que enriquecen muchas devociones con elementos sensibles, como también del método propuesto por san Ignacio de Loyola en los Ejercicios Espirituales, se ha recurrido al elemento visual e imaginativo (la *compositio loci*) considerándolo de gran ayuda para favorecer la concentración del espíritu en el misterio. Por lo demás, es una metodología que se corresponde con la lógica misma de la Encarnación: Dios ha querido asumir, en Jesús, rasgos humanos. Por medio de su realidad corpórea, entramos en contacto con su misterio divino.

El enunciado de los varios misterios del Rosario se corresponde también con esta exigencia de concreción. Es cierto que no sustituyen al Evangelio ni tampoco se refieren a todas sus páginas. El Rosario, por tanto, no reemplaza la lectio divina, sino que, por el contrario, la supone y la promueve. Pero si los misterios considerados en el Rosario, aun con el complemento de los *mysteria lucis*, se limita a las líneas fundamentales de la vida de Cristo, a partir de ellos la atención se puede extender fácilmente al resto del Evangelio, sobre todo cuando el Rosario se recita en momentos especiales de prolongado recogimiento.

La escucha de la Palabra de Dios

30. Para dar fundamento bíblico y mayor profundidad a la meditación, es útil que al enunciado del misterio siga la proclamación del pasaje bíblico correspondiente, que puede ser más o menos largo según las circunstancias. En efecto, otras palabras nunca tienen la eficacia de la palabra inspirada. Ésta debe ser escuchada con la certeza de que es Palabra de Dios, pronunciada para hoy y «para mí».

Acogida de este modo, la Palabra entra en la metodología de la repetición del Rosario sin el aburrimiento que produciría la simple reiteración de una información ya conocida. No, no se trata de recordar una información, sino de dejar 'hablar' a Dios. En alguna ocasión solemne y comunitaria, esta palabra se puede ilustrar con algún breve comentario.

El silencio

31. La escucha y la meditación se alimentan del silencio. Es conveniente que, después de enunciar el misterio y proclamar la Palabra, esperemos unos momentos antes de iniciar la oración vocal, para fijar la atención sobre el misterio meditado. El redescubrimiento del valor del silencio es uno de los secretos para la práctica de la contemplación y la meditación. Uno de los

límites de una sociedad tan condicionada por la tecnología y los medios de comunicación social es que el silencio se hace cada vez más difícil. Así como en la Liturgia se recomienda que haya momentos de silencio, en el rezo del Rosario es también oportuno hacer una breve pausa después de escuchar la Palabra de Dios, concentrando el espíritu en el contenido de un determinado misterio.

El «Padrenuestro»

32. Después de haber escuchado la Palabra y centrado la atención en el misterio, es natural que el ánimo se eleve hacia el Padre. Jesús, en cada uno de sus misterios, nos lleva siempre al Padre, al cual Él se dirige continuamente, porque descansa en su 'seno' (cf Jn 1, 18). Él nos quiere introducir en la intimidad del Padre para que digamos con Él: «¡Abbá, Padre!» (Rm 8, 15; Ga 4, 6). En esta relación con el Padre nos hace hermanos suyos y entre nosotros, comunicándonos el Espíritu, que es a la vez suyo y del Padre. El «Padrenuestro», puesto como fundamento de la meditación cristológico-mariana que se desarrolla mediante la repetición del Ave Maria, hace que la meditación del misterio, aun cuando se tenga en soledad, sea una experiencia eclesial. (para volver al comienzo del documento haga click aquí)

Las diez «Ave Maria»

33. Este es el elemento más extenso del Rosario y que a la vez lo convierte en una oración mariana por excelencia. Pero precisamente a la luz del Ave Maria, bien entendida, es donde se nota con claridad que el carácter mariano no se opone al cristológico, sino que más bien lo subraya y lo exalta. En efecto, la primera parte del Ave Maria, tomada de las palabras dirigidas a María por el ángel Gabriel y por santa Isabel, es contemplación adorante del misterio que se realiza en la Virgen de Nazaret. Expresan, por así decir, la admiración del cielo y de la tierra y, en cierto sentido, dejan entrever la complacencia de Dios mismo al ver su obra maestra –la encarnación del Hijo en el seno virginal de María–, análogamente a la mirada de aprobación del Génesis (cf. Gn 1, 31), aquel «pathos con el que Dios, en el alba de la creación, contempló la obra de sus manos». Repetir en el Rosario el Ave Maria nos acerca a la complacencia de Dios: es júbilo, asombro, reconocimiento del milagro más grande de la historia. Es el cumplimiento de la profecía de María: «Desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada» (Lc 1, 48). El centro del Ave María, casi como engarce entre la primera y la segunda parte, es el nombre de Jesús. A veces, en el rezo apresurado, no se percibe este aspecto central y tampoco la relación con el misterio de Cristo que se está contemplando. Pero es precisamente el relieve que se da al nombre de Jesús y a su misterio lo que caracteriza una recitación consciente y fructuosa del Rosario. Ya Pablo VI recordó en la Exhortación apostólica *Marialis cultus* la costumbre, practicada en algunas regiones, de realzar el nombre de Cristo añadiéndole una cláusula evocadora del misterio que se está meditando. Es una costumbre loable, especialmente en la plegaria pública. Expresa con intensidad la fe cristológica, aplicada a los diversos momentos de la vida del Redentor. Es profesión de fe y, al mismo tiempo, ayuda a mantener atenta la meditación, permitiendo vivir la función asimiladora, innata en la repetición del Ave Maria, respecto al misterio de Cristo. Repetir el nombre de Jesús –el único nombre del cual podemos

esperar la salvación (cf. Hch 4, 12)– junto con el de su Madre Santísima, y como dejando que Ella misma nos lo sugiera, es un modo de asimilación, que aspira a hacernos entrar cada vez más profundamente en la vida de Cristo. De la especial relación con Cristo, que hace de María la Madre de Dios, la Theotòkos, deriva, además, la fuerza de la súplica con la que nos dirigimos a Ella en la segunda parte de la oración, confiando a su materna intercesión nuestra vida y la hora de nuestra muerte.

El «Gloria»

34. La doxología trinitaria es la meta de la contemplación cristiana. En efecto, Cristo es el camino que nos conduce al Padre en el Espíritu. Si recorremos este camino hasta el final, nos encontramos continuamente ante el misterio de las tres Personas divinas que se han de alabar, adorar y agradecer. Es importante que el Gloria, culmen de la contemplación, sea bien resaltado en el Rosario. En el rezo público podría ser cantado, para dar mayor énfasis a esta perspectiva estructural y característica de toda plegaria cristiana.

En la medida en que la meditación del misterio haya sido atenta, profunda, fortalecida –de Ave en Ave – por el amor a Cristo y a María, la glorificación trinitaria en cada decena, en vez de reducirse a una rápida conclusión, adquiere su justo tono contemplativo, como para levantar el espíritu a la altura del Paraíso y hacer revivir, de algún modo, la experiencia del Tabor, anticipación de la contemplación futura: «Bueno es estarnos aquí» (Lc 9, 33). (para volver al comienzo del documento haga click aquí) La jaculatoria final

35. Habitualmente, en el rezo del Rosario, después de la doxología trinitaria sigue una jaculatoria, que varía según las costumbres. Sin quitar valor a tales invocaciones, parece oportuno señalar que la contemplación de los misterios puede expresar mejor toda su fecundidad si se procura que cada misterio concluya con una oración dirigida a alcanzar los frutos específicos de la meditación del misterio. De este modo, el Rosario puede expresar con mayor eficacia su relación con la vida cristiana. Lo sugiere una bella oración litúrgica, que nos invita a pedir que, meditando los misterios del Rosario, lleguemos a «imitar lo que contienen y a conseguir lo que prometen».

Como ya se hace, dicha oración final puede expresarse en varias formas legítimas. El Rosario adquiere así también una fisonomía más adecuada a las diversas tradiciones espirituales y a las distintas comunidades cristianas. En esta perspectiva, es de desear que se difundan, con el debido discernimiento pastoral, las propuestas más significativas, experimentadas tal vez en centros y santuarios marianos que cultivan particularmente la práctica del Rosario, de modo que el Pueblo de Dios pueda acceder a toda auténtica riqueza espiritual, encontrando así una ayuda para la propia contemplación.

El 'rosario'

36. Instrumento tradicional para rezarlo es el rosario. En la práctica más superficial, a menudo termina por ser un simple instrumento para contar la sucesión de las Ave María. Pero sirve también para expresar un simbolismo, que puede dar ulterior densidad a la contemplación.

A este propósito, lo primero que debe tenerse presente es que el rosario está centrado en el Crucifijo, que abre y cierra el proceso mismo de la oración. En Cristo se centra la vida y la oración de los creyentes. Todo parte de Él, todo tiende hacia Él, todo, a través de Él, en el Espíritu Santo, llega al Padre.

En cuanto medio para contar, que marca el avanzar de la oración, el rosario evoca el camino incesante de la contemplación y de la perfección cristiana. El Beato Bartolomé Longo lo consideraba también como una 'cadena' que nos une a Dios. Cadena, sí, pero cadena dulce; así se manifiesta la relación con Dios, que es Padre. Cadena 'filial', que nos pone en sintonía con María, la «sierva del Señor» (Lc 1, 38) y, en definitiva, con el propio Cristo, que, aun siendo Dios, se hizo «siervo» por amor nuestro (Flp 2, 7).

Es también hermoso ampliar el significado simbólico del rosario a nuestra relación recíproca, recordando de ese modo el vínculo de comunión y fraternidad que nos une a todos en Cristo.

Inicio y conclusión

37. En la práctica corriente, hay varios modos de comenzar el Rosario, según los diversos contextos eclesiales. En algunas regiones se suele iniciar con la invocación del Salmo 69: «Dios mío ven en mi auxilio, Señor date prisa en socorrerme», como para alimentar en el orante la humilde conciencia de su propia indigencia; en otras, se comienza recitando el Credo, como haciendo de la profesión de fe el fundamento del camino contemplativo que se emprende. Éstos y otros modos similares, en la medida que disponen el ánimo para la contemplación, son usos igualmente legítimos. La plegaria se concluye rezando por las intenciones del Papa, para elevar la mirada de quien reza hacia el vasto horizonte de las necesidades eclesiales. Precisamente para fomentar esta proyección eclesial del Rosario, la Iglesia ha querido enriquecerlo con santas indulgencias para quien lo recita con las debidas disposiciones.

En efecto, si se hace así, el Rosario es realmente un itinerario espiritual en el que María se hace madre, maestra, guía, y sostiene al fiel con su poderosa intercesión. ¿Cómo asombrarse, pues, si al final de esta oración en la cual se ha experimentado íntimamente la maternidad de María, el espíritu siente necesidad de dedicar una alabanza a la Santísima Virgen, bien con la espléndida oración de la Salve Regina, bien con las Letanías lauretanas? Es como coronar un camino interior, que ha llevado al fiel al contacto vivo con el misterio de Cristo y de su Madre Santísima. (para volver al comienzo del documento haga click aquí)

La distribución en el tiempo

38. El Rosario puede recitarse entero cada día, y hay quienes así lo hacen de manera laudable. De ese modo, el Rosario impregna de oración los días de muchos contemplativos, o sirve de compañía a enfermos y ancianos que tienen mucho tiempo disponible. Pero es obvio –y eso vale, con mayor razón, si se añade el nuevo ciclo de los mysteria lucis– que muchos no podrán recitar más que una parte, según un determinado orden semanal. Esta distribución semanal da a los días de la semana un cierto 'color' espiritual, análogamente a lo que hace la Liturgia con las diversas fases del año litúrgico. Según la praxis corriente, el lunes y el jueves

están dedicados a los «misterios gozosos», el martes y el viernes a los «dolorosos», el miércoles, el sábado y el domingo a los «gloriosos». ¿Dónde introducir los «misterios de la luz»?

Considerando que los misterios gloriosos se proponen seguidos el sábado y el domingo, y que el sábado es tradicionalmente un día de marcado carácter mariano, parece aconsejable trasladar al sábado la segunda meditación semanal de los misterios gozosos, en los cuales la presencia de María es más destacada. Queda así libre el jueves para la meditación de los misterios de la luz.

No obstante, esta indicación no pretende limitar una conveniente libertad en la meditación personal y comunitaria, según las exigencias espirituales y pastorales y, sobre todo, las coincidencias litúrgicas que pueden sugerir oportunas adaptaciones. Lo verdaderamente importante es que el Rosario se comprenda y se experimente cada vez más como un itinerario contemplativo. Por medio de él, de manera complementaria a cuanto se realiza en la Liturgia, la semana del cristiano, centrada en el domingo, día de la resurrección, se convierte en un camino a través de los misterios de la vida de Cristo, y Él se consolida en la vida de sus discípulos como Señor del tiempo y de la historia.

CONCLUSIÓN

«Rosario bendito de María, cadena dulce que nos unes con Dios»

39. Lo que se ha dicho hasta aquí expresa ampliamente la riqueza de esta oración tradicional, que tiene la sencillez de una oración popular, pero también la profundidad teológica de una oración adecuada para quien siente la exigencia de una contemplación más intensa.

La Iglesia ha visto siempre en esta oración una particular eficacia, confiando las causas más difíciles a su recitación comunitaria y a su práctica constante. En momentos en los que la cristiandad misma estaba amenazada, se atribuyó a la fuerza de esta oración la liberación del peligro y la Virgen del Rosario fue considerada como propiciadora de la salvación.

Hoy deseo confiar a la eficacia de esta oración –lo he señalado al principio– la causa de la paz en el mundo y la de la familia. (para volver al comienzo del documento haga click aquí) La paz

40. Las dificultades que presenta el panorama mundial en este comienzo del nuevo Milenio nos inducen a pensar que sólo una intervención de lo Alto, capaz de orientar los corazones de quienes viven situaciones conflictivas y de quienes dirigen los destinos de las Naciones, puede hacer esperar en un futuro menos oscuro.

El Rosario es una oración orientada por su naturaleza hacia la paz, por el hecho mismo de que contempla a Cristo, Príncipe de la paz y «nuestra paz» (Ef 2, 14). Quien interioriza el misterio de Cristo –y el Rosario tiende precisamente a eso– aprende el secreto de la paz y hace de ello un proyecto de vida. Además, debido a su carácter meditativo, con la serena sucesión del Ave María, el Rosario ejerce sobre el orante una acción pacificadora que lo dispone a recibir y experimentar en la profundidad de su ser, y a difundir a su alrededor, paz verdadera, que es un don especial del Resucitado (cf. Jn 14, 27; 20, 21). Es además oración por la paz por la caridad que promueve. Si se recita bien, como verdadera oración meditativa, el Rosario, favoreciendo el encuentro con Cristo en sus misterios, muestra también el rostro de Cristo en los hermanos, especialmente en los que más sufren. ¿Cómo se podría considerar, en los misterios gozosos, el

misterio del Niño nacido en Belén sin sentir el deseo de acoger, defender y promover la vida, haciéndose cargo del sufrimiento de los niños en todas las partes del mundo? ¿Cómo podrían seguirse los pasos del Cristo revelador, en los misterios de la luz, sin proponerse el testimonio de sus bienaventuranzas en la vida de cada día? Y ¿cómo contemplar a Cristo cargado con la cruz y crucificado, sin sentir la necesidad de hacerse sus «cireneos» en cada hermano aquejado por el dolor u oprimido por la desesperación? ¿Cómo se podría, en fin, contemplar la gloria de Cristo resucitado y a María coronada como Reina, sin sentir el deseo de hacer este mundo más hermoso, más justo, más cercano al proyecto de Dios?

En definitiva, mientras nos hace contemplar a Cristo, el Rosario nos hace también constructores de la paz en el mundo. Por su carácter de petición insistente y comunitaria, en sintonía con la invitación de Cristo a «orar siempre sin desfallecer» (Lc 18,1), nos permite esperar que hoy se pueda vencer también una 'batalla' tan difícil como la de la paz. De este modo, el Rosario, en vez de ser una huida de los problemas del mundo, nos impulsa a examinarlos de manera responsable y generosa, y nos concede la fuerza de afrontarlos con la certeza de la ayuda de Dios y con el firme propósito de testimoniar en cada circunstancia la caridad, «que es el vínculo de la perfección» (Col 3, 14).

La familia: los padres...

41. Además de oración por la paz, el Rosario es también, desde siempre, una oración de la familia y por la familia. Antes esta oración era apreciada particularmente por las familias cristianas, y ciertamente favorecía su comunión. Conviene no descuidar esta preciosa herencia. Se ha de volver a rezar en familia y a rogar por las familias, utilizando todavía esta forma de plegaria.

Si en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte* he alentado la celebración de la Liturgia de las Horas por parte de los laicos en la vida ordinaria de las comunidades parroquiales y de los diversos grupos cristianos, deseo hacerlo igualmente con el Rosario. Se trata de dos caminos no alternativos, sino complementarios, de la contemplación cristiana. Pido, por tanto, a cuantos se dedican a la pastoral de las familias que recomienden con convicción el rezo del Rosario.

La familia que reza unida, permanece unida. El Santo Rosario, por antigua tradición, es una oración que se presta particularmente para reunir a la familia. Contemplando a Jesús, cada uno de sus miembros recupera también la capacidad de volverse a mirar a los ojos, para comunicar, solidarizarse, perdonarse recíprocamente y comenzar de nuevo con un pacto de amor renovado por el Espíritu de Dios.

Muchos problemas de las familias contemporáneas, especialmente en las sociedades económicamente más desarrolladas, derivan de una creciente dificultad comunicarse. No se consigue estar juntos y a veces los raros momentos de reunión quedan absorbidos por las imágenes de un televisor. Volver a rezar el Rosario en familia significa introducir en la vida cotidiana otras imágenes muy distintas, las del misterio que salva: la imagen del Redentor, la imagen de su Madre santísima. La familia que reza unida el Rosario reproduce un poco el clima de la casa de Nazaret: Jesús está en el centro, se comparten con él alegrías y dolores, se ponen

en sus manos las necesidades y proyectos, se obtienen de él la esperanza y la fuerza para el camino.

... y los hijos

42. Es hermoso y fructuoso confiar también a esta oración el proceso de crecimiento de los hijos. ¿No es acaso, el Rosario, el itinerario de la vida de Cristo, desde su concepción a la muerte, hasta la resurrección y la gloria? Hoy resulta cada vez más difícil para los padres seguir a los hijos en las diversas etapas de su vida. En la sociedad de la tecnología avanzada, de los medios de comunicación social y de la globalización, todo se ha acelerado, y cada día es mayor la distancia cultural entre las generaciones. Los mensajes de todo tipo y las experiencias más imprevisibles hacen mella pronto en la vida de los chicos y los adolescentes, y a veces es angustioso para los padres afrontar los peligros que corren los hijos. Con frecuencia se encuentran ante desilusiones fuertes, al constatar los fracasos de los hijos ante la seducción de la droga, los atractivos de un hedonismo desenfrenado, las tentaciones de la violencia o las formas tan diferentes del sinsentido y la desesperación.

Rezar con el Rosario por los hijos, y mejor aún, con los hijos, educándolos desde su tierna edad para este momento cotidiano de «intervalo de oración» de la familia, no es ciertamente la solución de todos los problemas, pero es una ayuda espiritual que no se debe minimizar. Se puede objetar que el Rosario parece una oración poco adecuada para los gustos de los chicos y los jóvenes de hoy. Pero quizás esta objeción se basa en un modo poco esmerado de rezarlo. Por otra parte, salvando su estructura fundamental, nada impide que, para ellos, el rezo del Rosario –tanto en familia como en los grupos– se enriquezca con oportunas aportaciones simbólicas y prácticas, que favorezcan su comprensión y valorización. ¿Por qué no probarlo? Una pastoral juvenil no derrotista, apasionada y creativa –¡las Jornadas Mundiales de la Juventud han dado buena prueba de ello!– es capaz de dar, con la ayuda de Dios, pasos verdaderamente significativos. Si el Rosario se presenta bien, estoy seguro de que los jóvenes mismos serán capaces de sorprender una vez más a los adultos, haciendo propia esta oración y recitándola con el entusiasmo típico de su edad. (para volver al comienzo del documento haga click aquí) El Rosario, un tesoro que recuperar

43. Queridos hermanos y hermanas: Una oración tan fácil, y al mismo tiempo tan rica, merece de veras ser recuperada por la comunidad cristiana. Hagámoslo sobre todo en este año, asumiendo esta propuesta como una consolidación de la línea trazada en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, en la cual se han inspirado los planes pastorales de muchas Iglesias particulares al programar los objetivos para el próximo futuro.

Me dirijo en particular a vosotros, queridos Hermanos en el Episcopado, sacerdotes y diáconos, y a vosotros, agentes pastorales en los diversos ministerios, para que, teniendo la experiencia personal de la belleza del Rosario, os convirtáis en sus diligentes promotores.

Confío también en vosotros, teólogos, para que, realizando una reflexión a la vez rigurosa y sabia, basada en la Palabra de Dios y sensible a la vivencia del pueblo cristiano, ayudéis a descubrir los fundamentos bíblicos, las riquezas espirituales y la validez pastoral de esta oración tradicional.

Cuento con vosotros, consagrados y consagradas, llamados de manera particular a contemplar el rostro de Cristo siguiendo el ejemplo de María.

Pienso en todos vosotros, hermanos y hermanas de toda condición, en vosotras, familias cristianas, en vosotros, enfermos y ancianos, en vosotros, jóvenes: tomad con confianza entre las manos el rosario, descubriéndolo de nuevo a la luz de la Escritura, en armonía con la Liturgia y en el contexto de la vida cotidiana.

¡Qué este llamamiento mío no sea en balde! Al inicio del vigésimo quinto año de Pontificado, pongo esta Carta apostólica en las manos de la Virgen María, postrándome espiritualmente ante su imagen en su espléndido Santuario edificado por el Beato Bartolomé Longo, apóstol del Rosario. Hago mías con gusto las palabras conmovedoras con las que él termina la célebre Súplica a la Reina del Santo Rosario: «Oh Rosario bendito de María, dulce cadena que nos une con Dios, vínculo de amor que nos une a los Ángeles, torre de salvación contra los asaltos del infierno, puerto seguro en el común naufragio, no te dejaremos jamás. Tú serás nuestro consuelo en la hora de la agonía. Para ti el último beso de la vida que se apaga. Y el último susurro de nuestros labios será tu suave nombre, oh Reina del Rosario de Pompeya, oh Madre nuestra querida, oh Refugio de los pecadores, oh Soberana consoladora de los tristes. Que seas bendita por doquier, hoy y siempre, en la tierra y en el cielo».